EL ESPEJO Y LA VENTANA

Adalberto Ortiz

EN EL PRIMER TIEMPO

I. MIRANDO LA SALIDA

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Aguas van y aguas vienen en aquel limbo. Créase o no, los recuerdos de Mauro alcanzan hasta su vida intrauterina. Son como un sueño pesado entre algodones sangrientos, casi como una gimnasia en un río rojo-obscuro de aguas amnióticas y de una sustancia viva llena de esperanzas y temores que va cayendo como un enema dulce y soporífero a través del cordón umbilical. Superada su blástula, más allá de su mórula, el feto en su pesadilla ve entrar y salir a su padre — un extraño y ciego reptil — en aquella cómoda espelunca.

No comprende nada, no oye nada, pero la marea sube y sube atraída por el gastado plenilunio; hasta el día fatal en que, milagrosamente, se rompan todos los diques hacia el sol. Y, en definitiva, no es más que una pesada broma que le gastan a uno, con esto de traerlo a la vida manipulada por hilos inconsútiles.

No ver, no ir. Testigo ciego y mudo de una era de silencios y omisiones, solamente en nuestra

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Y ella vio que su embarazo subía como el aguaje grande, para varar el fruto en la costa de una vida que se perfilaba brumosa y escarpada. Pero gozaba de su preñez a-travesando una angustiosa etapa de celos. Camina que camina bajo una noche tormentosa con el peso de las comprobadas infidelidades del marido, y ese aburrimiento que venía, de cuando en cuando, a la vida conyugal. Esta situación se complicó con la intensificación de la guerra civil, y paralelamente el fruto adquirió una constitución nerviosa y enfermiza. A las siete horas de nacido, los barcos de guerra del Gobierno comenzaron el bombardeo de la ciudad y las casas de madera y caña guadúa empezaron a arder en la noche, brindando a los marinos un hermoso espectáculo que sobrecogía a los mismos revolucionarios, hombres intrépidos y primitivos que guardaban, en lo más hondo de un cofre de basalto, un supersticioso y ancestral terror al fuego. Contaron los testigos que la primera granada disparada por el cañonero Constitución cayó, como predestinada, al que llamaron Mauro, decidiendo su futuro, y arrasando la casa comercial de los padres de Elvira. La pobreza amaneció restallando entre unas damajuanas de aguardiente y unos tarros de pólvora para cazadores, el día de las Mercedes. "Huele rico" — dijo un tuerto jumo, oteando el aire, mientras llevaba un gallo javanés en los brazos, que gritaba incómodo, mientras su plumaje era recorrido por una ola de reflejos de un candil avivado por un descomunal mechero —. El edificio ardió con mayor

violencia, contagiando como una peste a sus vecinos. El viento noroeste, que sopla con la marea, hacía volar los trozos de techumbre de cadi encendido, a centenares de metros. Entonces, las estrellas fugaces rojo-amarillentas comenzaron a patinar por la enrarecida y candente atmósfera. Vinieron solamente dos granadas más, y fue tan sensible el destrozo que causaron, que el capitán Stone ordenó: ¡Alto el fuego! Temía haber destruido todo el pueblo, tan alarmante es el espectáculo de los incendios nocturnos en poblados de madera. La gente corría de un lado para otro, empavorecida, tratando de salvar sus vidas y las cosas más absurdas. Una mujer recogió su bacinilla; un niño, su caballo de madera; un viejo se esforzaba por arrastrar un colchón de dos plazas. La flamante abuela enrolló sus preciosos petates importados de la China. Todo el mundo chillaba tratando de escapar de aquel infierno. Hombres y mujeres, niños y ancianos, negros y blancos nivelados en el miedo y el tumulto. Evacuación obligada. La joven madre se levantó de su cama, oliendo a flores de leche y loquios moribundos y con sus propios pies se incorporó a la caravana de las familias que se dirigían a las haciendas cercanas, atravesando la puerta de golpe de "El Potosí", ubicada al sur del límite urbano, en cuyo paso fangoso muchas gentes se revolcaban entre la boñiga y las orinas del ganado. Iba Mauro, cómodamente acunado por su nodriza. Ninguno de los contratiempos que afectaban a los mayores, turbaba su paz elemental: meditando oscuramente en su salida al mundo, en el cambio de clima y de lecho, en el delicioso sabor del tibio y hormonizado calostro y, sobre todo, en aquello de respirar y de no seguir alimentándose por el ombligo, que la comadrona cortó sólo de cuatro dedos para que no hiciera sufrir a las mujeres cuando grande, porque existe una relación directa entre el posible tamaño del primero y el crecimiento de lo otro...

— Mírenlo como duerme el pobrecito — dijo la nodriza.

— Parece un viejito — contestó la mujer que iba al lado.

---Es feo el condenado — agregó el tuerto entrometido, soltando el gallo de riña al suelo, donde, sacudiéndose enchinado cantó su libertad inesperada entre el barullo.

Elvira, así, enferma y lamentándose, chapoteó entre el barro, al par que los otros fugitivos. Las tropas del Gobierno desembarcaron en la incendiada ciudad. Los revolucionarios se retiraron a las montañas, a las selvas más apartadas y a las cabeceras de los ríos, para continuar una cruenta guerra de emboscadas y pequeños combates a campo abierto, que asolaron toda la provincia, hasta 1918, período en que el Estado efectuó grandes gastos y el ejército nacional, sufrió un desangre, casi sin paralelo en la historia de la República. Rebeldes negros cimarrones, descendientes ignorados de aquel legendario Alonso de Illescas, que mantuvo en jaque al Rey de España en los albores de la Colonia, ex-esclavos llenos de odio sordo para sus amos, exconciertos endeudados hasta las narices en el libro de cuentas de la tienda del hacendado, miserables campesinos que esperaban mejorar su situación con el saqueo y el abigeato, y aguerridos veteranos de las campañas liberales, insurgían vengadores contra los arrastradores e incineradores del gran viejo liberal Eloy Alfaro.

Era un sentimiento colectivo exacerbado, un grito, un machete rutilante y sangriento, una escopeta de fulminante. A la cabeza un jefe blanco, liberal,

educado en Europa, y un cuerpo de oficiales improvisados, algunos de ellos salidos entre los mismos negros, que siempre se comportaban a la altura de su feroz deber y de su causa, dándole con frecuencia un tinte de guerra civil — racista y cruel — que según un cronista de la época, parecía inspirada y guiada por una Némesis africana.

Cantaban y vibraban por todas partes los negros enrabiados en el corazón verde de la noche.

El padre de Mauro, Ovidio Lemos, se marchó con los revolucionarios, más allá de aquel estero, más allá de esa hondonada, más allá de las colinas, más allá de este gran valle, mucho más allá... tramontando, tramontando, tramontando. Con ellos hizo toda la campaña, donde se destacó, no precisamente por su temeridad, sino por su participación en violaciones de mujeres del enemigo. No obstante su falta de responsabilidad, se mantuvo fiel a la causa; conoció la ebriedad de la victoria y las amarguras de la derrota, el pavor de estar cercado y el esfuerzo físico de las largas marchas a través de selvas oscuras, densas y húmedas; donde los jejenes, juros y mosquitos amenazan consumir al hombre, donde las culebras acechan sin quererlo, y los pumas y jaguares pueden darle un mal rato a cualquiera.

Atravesó a nado ríos fragorosos y contempló ahogarse a más de un hombre; aguantó hambre y necesidades y vio a los negros decapitar, de un solo tajo, a los soldados recién bajaditos de las serranías. Pero su espíritu no se conmovía, porque todo aquello tenía su premio en las mujeres tomadas a la fuerza, muchas de las cuales terminaban por amarlo.

La guerra civil y la destrucción de su tienda de comercio, sorprendieron a los padres de Elvira, en 1914, con su economía muy mermada por los derroches y generosidades de la señora doña Luz de Calderón, quien abusaba de su fortuna que ilusamente consideraba inagotable, mientras el marido, un zambo bien educado, toleraba a complejado y de buen grado, la conducta dispendiosa de su mujer rubia.

Antes de los feos años de la guerra, las fiestas que ellos acostumbraban dar, duraban días de días, no sólo en la ciudad, sino en su extensa hacienda Chula, ubicada a orillas del río, por el cual subían flotillas de canoas llevando a los invitados. Tal espíritu de ostentación era como una bofetada a los parientes consanguíneos de doña Luz, que siendo blancos e importantes en la comarca, jamás le perdonaron el monstruoso pecado de haberse casado con un negro.

"Artemio Calderón, será muy rico" — decían — "pero no deja de ser negro"; "aunque la mona se vista de seda, mona se queda". Por eso, cuando estalló la revolución, en la cual tuvieron destacada participación aquellos parientes, los hijos de doña Luz, tomaron partido por la causa del Gobierno, animados por un espíritu de resentimiento familiar, contra los parientes orgullosos, tales como aquel jefe venido de Francia, y contra el cuñado Ovidio que se había abanderizado. Los dos fueron heridos en los campos de lucha. Roberto, cumplía quince febreros cuando fue alcanzado en su pierna enlodada, tratando de detener a un pelotón insurrecto que avanzaba por un inconcluso puente de madera. El otro, Joaquín, nunca brilló mucho en las acciones. "Quizá su posición política fuese equivocada, pero están a salvo su dignidad y su amor propio", — afirmaba más tarde doña Luz.

Los revolucionarios, en represalia por esta intervención, acabaron con el ganado y las plantaciones de los Calderón, y los peones y "conciertos" se desbandaron. Muy curiosa era la posición humana de doña Luz frente al concertaje. Mucho más reprochable la de su marido ante esta suerte de esclavitud de gentes de su misma raza. Ambos defendían el sistema como cosa razonable y justa, y el viejo llegaba a los extremos de creer que no era negro, y por ello no recibía en su casa gente de color. Empero, el tratamiento que daba a sus "conciertos" y servidumbre, encerraba un tono patriarcal. Golpes morales y económicos recibidos por doña Luz, resintieron su orgullo de tal manera, que la obligaron a emigrar con sus tres hijas y el niño hacia Guayaquil, dejando a su marido refundido en los bosques, al yerno Ovidio entre sus enemigos, y a sus hijos combatiendo en las filas gobiernistas. Años de terrible incertidumbre ante el futuro, de esfuerzo ahogado entre sangre y sangre. Años de interminables historias bélicas y macabras, que se contaban al rescoldo de los fogones sin peroles, a las orillas del agua enjabonada por las lavanderas, con el eco de lejana tronazón de tambores, en las noches familiares de los mentideros, o a la grata sombra de los tamarindos cargaditos.

II. LOS PRIMEROS PASOS

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Bien hubiera querido Mauro enterrar en el desierto de Palmira, el duro tiempo de sus niñeces. Casi todos estos recuerdos son pesarosos y crueles. Según dicen, logró sepultar el cadáver en el más inaccesible paraje del yermo. Pero sopla el huracán nocturno, remueve las arenas y lo deja a la intemperie, mostrando sus serias lacraduras a los imperturbables caminantes. Luego, el pequeño cadáver crece silenciosamente como un árbol, y aumentan también las incisiones de su corteza. Quisiera saber cuántos seres hay en el mundo que pueden añorar con nostalgia "la infancia feliz". ¿Hasta qué punto es falsa y cursi esa evocación? Solamente es valedera para aquellos que de niños gozaron de afecto y comodidades. El pequeño cadáver siguió creciendo como un árbol matapalo al impulso de sus substancias biógenas, y al amparo de su memoria donde todo resulta ingenuo. Inocente y elemental. Trivial, querido Stone, si uno se asoma a la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Pero las memorias más concretas de Mauro comienzan en la ciudad de Guayaquil, durante una época en que no tenían ni para comer. Van condicionadas a una vaga sensación de hambre constante, languidez enfermiza e irrefrenables deseos de llorar.

El techo no era de zinc acanalado, sino de mohosas tejas. Allí crecían algunos yerbajos sembrados por alocados pájaros y el viento. Un techo erizado como un puerco espín. Un zaguán oscuro de catacumba, lleno de recovecos y humedad. Laberinto. En la tienda esquinera, un chino tenaz, dispuesto a levantar su fortuna empezando con humildes industrias y faenas, vendía chicharrones noche y día, y el olor de la fritada de cerdo llegaba a producirle náuseas y exacerbaba su apetito al mismo tiempo. El pequeño, jamás se atrevía a bajar por esa sombría bóveda de madera. Confuso pavor venía y se volvía. Por aquellas gradas subía un perro, chorreando sangre. No un perro sólido, sino gaseoso y cristalino. Un sombrero canotier (una tostada) a la altura de un hombre, suspendido en el vacío. Dormían promiscuamente en un solo cuarto y en dos enormes catres de metal de altos pilares, donde encajaban dos mosquiteros como gigantescos cubos de hielo hechos con agua coloreada. Una cocina con un fogón casi siempre frío. Paredes empapeladas con periódicos viejos. Una hamaca de paja toquilla en la sala y una ventana a la calle, desde donde el chico observaba, con ojos asombrados, lo que sucedía en la vía polvorienta, mientras ratas y ratones se paseaban por las varengas y el tumbado, con osada familiaridad, hacia la ventana se dirigían y saltaban a la calle, desvaneciéndose en el aire...

Tumbados llenos de humo, más altos que el cielo. Inaccesibles.

No le permitían jugar con los chicos de la vecindad para que no adquiriera malas costumbres y aprendiera soeces palabras. Barrio de gente humilde, mezclada con algunas de mala conducta. Entonces, él se asomaba, agarrado a los barrotes de fierro oxidado, y veía un Guayaquil, hoy casi desaparecido, y que insensiblemente se va convirtiendo sólo en un pintoresco y depresivo recuerdo: una calle, por donde pasaba un tranvía de muías, cruzada por una gran zanja descubierta como una mala herida gangrenada. Transformábase en río en la época de lluvias, y era aprovechada por los muchachos que salían a bañarse y a navegar en pequeñas balsas improvisadas. Juegos que lo llenaban de deseos de

juntarse con los otros chicos. Empezaba a patear y a berrear, para bajar hasta ese río, acarreándose regaños de las dos tías, incluso de su propia madre, y cuando no, una azotaina de la irascible abuela.

— ¡Qué muchacho tan mal llevado! — decía tía Ruth, la mayor.

— Hay que enderezarlo con tiempo — aumentaba la abuela y le daba un coscorrón, lo cual no era sino un pretexto para desahogarse con alguien por los disgustos pasados.

— Pobrecito, no le pegue — intervenía Delia, la tía menor, de dieciséis años. — Ustedes no comprenden al niño —. Tomándolo en brazos lo llevaba acunado hacia la desmantelada cocina, en busca de algún magro alimento que ofrecerle: un trozo de plátano asado y frío ya revolcado entre las cenizas, un pedazo de yuca cocida, una limonada. El chico pedía siempre leche, pero leche no había. Este corto viaje junto al seno suave, como un polluelo en el nido, le hacía cerrar los ojos para sentir mejor la tibieza de la nubilidad. Elvira, su madre, se pasaba los días enteros leyendo y releyendo libros que la conmovían, unas veces en silencio, y otras, con voz declamatoria al encontrar pasajes melodramáticos. Devoraba novelas románticas y entre sus páginas guardaba algún descolorido pensamiento o rizos del niño. Leía también interminables novelones folletinescos, por entregas. Hombres barbudos y damas de largos vestidos y sombreros pavas de anchas alas, se escapaban de los folios y hablaban con él. Llegaba el villano y la dama, el niño abandonado y el caballero. La condesa le obsequiaba el medallón. Ella ponía tanta pasión en la lectura, que llegó a contagiar a sus hermanas, quienes armaban un verdadero jaleo, cuando venía el hombre que repartía los cuadernillos episódicos. La vieja, en ocasiones, escuchaba la lectura mientras remendaba la ropa; pero cuando se excitaban, perdía la paciencia y les gritaba:

— ¡Locas! ¡Locas! ¡Eso es lo que son! ¡Locas! Nada más. Aunque se turnaban en el trabajo de casa, distribu yéndolo en cocina, aseo y cuidado de la ropa; la exigua pensión que les enviaba irregularmente el padre, desde las oscuras selvas donde trabajaba en pequeños negocios mien tras se escondía de los pocos revolucionarios montoneros que quedaban, no alcanzaba para gran cosa y la vida tornábase dura, día a día. El padre del niño se había descuidado de su manutención, y la familia veíase abocada a doblegar su orgullo provinciano, trabajando. Rara vez recibían noticias o apoyo de los dos hermanos. Las muchachas sufrían al pensar en la gestión de buscar empleo. Era algo humillante, muy difícil de soportar, casi imposible de conseguir. Denigrante, querida.

Si tuviéramos la suerte de encontrar maridos ricos...

— Ah, — decía doña Luz —, entonces volveríamos a ser los Calderón que éramos antes. Sin dinero no hay grandeza ni nobleza. La plata es la caballera, la plata es la buenamoza -terminaba sentenciosamente.

— Primeramente, sería bueno hacer divorciar a Elvira, - observaba Ruth.

— No, antes tiene que conseguir novio, opinaba Delia.

Se desató entonces la campaña en busca de maridos. La lectura de novelones quedó abandonada. Las humildes habitaciones se veían un tanto

descuidadas, no así las tres-mujeres, que vivían forjándose quimeras. Aunque sus toques de polvos, coloretes y peinados a la moda, no las convertían en bellezas, precisamente, gastaban horas de horas en la ventana, a la espera del lento y ruidoso tranvía tirado por dos muías que pasaba cargado de pasajeros sudorosos a la hora de las oficinas. Paseantes con sombreros canotier y bastón al atardecer, a eso de la fresca. Solamente los sábados y domingos ellas podían gastarse el lujo de darse una vuelta en esos carros encantadores.

Algunos hombres miraban a la ventana donde se apretujaban estas mujeres, y en ocasiones hacían la mocha de estilo.

— ¡Viste, cómo me saludó aquel simpático!

— ¡Ve, que eres creída!

Cuando había mucho tránsito, los tranvías llevaban al remolque una góndola, abierta por los costados y con largos asientos al través. Eran las preferidas de los enamorados. Iban las mujeres muy juntas a sus hombres, luciendo sombreritos cómicos metidos hasta las orejas y con los talles de los vestidos más abajo de la cintura. El par de muías se juntaban y se esforzaban por mover los dos carros atestados de gente, mientras el conductor las azuzaba y azotaba con crueldad. Mauro, junto a alguna de las mujeres, y prendido a los barrotes, ponía su mayor atención en esa rara posición angulosa de las muías que, queriendo ayudarse, se apretujaban una a otra. Cada azote que caía sobre ellas, lo estremecía. Un carro uncido al remolque del otro, le hacían recordar a un par de perros que había visto en actitud rara, días atrás: uno de los perros gritaba y era arrastrado por el otro, mientras los muchachos del barrio los seguían a pedradas en medio de gran regocijo. "Que no vea esas cosas el chico", había dicho la abuela. ¿Por qué no verlas? Desde entonces su atracción por la ventana fue mayor. La ventana era la vida. Prácticamente no se separaba de ella. Cosas raras sucedían en la calle. Mucho más raras que los cucos del lóbrego zaguán y que, además, no daban miedo. El asunto estaba en escaparse un día. Ganar la calle solo. Jugar con los otros muchachos y mirar cómo el chino cocía las fritadas. Pero antes era preciso dominar el miedo al zaguán, esperar a que se fuera el perro multicolor y el cuco con tostada en la cabeza, cuya cara nunca veía.

La oportunidad se acercaba a medida que se alejaba la posibilidad de maridos. Ni hombres ni mujeres son partidarios, en principio, de cargar con un cónyuge arrancado, sin centavo. Ellas decidieron que era inútil, huera ilusión. Lo único que restaba era buscar empleo en cualquier cosa decente. Entonces la abuela, la madre y la tía mayor, comenzaron a salir todas las tardes gestionando inútilmente alguna colocación, y dejando al cuidado de la casa a la joven y al pequeño. Regresaban desfallecientes y descorazonadas. No había empleo, las recomendaciones de nada servían. Algunas veces, los jefes de oficinas insinuaban, más bien, ciertas proposiciones. Otros pretendían dar ridiculas esperanzas. "Vuelva después de tres meses..." (¿De mañana o por la tarde?) Algunas noches se divertían exudativamente, con reprimido erotismo, llamando a los vendedores de barquillos, que pasaban con sus charoles en la cabeza, alumbrados por un farolito, pregonando su agradable mercancía: ¡Barquilleroooo...!

¡Barquillos...! Despues de vender, cantaban de "yapa", en honor del comprador, coplas disparatadas y picarescas al pie de las ventanas:

"Las muchachas de mi tierra son

como el alacrán, apenas tienen

tetitas alzan el rabo y se van".

La gente compraba, especialmente, pequeñas porciones de barquillos, para poder escuchar mayor número de coplas.

Recrudecía el mal humor de la abuela. Mauro sabía reconocerlo a los primeros síntomas. Ella comenzaba a quejarse del calor, de la incomodidad, del ruido y de la pobreza. Entonces el niño, como un gatito acoquinado, buscaba donde esconderse y pasar inadvertido. Desde un rincón observaba a sus mayores con ojos fulgurantes simulando hallarse embebido en jugar silenciosamente con los rústicos juguetes que le confeccionaba su madre: con cartón, con palo de balsa, corchos, cajas vacías de fósforos o carretes de hilo. Por último, a fuerza de sumirse y perderse terminaba por visitar su pequeño mundo de fantasía, su absurda ciudad por cuyas calles transitaban humanos, animales y vehículos salientes de viejas revistas y periódicos, de mayor talla que las casas mismas.

El temperamento sanguíneo de doña Luz terminaba por invadirlo todo, hasta aquella ciudad en miniatura. Primeramente, insultaba a las hijas, acusándolas de ociosas y libertinas. Pegaba a Delia con lo primero que hallaba a la mano y luego se volvía contra Mauro:

— Este maldito muchacho, sólo haciendo basura todo el tiempo. Un día de estos lo voy a estrangular...

Pero su rabia era fugaz como la llama de caña de guadúa seca. Después de breves instantes lo tomaba en la falda y lo acariciaba diciéndole:

— Pobrecito, él no tiene la culpa de nada.

Mauro veía sobre sí aquellos ojos azules, duros, agudos; esas manos pesadas, gordas y esos dedos rojos como camarones asados. La abuelita le sonreía, él bajaba la cabeza y sentía miedo.

Las diligencias por las colocaciones se prolongaban infructuosamente, y llegó otro invierno. Las mujeres volvían de la calle, empapadas. Los zapatos llenos de lodo negro y espeso como su desesperanza, porque no siempre tenían para pagar el tranvía de muías. El niño, con un palito, las aguardaba en las escaleras y les quitaba el barro cuidadosamente.

Afuera llovía, llovía y seguía lloviendo.

Las zanjas de drenaje crecían de nuevo, esteros de aguas turbias, arrastrando precipitadamente toda clase de suciedades, hasta desbordarse, dando a la calle un aspecto de laguna.

Los vecinos construían improvisados puentes de tablas para poder transitar y llegar hasta el tranvía. El paraguas era un instrumento indispensable. Como en casa sólo había uno, su posesión originaba nuevos altercados. Cesó el diluvio de tres días, y el sol alegró el paisaje urbano y lacustre. Los

muchachos habían salido, como siempre, en sus balsillas y hasta en pequeñas canoas a divertirse. Se arrojaban bolas de lodo, impulsadas por bascosidades. Luego se reían y nadaban en la acequia. Uno de ellos miró hacia la ventana y viendo a Mauro le gritó:

— ¡Baja, mariquita!

El pequeño no contestó. Se retiró de las rejas y se sentó en la hamaca indignado... Tenía que decidirse y bajar como, los otros muchachos... No importaba que la abuela le pegara.

— "Mariquita... ¡Ja...! Mujercita..."

Nadie lo vio. Solamente la escalera oscura, como siempre. Interminable. Daba miedo, pero dicen que los cucos no salen de día. "Mariquita". Al final, el resplandor que venía del zaguán en la siguiente vuelta. Sintió un gran alivio. No encontró ni al perro transparente de colores ni al hombre sin cabeza. Había ganado la calle. Por fin, un triunfo.

El muchacho semidesnudo que lo insultara, se le acercó.

— ¿Por qué nunca bajas a la calle?

— No me dejan.

— A mí tampoco, pero yo me escapo, no le tengo miédo a la beta. Ahora quítate la ropa para que no la ensucies.

— No quiero. Mejor con todo de una vez. (Sentía una gran satisfacción decidiéndose).

— Bueno. Entonces ven — dijo el muchacho hurgándose la nariz.

Subieron a la balsilla compuesta de dos trozos de palo de balsa.

Al principio sintió recelo, pero luego le invadió una inusitada alegría. El otro impulsaba la rudimentaria y frágil embarcación con una tablita de cajón de jabones. Mauro notó que el pantalón ya estaba mojado y pensó, sin temor, en la azotaina que le aguardaba. Imprevistamente un trozo de lodo le dio en el pecho y fue escurriéndose ladinamente hacia los pantalones. Aquello lo preocupó sólo un instante, porque en medio de un griterío sin freno recibió una lluvia de barro y agua sucia, que lo dejaron paralizado. Luego la balsilla zozobró y creyó que se ahogaba. Manoteó desesperadamente con los ojos salidos, entre las risotadas de los demás, pero pronto vino el alivio al constatar que aquello no era hondo, y que bien podía tenerse en pie a la altura del pecho, tomando enseguida parte activa en aquella guerra. En medio del entusiasmo, Mauro se iba alejando del centro de aquel lago-calle.

— ¡Por allí no! "Chiquitín" ¡Ve! ¡No vayas por allí!

Pero ya era tarde. Sus pies resbalaban y perdían piso.

Caído dentro de la zanja. Una fría y ocre oscuridad.

Querer respirar y no poder. Tragar y tragar agua. Manoteaba con desesperación hasta que al fin salió un ratito, cogió aire y volvió a hundirse, una y otra vez.

— ¡Sálvenlo! ¡Sálvenlo!

— ¡Después de la tercera hundida ya no vuelve a surgir más!

Todo era sólo un sueño. Alguien lo haló de los pelos... Era el chino chicharronero.

El hombre lo subía en brazos a través de la lóbrega escalera. Mauro cerraba los ojos y oía el llanto y los gritos de las mujeres. Seguramente lo creían ahogado. "Sería bueno morirse, para ver si pueden pegarle a un muerto".

Elvira arrancó de manos del chino a su hijo y lloró de felicidad, al constatar que vivía. Lo apretó contra su pecho y no dejó que nadie lo tocara.

Mauro fue invadido por indefinible gozo.

— ¡Hay que ajustarle las clavijas! — gritaba la abuela furiosa. Ya decía yo que este chico nos iba a dar un gran dolor de cabeza un buen día. Hay que enderezarlo con tiempo. Es muy desobediente. "Árbol que nace torcido, nunca su tronco endereza". Cuando sea grande ya será tarde...

— Yo no voy a tolerar que lo castiguen por gusto- respondió airada la madre.

El niño se acurrucó, friolento, esperando el instante en que saltara la abuela sobre él. No sucedió nada. Casi nunca sucede nada. Lo bañaron, cambiáronle de ropa y lo metieron a la cama. Al día siguiente un purgante. Pero le habían perdonado la paliza. (Que de ahora en adelante ya no me peguen por cualquier cosa).

III. El EL RIO ENSANGRENTADO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Llovía furiosamente. Llovía venteado. Llovía. Goteras inseparadas aparecían por doquier, mojándolo todo: las camas, los huesos, los muebles, el alma y la hamaca perezosa. Se humedecían las manos y los pies y lo íntimo de la médula. Tamborileaba sobre las ollas y las lavacaras. Lúgubre. El sueño se espantaba y era suplantado por el reumatismo. Los espíritus ancianos se vuelven temerosos, los jóvenes son invadidos por el tedio y los niños aumentan su retozo, porque la vida es el agua y los niños son los dueños del agua.

Y el agua corre y entra en la pávida sangre derrochada por la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Por eso, el chino, dueño de la casa y de la tienda, golpeó con un palo debajo del piso de la familia Calderón, que ya le adeudaba dos meses de arriendo. Golpeaba y golpeaba. Golpe tras golpe.

— ¡Agua abajo! ¡Cómale! ¡Agua abajo!

— ¡Chino majadero!

Una luz cegadora penetró en el aposento. Luz desconocida. Un horrísono trueno allí arribita, no más, llenaba de pavor el alma de los mortales enteleridos de húmedo frío.

— "Santa Bárbara doncella que en el cielo fuiste estrella, líbranos de una centella o de un rayo mal airado, por Cristo que fue clavado en el ara de la cruz. Amén, Jesús".

La abuela trataba de conjurar a los elementos. La tempestad continuaba sorda. Recrudecía con violencia. Las mujeres acumularon peroles, bacines y lavacaras bajo todas las goteras. Comenzó una extraña orquesta de concreta música. El niño distinguía el ruido amortiguado de la lluvia sobre el tejado, del agudo sonido de un millón de campanillas provenientes de los techos de zinc de la vecindad. Todo se inundaba de una felicidad nuevecita.

Ojalá aquella lluvia no cesara nunca.

— ¡Despierten también al chico para que aprenda a rezar! gritó la abuela —. Ya es tiempo de que se vaya haciendo cristiano.

Volverse pesadísimo como para que no lo pudiera levantar nadie y no lo hicieran cristiano; pero la mamá lo alzó en vilo y lo puso en pie.

— Arrodíllese y haga la señal de la cruz. Persígnese — ordenó la vieja. Mauro obedecía de mala gana y empezó a gimotear.

— Que te persignes, te he dicho — repitió doña Luz, le mandó una bofetada. El miró alrededor como pidiendo auxilio. Todas hincadas orando, abstraídas en el recogimiento que el temor impone a las almas aprensivas.

No tuvo más remedio que santiguarse y repetir con la vieja, una serie de padrenuestros y avemarias. Cansada, al fin, amainó la tormenta.

— Ya ve, hijito, como Dios escucha las oraciones — le dijo la abuela, ya dulcificada por el milagro, y le puso la mano en la cabeza como solicitando su disculpa.

Mauro comprobó con una suerte de disgusto, que su lluvia se había ido.

Desde entonces, todas las noches, hubo de arrodillarse delante de la abuela antes de acostarse y rezar hasta caerse de sueño: un avemaria por el abuelito que está lejos pasando trabajo y medio, dos credos por los tíos que también están allá. Un padrenuestro para que no nos falte el pan de cada día. Y otras rituales yapas infinitas.

Seres sobrenaturales. Padrinos invisibles y tacaños que lo podrían proteger contra muchas cosas, menos contra la abuela. Padrinos avaros como aquel niño Dios que nunca había traído ningún juguete que valiera la pena. El "pan nuestro de cada día", más que pan era siempre un simple plátano cocido. ¿A qué se debería aquello? El zaguán y sus recovecos, otra vez. Doña Luz comenzó a instruirlo en los misterios de la santa religión católica y a llevarlo a las iglesias. Visitó el cielo, el infierno y también el purgatorio. Se asomó a la otra vida de las almas. Y al más misterioso de los misterios: La Santísima Trinidad.

Indudablemente que el Padre Eterno era el personaje más aterrador, capaz de meter miedo al más pintado; dueño de todos los poderes, del trueno y del rayo, inaccesible e incapaz de perdonar a nadie con sus llameantes barbas blancas y su triángulo en la cabeza. ¿Qué papel jugaba allí aquella paloma llamada espíritu santo? Esa era más incomprensible que el otro con el herido y radiante corazón en la mano. Cuando Mauro observó las llagas sangrantes del cuerpo crucificado, fue sintiendo un asco creciente por esa carne tumefacta y gangrenada, y no pudo comer en todo el día, y no hubo manera de hacerle probar bocado.

— No hay duda, este chico es loco — concluyó la abuela —. Hay que darle otro purgante. Seguramente tiene el estómago cargado.

Iglesias sobrecogedoras. Sombrías y misteriosas con aquellas figuras hieráticas que lo seguían a uno desde sus nichos con sus miradas secas. Iba de la mano de su madre, y esto lo tranquilizaba un tanto, aunque las miradas los siguieran. Tropezó con un cuadro de torturas que le esperaban en el infierno achicharrante. Más estremecimientos de terror, y estar en la certeza de que iría al cielo en cuerpo y alma, por lo buen niño que era.

Se hincaron.

— Recemos — dijo Elvira — para que no nos falte el pan de cada día.

— ¡Yo no quiero pan, yo quiero un tren de cuerda! — respondió el niño. La madre perdió la compostura y estuvo a punto de reír a carcajadas. Rayos de sol atravesaron los vitrales junto a él.

La ocurrencia del niño fue contada en casa y las tías rieron también, pero la abuela recordó sinceramente que Mauro, estaba, en verdad, falto de purgante. No había duda que sufría de empacho.

Sulfato de sodio en agua hirviendo: "dos onzas, nada más", como si fuera poco.

Luego una naranjada para pasar el mal sabor. Aquella sal amarga y repugnante le llenaba de fuego el estómago, y le traía retortijones y se iba en curso como para morirse. Por la tarde quedaba debilitado, con las mucosidades intestinales desprendidas. "Parece que tiene bichos" — dijo alguien — .

Los aguaceros se prolongaron por muchos meses. Bien para tomar agua de lluvia. En aquellos barrios no había canalización, así que, en verano, el agua la traían los aguadores para venderla en barriles, transportados a lomo de burro. En las pipas o barriles de casa era preciso criar uno o dos pecesitos para que limpiaran el agua al comerse los gusarapos. Aquello constituía una de las atracciones de Mauro, que se divertía arrojándoles trocitos de alimentos cuando nadie lo veía, y luego convirtiéndose en Pulgarcito se zambullía desde el borde y jugaba con esas ballenas.

Llegaba semanalmente el servicio de "sanidad", también en carretas o a lomo de muía, a recoger los barriles o abrómicos de excrementos acumulados en todas las casas. En aquel invierno, el barril de la casa, habitualmente bien tapado en un rincón del patio, con las inundaciones se salió de su sitio, derramando las heces fecales fermentadas por todo el ámbito lacustre. Flotaron viscosamente exhalando su hedentina, provocando basca y cefalalgia.

— En una de éstas nos va a venir una epidemia.

Los niños empezaron a morir como pollitos apestados: de "mal de ojo", de "espanto" y de "mal aire". Los bañaban en cocimientos de yerbas de gallinazo y les pasaban por los cuerpos afiebrados un huevo fresquesito del día. Luego, el huevo roto se exhibía en un vaso de agua y adquiría la forma de un velero de sueños, prueba irrecusable de que el mal había volado del enfermo, perdiéndose en aquellos mares de cristal infinito y olvidados de la mano de Dios. Y para peor, de un día para otro, el dólar subió al doble. De $ 2,30 llegó a valer $ 4,60. Los víveres se elevaron a las nubes como si fueran importados. Las mercaderías extranjeras fueron imposibles de adquirir. Toda la vecindad se lamentaba y se hundía en la desesperación. En casa, Mauro oía:

— ¡Esta vida se hace imposible! ¿Qué vamos a hacer ahora?

Los diarios editorializaban sobre el asunto y el Gobierno ofrecía tomar medidas contra los especuladores y contra los traficantes de giros sobre el exterior, pero la situación se agravaba hora por hora.

Frente a la casa, en el departamento de una familia obrera, se instaló un comité con ochenta y cinco mujeres, llamado Rosa de Luxemburgo. Sesionaban constantemente y luego salían en grupos a la calle.

La familia Lemos observaba con curiosidad estas actividades. ¿Quién será esa tal Rosa de Luxemburgo? Preguntaba la abuela.

De todos modos, en casa flotaba una simpatía hacia las mujeres de enfrente.

El niño vio con inquietud que dejaban de circular los carros urbanos de muías. Los panaderos no hicieron más pan, los zapateros no remendaron más zapatos, los choferes no pusieron en marcha los motores de sus vehículos. Los estudiantes no iban a sus aulas, los trabajadores del gas dejaban enfriar los hornos negros. También los electricistas pararon los generadores y la ciudad quedó en tinieblas. La tarde del 15 de noviembre de 1922, la voz de Mauro estaba en la ventana observando el cambio sustancial del paisaje urbano. ¿En dónde se habrá escondido la gente? La calle permanecía desolada hasta donde abarcaba su vista. ¿A dónde se habrá ido? La ciudad sigue durmiendo a plena luz del día.

En casa todas eran asiduas lectoras del periódico El Guante. Parecían más o menos bien informadas de la situación. También inquirían noticias en la vecindad y luego las comentaban en el hogar.

— Hoy habrá un gran meeting. Los trabajadores han declarado paro general, — dijo tía Ruth que, por entonces, era la más interesada en los asuntos políticos.

— En este caso, yo creo que el pueblo está en su derecho, los aumentos de salarios que piden son justos. Lo poco que ganan no les alcanza para nada.

— En mis tiempos las cosas no eran así. Y eso que en nuestra hacienda teníamos peones conciertos. Ah, pero los cuidábamos como si fueran ahijados nuestros y nunca les faltaba nada — terminó la abuela, justificando su pasado. -Eran mejores tiempos, sí, señor. Nadie se moría de hambre... (Lo aseguro, porque me consta).

El niño seguía mirando la calle desolada, el cielo nublado y gris daba un aspecto más tétrico. De pronto fue rota esa monotonía, y a lo lejos, hacia la parte más central de la ciudad, grupos grandes de gentes que portaban banderas y cartelones, pasaron cantando. La ciudad despertó.

— ¡Vengan a ver, pronto! - Gritó.

Todas se agolparon en la ventana y siguieron comentando.

— ¡Ya van a pedir la libertad de sus compañeros!

Después de breves minutos se escucharon varios dis paros de fusil.

Un angustioso intervalo. Luego, nuevas y más nutridas descargas de fusilería.

— Parece que es por la avenida Olmedo.

Puertas y ventanas comenzaron a cerrarse, empavorecidas.

Desde las calles centrales venía mucha gente corriendo desordenadamente. Reflejando el terror en sus rostros famélicos, dejando abandonados en su huida, carteles y banderas, armas inútiles e inofensivas en aquella emergencia.

— ¡Es un "cierra-puertas"!

— ¡Están matando al pueblo!

Se acercaban ya al barrio los primeros derrotados del hambre y las balas. El tiroteo se extendía por toda la ciudad.

El chino de la chicharronería venía también, acompañado de una mujer del comité Rosa de Luxemburgo, levemente herida.

— ¿Qué pasa vecino? — le preguntaron las de arriba.

— ¡Ejelcito matal gente! Yo sel culioso no más. Yo sel extlanjelo.

Dicen y dicen, que todo comenzó, cuando la manifestación quiso cerciorarse de que el gobernador no mentía al afirmar que los presos políticos habían sido libertados. Entonces las gentes desearon ver, con sus propios ojos, los calabozos vacíos. Dicen que todo comenzó, cuando unos agentes provocadores hicieron con sus pistolas disparos al aire, desde una mesa de inscripciones. Dicen que todo comenzó en la Panadería Norteamericana, cuando la policía se propuso disolver a culatazos a un grupo de panaderos parados y éstos intentaron desarmarla. Pero lo cierto es que todo se redujo a una copiosa ofrenda de sangre plebeya.

La masa intentaba huir y la tropa cerraba las bocacalles. Los más afortunados se quedaron fuera de la trampa. Los acosados se arrojaban contra las bayonetas, oponiendo sus duras manos encallecidas que usaban piedras como proyectiles. Una mujer cayó herida de muerte, cerca de un soldado a quien una pedrada había hecho arrojar su rifle. Haciendo un último esfuerzo, ella empujó el arma hacia sus compañeros. En la desesperación, muchos asaltaban las tiendas de armamentos para proveerse de cuchillos, escopetas y pistolas.

Al anochecer, pasaron frente a la casa dos carrozas extrañas. Eran los carros del camal que repartían la carne. La familia Calderón se alegró momentáneamente, pensando en la posibilidad de comerla después de tantos días de privación, y salió a mirar. Pero no era carne de res la que llevaban, sino montones de cadáveres humanos hacinados como leños sangrantes. Más tarde vino también la conocida carreta de los abromiqueros. Pasó de largo, sin acercarse a las casas, con macabro cargamento.

Entre las balandras, entre las canoas y entre los amancayes florecidos del río, se hundían para siempre los cadáveres, con las entrañas laboriosamente abiertas para evitar que reflotaren, quedando como pescados listos para ser cocidos al amparo de la noche en un caldo de infierno.

Los soldados regresaban a sus cuarteles, entonando canciones patrióticas.

Los periódicos, que no mienten jamás, anunciaron sólo doscientos muertos. Los testigos, dijeron que eran más de mil.

El niño no alcanzaba a comprender tanta maldad.

— A veces pienso que nunca debimos salir de nuestra tierra para ver estos horrores, — comentaba doña Luz —. En todas partes se cocinan habas. En todas partes la gente es mala, ¡Dios mío!

— La verdad es que somos unas pobres gentes desarraigadas, mamá — dijo Elvira con amargura — "¿A dónde irá el buey que no are?"

Nunca encontraremos paz ni tranquilidad, ni trabajo, ni nada. Estamos meadas de la suerte — anotó Ruth.

— No hables de ese modo, muchacha — la reprimió la madre — no seas vulgar ni de mal agüero. Aunque, viéndolo bien, como piensa Elvira — agregó — nos parecemos a algunas plantas de vega, que las arrancan para sembrarlas en otro terreno y nunca prenden.

Eso fue lo que ella dijo con su bravo corazón severo, cansado de contemplar correr la sangre fratricida. La ciudad se volvió a dormir después de su pesadilla, pesada broma de los gorilas que merodean las alcobas de los señores que todo lo pueden.

IV. YENDO HACIA AFUERA

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Dejarse ir, aunque duela la cabeza. Mirar al sol. Dejarme deslumbrar, aunque me quede ciego. Niños alborotados como cotorras migratorias. Yacer en una hamaca de seis a seis. Indiferente al hambre, a la luz, a la sed y a los niños perdidos como pájaros en los ficus de los parques. Llega el hada madrina con su varita mágica y lo hace honrado en vez de rico, inteligente en lugar de afortunado, justiciero en vez de bueno. El estero es salobre y umbroso como los cuentos mismos. Los manglares lloran sus torceduras y sus ostiones van al fondo de la canoa. Aseguran que es agua de mar. Hay que dejarse ir, no hay otro remedio. Pero hay, que conseguir una planta de amarga zabila y colgarla del dintel para ahuyentar esta mala suerte. Y ver después cosas misteriosas e increíbles y recónditas a través de la neblina, aunque en esta vida rara vez suceden hechos dignos de ser contados, supongo, sino te acercas a la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Y así, vino el tiempo de la primaria. Tiempo de penetrar en otra vida, inquietante. Casi tan absurda para él, como lo sucedido el 15 de noviembre.

Lo hicieron levantar más temprano que de costumbre. La madre lo condujo asido de la mano hacia el vetusto castillo de madera, lleno de hadas, de ogros y de enanos. Al arribar encontraron que ya esperaban allí muchos niños.

Cuando Elvira lo dejó solo, sintió ganas de regresarse, pero ya habían cerrado la puerta principal. Viejo edificio de madera y zinc, con rejas de hierro pintadas de verde, que daban al pequeño patio de tierra gris y a la calle sin empedrar. Aulas contraindicadas, adaptadas, sin luz por la izquierda.

— ¡Formarse! ¡Sentarse!

Pasaron lista.

Los chicos repetidores del primer grado eran desenvueltos y alevosos con los nuevos, a los que daban de coscorrones en cuanto el viejo ogro, gordo y bigotudo, se volteaba para escribir en el pizarrón.

El vecino de atrás haló de los pelos a Mauro. Este se volvió para desquitarse; pero ya el profesor estaba junto a él.

— Apenas llegas, te empiezas a portar mal, ¿eh? ¡Muestra las manos! — ordenó.

Automáticamente lo hizo y entonces recibió varios palmetazos, sin una queja ni una lágrima.

Aquel castigo lo llenó de mayor confusión. ¿Por qué le pegaba aquel señor?

Si hubiera sido la abuela, la madre o las tías, habría llorado con sentimiento. Pero en este caso no podía llorar delante de todos esos muchachos ni de ese ogro barrigón.

Quiso hacerse pasar por enfermo para no asistir a clases, pero la abuela, con su olfato de perro pachón, descubrió la patraña.

Adaptarse. Aquel cholito que lo incitó, el otro día no más, a escaparse de casa, lo llevó en su balsilla. Era hijo del flaco, dueño de la refresquería. Se llamaba Marino Pita, nombre que se prestaba para que los condiscípulos le tomaran el pelo apodándole Pito. Lo cual daba lugar a que Marino se fajara a golpes con los más grandes y retrasados como él.

Marino instruyó a Mauro en muchas cosas que la escuela no enseña. Con él descubrió que una de las mayores delicias del estudiante es "hacerse la pava". Salir a vagar por los alrededores de la torre del inalámbrico Marconi, que estaba en despoblado. Intentaban escalar sus cien metros de acero, pero sólo los adultos lo lograban. No faltaba quien se suicidará arrojándose desde aquella altura, lo cual no dejaba de inquietarlo cuando leía tales noticias en los periódicos, haciéndolo ponerse mentalmente en tal eventualidad y convertirse en la sensación del día: "Niño suicida. Se lanza desde la torre..."

Buscaba los dulces y maduros moyullos, la amarga yerba de canchalagua que cura el paludismo, y que crece entre los bledos y verdolagas, las aromáticas semillas de guásima, las negras pepas del jaboncillo que reemplazan a las canicas de cristal. Ya en el segundo grado, las "pavas" se hicieron más atrevidas, y la pandilla incursionaba por el Estero Salado y sus manglares, en donde se dedicaban a la emocionante pesca de jaibas, o a andar en una canoa de los parientes de Pito, que él mismo piloteaba hábilmente. Un día, la vaciante los sorprendió tan fuertemente, que los arrastró estero abajo, en aquel barco de guerra, y Mauro fue apareciendo en casa a eso del anochecer, entre la consternación de la familia.

Como castigo, prohibieron sus amistades, y durante un tiempo Elvira lo acompañó a la entrada y a la salida de la escuela. Creyéndolo curado de amigotes, ya podía ir solo, de nuevo, por aquellas calles de Dios, dando rodeos entre gigantescos bosques de malvas florecidas, tan altas como el hombre más alto.

Caminaba por misteriosos y peligrosos senderos abiertos por el continuo transitar de los peatones, observando águilas rapaces, tigres de bengala, leones africanos que se regodeaban entre tal exuberancia. Alguien se internaba por aquella maleza, más allá de los senderos, para hacer sus necesidades corporales y salía con las nalgas enronchadas por la espinosa pelusa de los tallos de la malva y los mosquitos. Los hedores se agudizaban con los altos soles del mediodía. Aquella selva era también campo de batalla de interminables guerras desatadas entre muchachos de uno y otro grado. Combates con terrones y pedradas que terminaban con roturas de cabeza y las fieras salían despavoridas ante tanto valor desplegado. Una oscilación, entre lo divertido y lo repugnante. Una mañana el barrio entero se alarmó: una mujer había sido hallada, al amanecer, entre la maleza, completamente desnuda y con cinco puñaladas en el cuerpo, una de las cuales le había

rasgado el sexo. Allí se fluctuaba entre una vida menguada y la muerte a todo dar.

— ¡Tenemos que salir de este barrio, y pronto! — comentaron en casa —. ¡Vivimos en constante peligro! ¡Qué horror! ¡Aquí debe implantarse la pena de muerte!

Pero nada impresionó tanto a Mauro como lo que vio una tarde en la refresquería del papá de Marino Pita. Acababa de salir de clases. Con sus libros bajo el brazo quedóse sentado sobre unos troncos, disfrutando de un prensado de hielo raspado con vainilla y naranjilla. Miraba distraído a una burra cargada de hierba Janeiro que permanecía atada a un puntal de la casucha, cuando llegaron unos burreros con sus bestias inquietas. Los hombres se acomodaron en los bancos de madera y pidieron refrescos de coco y leche.

— Fíjate — dijo uno de ellos — aquí hay una burra amarrada.

Mauro vio que a uno de los asnos le salía desde el bajo vientre una cosa larga y negra y, saltando sobre la indefensa burra, se la introdujo por el rabo. Hubo una risotada general, incomprensible para Mauro. Marino también reía y la risa del amigo acabó por desconcertarlo más.

Mauro se dirigió a casa, pero no dijo a nadie palabra de lo visto. ¿Sería malo aquello? Tal vez no, porque toda esa gente se reía. ¿En qué residía lo chistoso de la escena? Manera extraña la de pelear o de jugar de aquellos animales.

Esa noche fue la primera en que Mauro no pudo dormir apaciblemente. La escena lo perturbaba. Por la madrugada tuvo el primer ataque de asma. Tosía lo mismo que un perro. Se ahogaba. Era una sensación horrible. Regresó aquel momento en que se hundió en la zanja. Viéndolo en ese estado la familia corrió solícita en su ayuda. Le dieron fricciones en el pecho con sebo tibio y le hicieron tomar un jarabe de eucalipto. Cosa agradable. Tantos remedios caseros. Nunca se supo cuál fue el que lo curó realmente. Y la tos perruna se fue conforme vino, sin explicación. La zanja desapareció en la calle.

Una tarde de un miércoles, día de asueto escolar, quedó terminada la cochera que se estaba construyendo en el solar aledaño. Dos enormes caballos blancos y gordos tirando un lando negro guiado por un cochero bigotudo, enjuto y silencioso, uniformado de azul. Un elegante carruaje se instaló allí no más, al ladito, y fue el nuevo vecino que despertó la curiosidad de las jóvenes tías, que se intrigaron por conocer al dueño, quien rara vez llegaba a inspeccionar a sus caballos. Daba gusto verlos menear su corta y ridicula cola entre las voluminosas nalgas, patear de vez en cuando y hartarse de cebada y alfalfa.

Tardes chicas del verano ecuatorial. Anochecía y el coche no había vuelto aún. Seguramente el príncipe lo necesitaba aquella noche para alguna fiesta en palacio. Mauro observó con curiosidad que los chicos del barrio entraban uno a uno, furtivamente, por un horamen abierto en un costado de la cochera. Se escabulló y bajó, porque el zaguán, ahora amistoso, lo estaba esperando, con una invitación en la mano.

— Ven — le dijo —. Te voy a enseñar una cosa que te va a gustar. No hagas bulla.

Lo tomó de la mano y lo condujo arrimándose a la cerca, hasta el boquete por donde entraban y salían los otros chicos.

Tardó algún tiempo antes de acostumbrarse a la penumbra, y entonces pudo distinguir, sobre un montón de paja, a uno de los muchachos que subía y bajaba, como haciendo gimnasia, encima de la Cenicienta que reposaba echada, con las piernas abiertas. La estaban sacrificando con una cuadrilla de la verdad... Los burros de la otra tarde y los perros enganchados como los tranvías.

Cuando aquel chico se retiró, Marino Pita se acercó y le dijo: — Ahora te toca a ti.

La Cenicienta parecía dormida como la Bella del Bosque.

No hablaba ni se movía, y yacía con las faldas levantadas hasta la cintura en un nido de espinas, sacrificada por una gavilla de malandrines.

Mauro temblaba como si le fuera a dar paludismo.

— Anda, no seas mariquita.

Se acercó tímidamente a la muchachita y vio, con estupor, que no tenía las mismas cosas que él. Se atrevió a hablarle entrecortadamente.

— ¿Cómo te llamas? ¿Te duele algo?

La Bella Durmiente del Bosque abrió los ojos y midió al que así le hablaba.

— ¿Cómo te llamas? -insistió él.

— ¡Ándate! — le contestó con aspereza —. Tú eres muy chiquito todavía.

Entonces fue atacado por fuertes deseos de orinar y, sin poderse contener, se sintió como un bombero y bañó a la princesa encantada, de pies a cabeza, haciéndola saltar de su lecho de espinas.

Con gran alivio volvió a casa.

Aquella noche comprendió que se había librado de caer en pecado mortal y de la condenación eterna en un infierno incendiado.

La mata de zabila colgada por la abuela a la entrada principal, cayó con un estrépito, dejando algo así como una gran mancha de sangre que acumuló un serio pánico sobre la casa, porque si solamente las gruesas y espinosas hojas se hubieran secado, habría sido señal de que había alejado del hogar algún maleficio, pero, en cambio, su desprendimiento constituía ...funesto presagio, en esta vida que iba de sorpresa en sorpresa, como en un viaje.

Volviendo de la escuela, un gran trastorno se abatía sobre el hogar. Agudos lamentos salían por la ventana y llenaban la calle, conmoviendo al vecindario. En el pequeño y destartalado departamento se encontraban gentes amigas y curiosas, tratando de consolar a las afligidas mujeres que lloraban a más no poder, mientras su madre permanecía en cama, postrada por un ataque de nervios. El muchacho no acertaba a comprender qué sucedía, ni nadie reparaba en él. Por un momento pensó que había

equivocado la casa; pero no, aquella mujer que se retorcía en la cama era su madre y no otra. Esta era, pues, su misma casa. Dos robustos brazos lo aprisionaron con desesperación. La abuela, con una consternación rayana en el histerismo y con una ternura desusada, le decía bañada en lágrimas.

— ¡Ha muerto tu abuelito, hijito! ¡Ha muerto tu abuelito...!

El fallecimiento de Artemio Calderón vino en una carta de filos negros, avechucho agorero, cargado de desgracias. Hacía tres meses que no se tenía noticias del viejo; y esto, aunque inquietaba mucho a la familia, no llegaba a producir mayor desasosiego por la flaca barrera de optimismo y de esperanza levantada en las catástrofes. El había muerto con el bazo hinchado por efectos de un paludismo concentrado, adquirido en las intrincadas montañas adonde entraba a comerciar acompañado de Roberto. El ave agorera, firmada por Joaquín, estaba tan mal escrita que no se entendía mucho, pero era lo suficientemente clara y volandera para saber que el asunto no tenía vuelve luego. Dentro del sobre venía también una fotografía borrosa del cadáver de un hombre calvo que quiso mejorar la raza, en un ataúd pesado, enmarcado de flores.

Ahora sí que las cosas económicas se agravaron en la casa. La única esperanza radicaba en los muchachos, aunque la vida era muy difícil allá en el pueblo. Sería mejor que vinieran a Guayaquil, donde siempre podrían encontrar cualquier trabajo. Así tendrían algún porvenir y ayudarían a la familia. Era lo más aconsejable.

— ¿Por quién estás de duelo?

— Por una mata de zabila que se cayó al suelo y nos trajo el dolor — contestó Mauro, dejando confundidos a los chicos.

A lo lejos pasó un enfermo grave metido en una hamaca de mocora cubierta con una gran sábana a manera de tolda. Dos hombres la conducían en andas, sosteniendo una larga caña de guadúa. Postas del dolor ambulante de las calles de antaño. Palanquín de los pesares del pobre cuerpo desgastado. Palanquín de las palancas en la calle de la amargura. Palanquín de las palancas del demonio que se goza en ello y se alimenta sentado a la vera de los hospitales y los cementerios congestionados y florecidos de cruces, jalones quebradizos de una esperanza y un recuerdo.

IV. POR FUERZA MAYOR

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Y por tus obras te conoceré. Bien se sabe. Volver es renacer. Los relojes de los gallos van cortando la noche en rebanadas obscuras, mientras los agudos pitos de algarrobo suenan en la Navidad de los niños pobres. La sabana se duerme indiferente en sus tembladeras. La sabana, la sábana, sabanilla. Este aire que no respira es tan puro y tan distinto. La muerte se aclara y se alegra. Pero cuando uno es viejo nada interesa, ya no es lo mismo; no se puede subir a los árboles, no se corre ni se nada. Todo es tan aburrido y tan distinto al contemplarse en el espejo. Pero hoy, un vientecito vegetal se mete por la nariz, resucita el recuerdo y las cosas recobran su verdadera dimensión coruscante de la ventana. En el espejo: la reflexión de la luz. Por la ventana la refracción. Y hablar y más hablar... Y despierta nuevamente el dios Tin, nombre chispeante de una figura traviesa, chiquita y andariega, que si llegas a capturarlo te hará rico y poderoso como el mismo Aladino. Si quieres diez vacas, él te dará mil, y si una buena casa, te construirá un palacio; si deseas una mujer te proporcionará un harem. Así de grande y poderoso es ese pequeño Tin-Tin. Pero hay que ponerle una vela para atraerlo y ser su amigo desde la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Y por aquella luz descubrirás el campo prodigioso de la lectura. Acontecimiento extraordinario. Mundos fantásticos que pueden vivirse echado en una hamaca sin preocuparse de comer siquiera. Si no fuera porque aquella mujer, del calendario pegado a la pared, lo perturbaba siguiéndolo con la mirada por donde quiera que iba, como burlándose de su afición a soñar. Y aquellas chinitas del viejo biombo, que se venían por un puentecito, abanicándose y sonriendo sin sentido, y luego desaparecían como fantasmas. Aún más, aquellos ojos oscilaban al ritmo del mecerse en la hamaca, sin dejarle un instante de paz. Al fin encontró la solución. Tomó las tijeras de la gaveta de la monstruosa y anticuada máquina de coser Jones, y se los sacó. La persecución cesó, y él pudo volver a sus hadas todopoderosas, reyes bobos y malvados, princesas bellísimas, animales astutos que burlan a las bestias crueles y feroces; aventureros y exploradores famosos en países exóticos, de donde siempre salen bien parados de toda empresa que acometen, y que parecían invitarlo a seguir su glorioso ejemplo. La calle perdió, entonces, su primitivo encanto, nada de lo que en ella acontecía le interesaba más. Se trasladó por entero a las páginas de cuentos que sólo conocía de oídas. A este espejo ilusorio. Ni siquiera se percató de que el príncipe gordo, dueño del coche, había trabado conocimiento con tía Ruth, y que por las noches la llevaba a pasear en el

carruaje tirado por los hermosos caballos blancos. De estos misteriosos paseos resultó que tía Ruth fue a parar de maestra de escuela rural en la hacienda *La Campana*. Era el primer empleo que conseguía alguien de la familia. Ruth no descuidó la atención de sus parientes y con frecuencia enviaba remesas de víveres: gallinas y huevos, yuca y plátano, cacao y café; amén de una pequeña cantidad de dinero, que les permitía vivir un poco mejor.

— Mi hija es una buena hija, — decía doña Luz —. — No importa lo que haga. La necesidad obliga. Dios la premiará, aunque primeramente nos haya sometido a una dura prueba, abatiendo nuestro orgullo.

Delia, entretanto, resolvió meterse de obrera en la fábrica de cigarrillos *El Triunfo*. Su labor se reducía a pegar timbres fiscales, semejantes a anillos dorados, en los cigarros de capa. Le pagaban veinte centavos por cada ciento. Al principio ganaba tan poco, que estuvo a punto de abandonar el trabajo. Sólo obtenía alrededor de cinco sucres semanales. Pero su habilidad se fue haciendo de un sistema hasta mecanizar su dedo índice, más veloz ahora en su viaje del engrudo al timbre, y del timbre alrededor del cilindro de tabaco, logrando alcanzar doce y quince sucres hebdomadariamente con aquel dedo milagroso.

Elvira, por su parte, abrazaba con mayor ardor el misticismo. Oía misa cuotidiana y comulgaba dominical-mente. El resto del tiempo lo empleaba, ya no en leer, sino en bordar y tejer gorros y escarpines para bebés, con hilo mercerizado de diferentes colores. Cuando tenía obras de urgencia, se pasaba las noches en vela, dale que dale al crochet, bajo la luz mortecina de las lámparas de querosene. Ahora abrigaba la firme esperanza de profesar y vestir, algún día, hábitos de "Magdalena" o de Madre de la Caridad. Pero según había oído decir, en esta última orden no se admitían mujeres casadas. A lo más viudas. Si tan solamente se muriera Ovidio... "Magdalena" podría ser cualquiera, hasta una mujer de la vida que se arrepintiera. Pero esta orden no le interesaba mucho, porque no era de "ésas". Sería precioso servir al Señor haciendo bien a los que sufren, a los desvalidos, pues, la caridad es necesaria. Quizá dejaría de serlo un día, cuando este mundo fuera mejor.

Para las vacaciones, contra lo que se esperaba en casa, Ruth manifestó su deseo de pasarlas también en el campo, en la misma escuela de la hacienda La Campana. Había venido a la ciudad sólo con el objeto de llevar a Mauro como compañía. Argumentó que tenía que seguir dictando clases a algunos chicos retrasados. Lamentaron su decisión, pero, comprendiendo que era un asunto de "fuerza mayor", se conformaron, y la abuela autorizó el viaje del muchacho, no sin recomendarle antes que no fuera solo al río, que no montara a caballo, que no se internara en los bosques ni en los pantanos, y una serie de nimiedades.

La lancha despegó a las siete de la mañana desde un muelle flotante de madera. Mauro veía con curiosidad los cangrejitos que salían de sus cuevas en las orillas fangosas, y se escondían luego temerosos de las olas que levantaba el paso de la embarcación (tontitos cobardones). Atrás quedaba el malecón perdiéndose en una silueta de cientos de balandras, lanchas y vapores, mientras las gentes hervían como hormigas agenciosas en los muelles y portales. Bancos de amancayes, lirios y lechugines, violáceas y

pálidas campánulas flotaban plácidamente en el lomo del río turbio. El verdor de los potreros y de las sabanas, y el violeta azulino de las cordilleras en el horizonte, lo invadían todo. Las garzas blancas, las morenas y loa pájaros caga-manteca con sus ojos de chaquiras, vigilaban los playones. Desde el fogón, que funcionaba en la toldilla de la lancha, llegaba ya un tufillo de guisos criollos que despertaban el a-petito de los amodorrados viajeros, esos caimanes varados en sendas hamacas de lona.

La embarcación apegaba en todos los puntos poblados, en todas las haciendas, contribuyendo al mayor peso del viaje interminable. Sólo en el niño renacía el interés, al acoderar en cada desembarcadero, exigiendo a la tía Ruth que le comprara algunas de las cosas que las gentes de tierra salían a vender: bocaditos regionales, juguetes de barro cocido, cestas multicolores.

A eso del obscurecer, Ruth se puso a conversar con dos peones de La Campana: sus compadres Tadeo y Eulogio. Arrimados a la borda, los pasajeros se sentían invadir por una especie de aprensión, cuando la obscuridad avanzaba desde la tierra firme, mezclada con rumores de chicharras y graznidos de pájaros extraños y de seres misteriosos e innobles de otros mundos, que ponen espanto en el sueño y la vigilia. Una lucecita que se acercaba lentamente, como suspendida en el vacío. Tadeo se puso nervioso y se dirigió a Ruth.

— ¿Ta viendo, niña? Esa luz puede ser de "la viuda".

— ¿Qué cosa es eso?

— ¡Uhhh! ¡Eso sí que es cosa feisísima, comadrita! Dicen que es una mujer vestida de negro que anda embarcada en una vieja canoa mocha. En la proa lleva un ataúd vacío con bastantísimas moscas que vuelan en derredor, acompañándola. El zumbido se oye desde lejisísimo. Esa luz que se divisa es una vela prendida que siempre trae en la canoa pa' alumbrarse en el camino. Cuando se acerca a lanchas, pregunta con un habla así gangosa, si es que no han visto el cadáver de su hijo, que aseguran que ella mesma lo mató recién nació pa' ocultar su pecao. Dende entonces Nuestro Señor la condenó a andar buscando al muchachito por estos ríos. Es un alma en pena, propiamente, que está maldecida desde hace cientos de años. Cuando "la viuda" se encuentra con algún cristiano que va navegando sólito, se le va encima, lo choca, lo hunde y lo manda a los mismísimos infiernos.

— Este cuento de la "viuda" es muy parecido al que en mi tierra llaman "el riviel" — comentó ella.

— No es cuento, comadre, es de a verdad — objetó Tadeo, con acento ofendido.

Mauro, que desde su hamaca había estado escuchando la conversación, la llamó aterrorizado.

— ¡Tía Ruth! ¡Venga a acompañarme!

— No es nada, hijito, — le dijo quedamente — son cosas de esta gente, que cree en tonterías. — Y le pasó la mano por la cabeza, acariciándolo para tranquilizarlo.

En esos momentos se oyó la voz del capitán dando alguna orden...

— Ahora me gustaría saber qué cosa son "el Tin-Tin" y "los gagones", que tanto mientan por aquí — dijo un pasajero vende al crédito, desde su hamaca, dirigiéndose a Ruth con ánimo de trabar amistad, pues había estado escuchando la conversación.

— Yo no lo sé, señor. Pregúnteselo a ellos — y señaló a los dos peones.

El modesto comerciante, sencillero y ambulante, insistió ante los peones con un incentivo convincente.

— Si me cuentan los invito a una copa.

Tadeo no se hizo esperar.

— Bueno... Verá usted, patrón. Er Tin-Tin es un chiquitito que tiene los pies pa'atrás, digamos argo así como un enano peludo y colorado con un sombrero así de gran-dote. Y asiguran que se mete en la cama de las muchachas y de las hembras que tienen sus maridos de viaje. Er, entonces las preña sin que se den cuenta, y ese hijo en cuando crece es un cuchucho pa' las hembras como es er mismo padre. Y a veces también dizque abusa de las mujeres cuando andan solas en er monte, especialmente de las cejonas y velludas, que son las que más le privan.

Aquel joven comerciante, llamado Washington Portilla miró a Ruth y le guiñó el ojo sonriendo picarescamente. (A mí también me gustan las peludas como tú, y no soy ningún Tin-Tin).

— Ese cuento tiene que haberlo inventado alguna mujer infiel o algún cornudo.

Ella hizo como que no lo había visto, aunque oyó el comentario que le pareció acertado. Ruborizándose, recordó cómo era de poblado su propio pubis.

— "Los gagones" en devuelta, son hijos der Pática. Son como perritos que ladran en la noche, debajo de las casas donde argún compadre está viviendo con su comadre. Eso, claro, es un pecao mortal.

— Así mesmo es, — remató Eulogio muy solemne.

— Bien — dijo el comerciante vende al crédito. Lo ofrecido es deuda — . Guiñó de nuevo el ojo a Ruth, inútilmente.

A pesar de su cara inexpresiva, ella se sintió ligeramente inquieta por este mozo delgado, que pretendía insinuarse, pensó que, indudablemente, era atrevido y listo el cholito aquel.

Luego él sacó una botella de mallorca y brindó generoso y contento.

Sería la una de la madrugada cuando llegaron. Todo dormía. Todo en silencio. Sólo los perros ladraron. La casa grande de la hacienda no quedaba muy distante de la escuela. Encontrábase situada en la zona destinada a las chozas de los peones, casi a la sombra de dos poderosos tamarindos, donde los niños en sus recreos se entretenían arrojando piedras para tumbar las agridulces vainas. Mauro se despertó con el canto de los gallos de riña, entrabados en el corredor, montados en sus burros de madera esperando el

día de la verdad, y arrastrando inútilmente el ala para las gallinas que se paseaban por los patios.

— ¿Son suyos estos gallos, tía? — preguntó Mauro.

— No, hijito, son de don Manuel.

Una nubecita de polvo se levantó por el sendero, en la mañana recién nacida. La nubecita fue creciendo hasta convertirse en un gigante que se acercó galopando sobre el caballo de Troya. Cuando estuvo más cerca, Ruth dijo con voz velada por la emoción:

— Es don Manuel, precisamente.

(Es el príncipe gordo del coche. Sí, es él mismo).

Una vez que se hubo apeado, miró al chico desde su gran altura.

Este sobrino tuyo tiene algo que me agrada a pesar de su timidez. Quiero que sea mi ahijado, para hacerlo un verdadero hombre. ¿Qué te parece? — Lo prometió con una ligereza y espontaneidad tales, que estuvo a punto de rectificarlas en seguida. En verdad, nunca gustó de esos compromisos que, a la postre, se vuelven cargosos. Pero bastaría no volver a mencionar el asunto.

— En casa estarán contentas de que usted sea el padrino de confirmación — respondió ella muy halagada.

Luego de pellizcar su brazo regordete y de cambiar ciertas expresiones en doble sentido, que el chico no alcanzaba a coordinar, se encerraron en el dormitorio.

Confundido por la confianza que este señor tenía con su tía, y, sin atinar qué hacer, comenzó a bajar las escaleras. Gallinas con sus pollos escarbaban debajo de los tamarindos, un potrito correteaba y brincoteaba alrededor de la madre, mientras al pie de una cerca dos esponjados y cromáticos pavos reales pujaban y lucían su espléndido arco iris, y una docena de gallinas guineas picoteaban la grama. Todo aquello era tan nuevo y distraído, que se olvidó de su tía y su voluntario padrino que, por un instante, apareció en uno de aquellos pavos.

Don Manuel, intentó familiarizar a Mauro con las cosas del campo, aunque nunca volvió a hablar del posible padrinazgo. Dióle por compañero a un hijo de Tadeo, que tenía unos quince años y era ya un montubio perfecto, de rostro inexpresivo y escasísimas palabras, circunstancias que hacía a Mauro sentirse incómodo al principio. Pero aquel joven criollo, llamado Macabeo, le enseñó cómo se enlaza y se manea un ternero y cómo se monta a caballo. Le construyó una boya para que, ciñéndosela al cuerpo, a-prendiera a nadar. Y una vez lo llevó de cacería.

Día despejado y clarísimo, limpio, tal si lo hubieran lavado y encerado, como automóvil de millonario.

Partieron los dos, rumbo hacia las tembladeras, donde habitan los patillos manas y las bulliciosas y suculentas gallaretas. Por el camino se entretenían en romper, con ingenua maldad, los hornitos donde habitan los pájaros boyeros, o exploraban al paso nidos de cucubes de trinos increíbles, de

dulces colembas o desconfiadas tórtolas. Allá lejos, volaban vistosos tintoreros o corría hacia la maleza algún pavo paují, que los indios domesticaron, en otros tiempos sin historia. De las sabanas inundadas emergían pecas y lunares, islotes de pura vegetación o arbustos florecidos de garzas blancas. Los patillos gordos y las gallaretas nadaban y revoloteaban sobre las aguas tranquilas. La escopeta de Macabeo comenzó a tronar con efectividad. Los chicos regresaron a sus casas cargados de palmípedos, para preparar un buen arroz aguado. En un mogote cercano peleaban furiosamente dos zancudos curiquinges.

Así la vida cobraba para Mauro un encanto nuevo, a pesar de los espantables "cucos" y trasgos que habitan el monte. Era absolutamente feliz, sin tener todavía una conciencia de lo que la felicidad significa. Disponía de mucho que comer y carecía de mayores preocupaciones. Su salud se fortaleció y era libre. Aprendió a cuidar y entrenar los gallos de pelea de don Manuel, a conocer sus capacidades para el combate y a divertirse con ellos. Una tarde, mientras se bañaban en el río, Tadeo volvió a sus consejas.

— ¿Sabe usted, comadrita, por qué los lagartos son enemigos de los perros?

— No, no lo sé — respondió Ruth.

— Ah, pues verá usted. En los tiempos en que los animales hablaban, es decir antes del diluvio, el perro le dijo al caimán: "préstame tu lengua, que es más grande que la mía, pa' poder tomar agua, amigo". El lagarto que era zonzo, se la sacó y se la prestó confiado, pero el perro, que tenía hambre, se la comió en un santiamén. Desde entonces el lagarto se quedó sin lengua y ha declarado guerra a muerte a los perros, y los busca siempre como plato preferío. Po' eso es que los perros tienen miedo a salir a este río donde hay hartísimo lagarto.

— Muy interesante — dijo Ruth, contemporizando y agregó, dirigiéndose a Mauro: — ¡No te vayas muy afuera, hijito! ¡Ya oíste, que aquí hay muchos caimanes!

No bien había terminado de decir lo que dijo, cuando a quince varas de ellos surgió un fenomenal satirio, nadando hacia los bañistas. Pasado el instante de sorpresa, se escucharon gritos de terror y casi simultáneamente tiros de fusil provenientes de la casa mayor de la hacienda. La bestia pareció tocada en algún sitio y abriendo sus poderosas fauces describió dos círculos como tratando de encontrar lo perdido; luego se sumergió y no volvió a vérsele por esos contornos.

Era el vigilante fusil de don Manuel que tronaba omnipresente, omnipotente, parte de sí mismo, preservador, claro, terminante, voluminoso, báculo de voluntad, sagrado dueño de voluntades, de volumen, volátil, te volio bene, volare, vapuleador, voli, volutas, bolitas, voliciones, voy y vengo... con Virginia... virginal... vaginal... virgo... potens, virgo fidelis... volantuza, voy y vengo disparándome... voy y vuelvo... disparo tronador pero tengo que bajar a la ciudad y ver a mi médico... ventripótente.

Sí, mis amigos... Mis buenos amigos... Mis estimados amigos: Por la presente tengo a bien comunicarles que de hoy en adelante les está prohibido a los caimanes comerse — mis vacas y mis... hembras... así — es

— que... vengan para acá ladrones de mierda, que no me gusta bromear en estas cosas...

V. ANTECESORES

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Dentro del espejo asomaron todos los rostros anteriores, deformados por el tiempo y los decires. Todas esas tristonas fisonomías, su propia estampa. Una sola. En la ventana, el pequeño miraba a la pequeña sin a-tender al espejo que goteaba sangre atormentada. Unas caras anteriores que se carcajeaban de todo lo que había. La sangre era de indios sometidos. Nadie interrumpía la fiesta interminable. El eco de la risa se extinguía en el rincón de las ánimas, mientras el espejo goteaba un líquido rojo. Goteaba... Por mis obras, me reconocerás, y has de saber que todo grande que se estima tiene un árbol genealógico que se desprende de la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Lo reconocieron como primer patrón de aquella tierra.

Nectario Gómez, se radicó en el litoral, allá por el año de 1847. Mucho antes, en las cercanías de Quito había heredado una gran hacienda, con tanto ganado como indios, de los que disponía a voluntad. Famoso por sus excentricidades y bromas pesadas, agotó la paciencia de sus amigos.

Organizó en su hacienda una gran fiesta de tres días, con corridas de toros en el corral y comidas pantagruélicas. Los amigos distinguidos de la capital, aristócratas chuecos de la criollada, se hicieron presentes junto a los gamonales de los contornos. Preparando la diversión repartíase harto aguardiente a los indios a fin de que entraran a torear sin miedo y sin control, con sus ponchos colorados a modo de capa. Las bestias despanzurraban a más de un infeliz, entre risotadas de los buenos señores.

Cansado de divertirse a costilla de sus siervos, soltó en el corral al toro más grande y más alegre. Había realizado ciertos arreglos secretos en los callejones que desembocaban en un cuarto ubicado cerca del portal, donde se instalaban los invitados. Cuando la bestia esencial saltó la barrera, el pánico cundió en los palcos y la gente corrió, sin darse cuenta, a refugiarse en el cuarto vacío, en donde, forzosamente pisaron una estera que se hundía, yendo a dar con sus ahítas humanidades en un foso lleno de agua. Sobre el amontonamiento de personas aterradas y en medio de la confusión, cayó también el toro alegre, ocasionando fracturas de piernas y brazos.

Aparentemente compungido, el anfitrión se deshizo en disculpas y ofreció castigar, con azotes, a estos indios "verdugos", — que mal rayo los parta — culpables de la catástrofe y pagar todos los gastos de curación. Pero los embromados rechazaron sus excusas y, airadamente, prometieron no volver a aceptar ninguna invitación de él.

Una noticia sensacional va recorriendo la capital y la comarca: "Nectario Gómez ha muerto". El velorio se llevaría a cabo en la propia hacienda, por voluntad del difunto. Con el simple hecho de morir, el hombre se convirtió en buena persona. Las ofensas, los agravios y las satánicas bromas, fueron perdonados, y toda la aristocracia quiteña se trasladó a la hacienda, junto con los deudos bien dispuestos a repartirse la herencia.

Entre el café con galletas, trago fino y llanto interminable de plañideras profesionales y comadres, bajo el parpadeo de las velas de los cuatro candelabros de plata, el pálido, el demacrado, el rígido cadáver de don Nectario se fue incorporando lentamente dentro de la fúnebre caja, en medio del espanto de los circunstantes. Dando alaridos, trataron de ganar las puertas. Algunas mujeres caían desmayadas, otras rezaban y, clamando al cielo, dos preñadas abortaron en el acto. La indiada que había permanecido afuera, entre curiosa y afligida, soportando el frío de los patios y corredores, voló por los chaquiñanes con sus ponchos alados, hacia los nidos piojosos de sus huasipungos.

De pronto, se escuchó la estridente y conocida carcajada de don Nectario y aumentó el número de accidentados. Con una voz cavernosa, el resucitado dijo:

— ¡No se asusten! ¡No se asusten! ¡Que solamente quería saber quiénes eran mis verdaderos amigos!

Allí quedaron tirados los dos fetos, rociados con pinol, las tres piernas rotas en un calzón sucio, cuatro indios viscosos, un pan de cebada coronando una bosta y siete botellas intactas, cinco viejos desdentados, una jofaina con longanizas sumergidas en orines asustados y un corazón que salió por la boca de un gordo de poca estatura.

Al cabo de varios meses, cuando la macabra chanza fue olvidada y hasta festejada por amigos y enemigos, don Nectario convidó a una nueva fiesta, para hombres casados. (Siempre los mismos errores). Acondicionó a las parejas en sendos cuartos del vetusto caserón. Durante la noche hizo retirar primeramente a las damas bastante ebrias y retuvo a los hombres, bebiendo y jugando a las cartas. A la hora de recogerse a dormir, los condujo, uno a uno, hacia habitaciones equivocadas, fáciles de confundir por sus semejanzas. Muy embriagados, amanecieron junto a mujeres ajenas.

Repuestos de la escabrosa sorpresa, los más indignados y ofendidos proyectaron asesinar al bromista y otros, los más tolerantes, pretendieron lo imposible: que el asunto quedara en secreto. Se hicieron mutuas protestas de inocencia debido a que "muy borracho no se puede hacer nada”. - Al darse cuenta de la seriedad de la situación y de enterarse del propósito de venganza de sus amigos. Nectario optó por esconderse y cambiar de aires.

Resolvió venirse de la Sierra al Litoral. Por intermedio de un apoderado, liquidó sus bienes en el altiplano, pero conservando algunas obras de arte colonial: un cuadro de Miguel de Santiago y otro de Gorívar, y algunas imágenes de santos y crucifijos tallados por Caspicara y Pampite, por los que sentía especial debilidad.

Ya en su madurez, contrajo matrimonio con Eufemia Alzamora, una prima lejana de pura cepa española, de la cual le quedó un hijo llamado Nectario Segundo.

Entonces, comenzó a labrar el extenso fondo de La Campana. A su muerte, esta vez bien comprobada, el heredero continuó la obra de su padre con mayor seriedad y dedicación, incrementando su ya respetable caudal. Hombre metódico y retraído no se permitía ninguna distracción con sus amigos ni con sus peones, a los que trataba con rigor. Casó con una dama guayaquileña, también de apellido Alzamora — pero no pariente — , quien le dio dos hijos mellizos: Manuel y Segismundo.

Durante la revolución liberal del general Alfaro se enroló con las huestes conservadoras y, con el grado de mayor, anduvo en campaña y actuó meritoriamente en varias acciones, hasta que cuando las tropas esmeraldeñas vadearon el río Chambo, murió a manos de un negro con un machetazo que le abrió el cráneo como una sandía.

Los mellizos herederos pasaron a la custodia de una tía en Guayaquil, donde Segismundo falleció a los 14 años en una de las frecuentes invasiones de la peste bubónica. Manuel amaba el campo al igual que su padre, y le dedicó sus energías, no obstante haber cursado enseñanza secundaria en la ciudad.

Los potreros se extendieron hasta las lomas alejadas, las selvas intrincadas se convirtieron en extensos cacaotales y cafetales; los bajíos, en mares de

espigados arrozales; grandes vacadas y yeguadas alentaban la vida. Contábase también de él historias excéntricas semejantes a las del abuelo, al que parecía imitar por la admiración que le profesaba. Por ejemplo, sucedió que una vez habiendo emprendido en la costosa construcción de una gran lancha, y estando ésta a punto ya de ser botada al río, se acercó un amigo a conversar y le dijo:

— ¡A que adivino el nombre que le vas a poner! — A que no aciertas.

— ¡"¡Virginia”, seguramente!

Mudo, y desagradado por el acierto, se dirigió a una bodega y, sacando una lata de gasolina, roció la embarcación y le prendió fuego ante la consternación de todo el mundo.

Virginia era el nombre de una agraciada de dudoso origen, con la que mantenía secretas relaciones, y en la que, al casarse más tarde, tuviera una hija.

Gastaba también, en ocasiones, bromas al estilo del viejo Nectario.

Por ello se quedó casi sin amigos momentáneamente. Buscando un sucedáneo, quiso remediar su soledad en las compañías femeninas. Al fin y al cabo, son más divertidas, como los azares de montería que practicara desde los 15 años.

Al contrario de muchos otros hacendados, que aprovechando el auge de la "pepa de oro", como llamaban al cacao, emigraron a París para gozar de "fabulosos placeres mundanos", Manuel se quedó tranquilamente en casa, honrando la memoria de Nectario y dedicado a coleccionar mujeres criollas, que consideraba las mejores del mundo. Tantas tuvieron, que perdió la cuenta, y sus nombres quedaron traspapelados en su registro incivil y erótico. Nunca las retenía por más de un mes. No le atraía Europa, aunque admiraba entusiastamente a la antigua Roma. Mientras cosechaba hembras, que esparcía por el mundo, con hijos jamás reconocidos, remozaba también sus cultivos de cacao, de tal modo que, cuando vino la terrible peste de la "escoba de la bruja", sus plantaciones no sufrieron gran perjuicio y no se arruinó como otros terratenientes. Pero en cambio, su matrimonio comenzó a resentirse tanto, que su esposa Virginia le presentó demanda de divorcio. Para consumar la separación, tuvo que cederle algunas propiedades que tenía en Guayaquil, a cambio de retener consigo a su pequeña hija Claribel. Ahora, con los años, su carácter se había asentado. Ya no gastaba bromas a sus amigos y sus queridas duraban más tiempo junto a él. Esta zambita Ruth, por ejemplo — buena hembra — le servía como maestra de escuela y "todo lo demás". No le exigía gran cosa, tenía buen carácter, no lo celaba y era agradable en su trato. Francamente que se estaba acostumbrando a ella, aunque no la frecuentaba muy a menudo. La verdad sea dicha, no se alcanzaba. Si la madurez masculina permite una mayor intensidad en los goces carnales, ayudada por la experiencia, él, para entonces, sabía que ya no era el mismo potro garañón de antes. Ruth constituía un remanso de paz, aunque no fuera sólo paz lo que necesariamente le interesaba a esa altura de la vida. Últimamente se le habían despertado inciertas ambiciones. Deseaba algo más de lo que poseía, pero no desentrañaba en qué consistían estos anhelos. "El hombre debe tener constantemente ambiciones", afirman muchos, ajustémonos, pues, a ese principio. "Un

hombre sin ambiciones, no vale nada, mis amigos". Se los aseguro yo, que sé lo que me digo y me hago en esta tierra de mis mayores, que me llena de tedio y de placer esa gotadores — primitivos — previos-primarios-primate — orate frates — prisioneros sin prisa — sin — to-má-ti — ca-men-te — se — di — ce — creo...

VI. EL VAGABUNDO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Dios y la luz de la lámpara me permitan vivir dentro de un libro de Verne o de Salgari y hacer en su pasta de cartón un huequito para mirar el mar y los pájaros. Y para ver, también, qué cosa hacen los casados que besan y se esconden. Claribel, ésta es la tumba que tamba, la tomba en tómbola refrescada por las olas. Adiós. El que yo esperaba, ha vuelto con el regalo de sus manos vacías y su cabeza llena de peces y mujeres. Habla y mira como los verdaderos gigantes de los cuentos que contábamos. Me toma de la mano y me conduce. No tengo miedo. Debería tenerlo, mas no tengo miedo. Señor; pero a la hora de la hora pienso en que es mi padre... que llega con su candil encendido, abriendo puerta tras puerta, puerta tras puerta y nada detrás de cada puerta. Nada. Un juego tonto simplemente arrimarse a la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Y a la mañana siguiente Ruth, dijo:

— ¿Para qué encierras esos pájaros, niño?

— Son para regalárselos a Claribel. A ella le gustan los pajaritos que silban.

Ni el dorado canario ni el negro tilingo ni el cacique, ni el armonioso ruiseñor, ni el azulejo, cantan con el dulce tono del gris cacube, ni tienen tanta facilidad para a-prender los nuevos silbidos que el hombre le enseña.

La niña vivía en la casa grande de la hacienda y allí cantaba también como los pájaros. Llevaba casi la misma edad de Mauro, ocho meses menores, para ser exactos, habiendo heredado la belleza de su madre; la cual había contraído ya un segundo matrimonio, y fijado su residencia en la Argentina. Don Manuel, para terminar con los últimos recuerdos de amor filial, informó a la chica que Virginia había muerto. Claribel no lo sintió porque no tenía conciencia de la muerte, y porque lo que más amaba en su vida era la presencia de aquel héroe casi mitológico: su padre.

Su padre demostraba una vaga simpatía por el sobrino de "su maestra de escuela" y llevó a Mauro al caserón de la hacienda para que jugara con su niña. El muchacho le hacía dibujos y le contaba los cuentos de hadas que había leído. Ella cantaba y reía y alguna vez le relataba, también, las consejas transmitidas por la servidumbre, que él ya conocía. Otra vez el Tin-Tin, enano rojo y velludo de sombrero grande, que, caminando con los pies orientados hacia atrás, sale de los cañaverales para robarse las mujeres y los niños, y puede disminuir o aumentar de talla, solamente con desearlo. Interminablemente hablaba de cosas asombrosas que podía realizar su padre y de los múltiples regalos que le hacía. El, a cambio, le exponía sus vehementes deseos de vivir extraordinarias aventuras semejantes a las que había leído en algunos libros de viajes.

Manuel veía en su pequeña hija repetirse la espléndida belleza de Virginia. Gustaba de atenderla y guiarla en sus intimidades, cambiarle su ropita interior y satisfacer todos sus gustos y caprichos infantiles. Cuando pensaba en su provenir, proyectaba enviarla a estudiar a los Estados Unidos, poniéndola al cuidado de una familia muy cercana a él, radicada en New York. Admiraba a los Estados Unidos por su creciente prosperidad. "País del presente y más que nada del futuro". Culto a la fuerza, empezando por él mismo. Europa pertenece al pasado, un escombro del pasado. Está buena solamente para aquellos pendejos criollos decadentes, que desdeñan su propia tierra, su magnífico continente. La gente no tiene ojos para lo que le rodea. Hay que sacar provecho y felicidad de lo que está más a mano.

— "Es una bestia primitiva", — murmuraban amigos y enemigos a sus espaldas — "Le falta refinamiento". "Un montubio con plata, aunque haya pasado por un colegio".

— "La niña ira a educarse en los iunaites esteits" (E.E.U.U.)

— ¡Qué caramba!

Mauro miraba estos mimos con una especie de celos y envidia, debido a la falta de cariño paternal que él había experimentado.

Cogidos de la mano como para darse ánimo, los dos niños exploraban todos los compartimientos de la vetusta casa: bajaban a las bodegas, donde ratas y comadrejas corrían entre muchos sacos de arroz, cacao, café y damajuanas de aguardiente; luego subían hasta el sombrío soberado, donde anidaban los murciélagos y las lechuzas que con sus ojos fijos contemplaban sonrientes, desde allá arriba, a la parejita. Altas y grandes habitaciones. Una especie de capilla abandonada o museo. Allí la pequeña pareja se dedicaba a contemplar los cuadros e imágenes que antaño trajera el abuelo Gómez desde Quito y los raídos artesonados ya sin color. La niña explicaba que aquel cuadro, donde aparecía una mujer que sostenía por los cabellos la

cabeza sangrante de un hombre, era Judith con la testa de Holofernes. Tallas de santos y crucifijos en madera, lo mismo que otros óleos relamidos en donde aparecían cabezas de robustos angelitos con alas y viejos barbudos y severos, miraban a los perturbadores visitantes. La penumbra de la estancia y el hieratismo de las imágenes sobrecogían el alma de los niños. Mauro, sin querer, se acordó de la abuela y sintió un vago malestar, y un terror intermitente.

Mientras se hallaba en un dormitorio, el chico dijo a Claribel:

— Juguemos a los casados.

— ¿Cómo es ese juego? ¿Qué hacen los casados?

— Los casados se besan y se esconden — respondió Mauro.

Una carta de la abuela a Ruth, lo arrancó bruscamente del paraíso y lo devolvió a la trajinada e inquieta vida de la ciudad, a las privaciones de la casa y lo separó, lloroso, de la extraña y dulce Claribel. La tía fue hasta Guayaquil, acompañándolo, y allí se quedó algunos días con la familia.

Las vacaciones habían terminado, las aulas se abrieron de nuevo, y con ellas la monotonía de los horarios y las tareas escolares.

La casa seguía allí. Cosa inesperada. Vetusta, inclinada, lóbrega: con sus mismas tejas, cada vez más oscuras y lamosas. No se había quemado ni caído, desgraciadamente. Sería bueno que la azotara un incendio. Se queman tantas otras casas, casi todos los días...

Lo recibieron cariñosamente, inclusive la abuela. Pero faltaba alguien. Un vacío enorme. Un frío insólito en esa tarde cálida.

— ¿Dónde está mi mamá?

La abuela y Delia callaron, y fingieron no haber oído.

La anciana lo tomó en su regazo, mientras permanecía sentada en la hamaca, le explicó con una suavidad poco acostumbrada en ella.

— Elvira ha sentido el llamado del Señor y se ha ido a un convento de Riobamba. Quiere hacerse monja.

Lágrimas silenciosas rodaron por las mejillas del muchacho.

Volvió a asistir a la escuela regularmente, pero sin entusiasmo. Su inteligencia y aplicación lo habían colocado en un sitio preferencial anteriormente, pero ahora, desmejoraba a ojos vistas, deslizándose hasta el último puesto, sin el menor deseo de regresar ni recuperar nada.

Una mañana, al salir de clases, un hombre desde una esquina se acercó y lo llamó afectuosamente.

— ¡Mauro!

El pequeño se sorprendió. Vio que era casi tan alto y fornido como el papá de Claribel.

— ¿Sabes quién soy?

— No — contestó intrigado.

— Soy Ovidio Lemos, tu padre.

El chico no supo qué decir ni qué partido tomar. Tenía ante sí a una persona de quien casi nunca se oía hablar en casa. Y que cuando lo mencionaban, solamente lo hacían con reprobación, empleando calificativos tales como sinvergüenza y canalla. Sin embargo, una fuerza secreta lo impulsaba a confiar en aquel desconocido.

Se vio de pronto caminando junto a él, cogido de la mano. Fueron a un salón y Ovidio brindó dulces y helados u este hijo, por el cual cobrara un repentino cariño.

El niño lo miraba con timidez y sin atinar cómo empezar una conversación. De pronto dijo:

— ¿Dónde ha estado usted, todo este tiempo?

Ovidio se sintió un poco inquieto, como si una hormiga le picara en los labios de su conciencia. Luego contestó sonreído:

— Andaba embarcado. Ahora soy contador de un motovelero que hace viajes por la costa.

Hubo un largo paréntesis silencioso entre los dos. Cada uno parecía preocuparse solamente de lo que estaba comiendo.

De nuevo, el niño rompió el silencio:

— ¿Ha leído usted los libros de aventuras de Emilio Salgari? Yo leo mucho, ¿sabe? Me gusta leer.

El padre le dirigió una mirada divertida, y le observó con mayor agudeza:

— Ah, ¿si, ¿no? ¡Qué bien! ¿Quieres otro helado?

Mauro volvió a sentirse inhibido y empezó como a revisar sus cuadernos.

— No, gracias. Me hace doler la barriga.

Estaban sentados alrededor de una mesa ubicada en un portal. Un olor dulzón de carne a punto de descomponerse, le llegaba a la nariz. El chico miró alrededor hasta localizar el ulterior de una tercena, donde se detuvo en el carnicero ventrudo, con la camiseta manchada de sangre, que se entretenía en atrapar moscas, haciendo correr velozmente la mano al ras del mostrador de mármol. Las cazaba a manotones y luego abría la mano dentro de un balde de agua. El niño estaba realmente fascinado con la habilidad del hombre; pero las moscas seguían llegando hambrientas a ennegrecer la superficie marmórea tratando de aprovechar los residuos de la carne, sin temor a nadie.

Veía unos perros, sentados y atentos, que meneaban la cola y observaban también las maniobras del cazador, como esperando sacar algún provecho de todo aquello. De vez en cuando tiraban mordiscones al aire para papar moscas.

— Me han dicho que te has quedado sin madre, — le interrumpió Ovidio, sacándolo de su observación.

— ¿Cómo dijo?

— Que Elvira se ha ido de la casa.

— Ah, sí... — respondió como volviendo desde lejos.

— ¿Quisieras irte conmigo? ¿Conoces la belleza del mar? — El hombre comenzó a sentirse eufórico y discursivo. A veces, sufría ataques sorprendentes de una pomposa locuacidad que desconcertaba a sus amigos y allegados.

— Sí, respondió vivamente. — Pero antes... tengo que pedirle permiso a mi abuelita.

Cuando doña Luz vio entrar a Ovidio, tuvo la sombría impresión de que un ave de mal agüero se asentaba en la cruceta del techo.

— Sepa usted, amigo mío, que no es padre el que solamente engendra sino el que cría. Así es que, usted, no tiene derecho alguno sobre el chico. ¡Bonita está la cosa! Lo deja abandonado durante muchos años, y ahora recién se acuerda de él. Y, además, no crea que nos hemos olvidado de todas sus canalladas y de cómo peleó contra nuestra causa, contra el partido de mis hijos.

— Señora Luz — contestó Ovidio — Quizás usted tenga razón. Pero la verdad es que la vida agitada que he llevado todo este tiempo, no me ha permitido acordarme de él, y ni siquiera de mí mismo. Es verdad que durante la revolución estuve contra el bando de ustedes, pero no convencido. También pude haber estado, del mismo modo, a su favor, porque sencillamente, señora, no creo en la política.

— No hay duda, es un sinvergüenza sin remedio — comentó ella con tono sentencioso.

Como si tomara aliento, él prosiguió después de sonreír despectivamente:

— Hoy quiero reparar mi falta y llevarme a mi hijo, aunque sea por unos días, para conocerlo mejor. Usted sabe que yo ando de contador en el moto velero La Gaviota, que viaja al Norte y a veces va a las Islas Galápagos. Siempre es bueno que el muchacho conozca otros lugares y se vaya educando en la única y verdadera escuela: la vida... A propósito de la vida, imagínese que el capitán del buque es el mismo comandante Stone, que bombardeó Esmeraldas.

— Lo que quiere es que se convierta en un vagabundo como usted. ¿Verdad? Peor todavía si va con el tal Stone, causante de nuestra ruina...

El hombre rió y Delia miró a su madre asintiendo. Se sentía un poco cohibida ante este hombre. Indudablemente que tenía su atractivo, aunque malsano y peligroso.

Ovidio, mientras tanto, observaba la modesta habitación y recordaba por contraste, con una pena burlona, la casi opulenta forma en que esta gente había vivido en el pasado. Luego, volviendo a lo que estaba, respondió:

— Fueron cosas propias de la guerra, y del destino... — dijo como para sí. Luego agregó: — Yo no soy un vagamundo, señora, soy simplemente un

poeta de la vida. Las mujeres difícilmente alcanzan a comprender esto. Jamás podrán entender por qué uno las abandona, peor aún si son buenas personas, solamente. (Observó la reacción de Delia, aunque ésta permanecía impasible: "no me engaña", pensó), luego reanudó.

— Más me habría gustado escribir versos, hacer música, pero no he podido crear nada. También me habría gustado ser rico. Aunque esto es más fácil para mí que tengo pocos escrúpulos. Lo confieso, pero carezco de tenacidad. Sin embargo, encuentro mi compensación viajando de un lugar a otro, (de mujer en mujer). No soy malo ni bueno, soy simplemente un hombre inquieto y frustrado. No tengo fe en nada ni en nadie, simplemente vivo y acepto las cosas de la vida, y no me preocupo de la opinión ajena sobre mi conducta. Creo que soy feliz de este modo, porque no le hago quites a la vida. Nunca aspiré a perpetuarme en nada, porque llegué a la convicción de que es imposible lograr la inmortalidad, y como dice el predicador: "todo esto no es más que vanidad y aflicción del espíritu". No obstante, como tengo algunos hijos desperdigados, en distintas madres, un día sospeché que tal vez pueda seguir viviendo a lo largo de ellos después de mi muerte. Los he visitado a todos y me parece que Mauro, su nieto, es el más adecuado para dejarle mi legado.

(Es un simpático charlatán. Delia).

Los ojos de la abuela brillaron de codicia "ya era tiempo — reflexionó — que el loco botarate éste, pensara en asegurar el porvenir del niño".

— Si es así, la cosa cambia, naturalmente —, dijo más tranquilizada.

El hombre se animó más. (Vieja anchetosa).

— Por ello he venido a solicitar de usted su permiso. Pude habérmelo raptado, pero con los años me voy haciendo más ordenado y responsable. Yo sé que Elvira nunca alcanzará a comprender mi conducta, y por lo tanto a justificarla. Me duele el haberla abandonado, pero no puedo luchar contra mi naturaleza de polígamo. No puedo negar que en un tiempo la amé, pero lógicamente a mi manera, sin pararme en consideraciones morales de ninguna especie. Quizás en el fondo la ame todavía. No lo sé. Es una mujer con muchas virtudes.

— Sí, — dijo la señora con sorna — muy en el fondo, pudo haberla amado. Pero eso ya no cuenta... Ahora, vamos al grano.

— Me parece que he hablado claro. Quiero que me permita llevar a Mauro en mi próximo viaje. Podemos aprovechar la circunstancia de que sale de vacaciones.

— Usted es el padre, ¡demontres! Pero nosotros nunca nos hemos separado de él, creo que no podríamos resistirlo. ¿Cuánto durará esa travesía?

En eso, el chico subió de la calle. Venía con un cesto de comestibles para que prepararan el almuerzo. Al ver a su padre sintió una inesperada alegría, aunque no le despertaba todavía un gran afecto.

— Venga para acá mi'jito — dijo la abuela, tomándolo entre la falda — . ¿Quisiera irse a dar un paseo con su padre?

— Si usted me deja, sí. — Entonces le llegó un estremecimiento de emoción al ver que sus anhelos de aventuras estaban por cumplirse. Sentíase ya un verdadero héroe.

— Es un niño inteligente, obediente y educado — observó Delia, y miró con brillante simpatía a Ovidio.

La travesía durará un mes a lo sumo. Le hará mucho bien. Se ve un poco raquítico. Necesita aire yodado del mar y mucho sol. Además, a bordo se come bien. Así evitará el invierno en este clima húmedo y caluroso. Ya verán qué bien lo devuelvo.

— No es más que un incorregible vagamundo — dijo la abuela, como para sí, cuando se hubo marchado. ¿Cuánto será la herencia que le quiere dejar el loco éste?

— ¡Ay, mamá, veo qué usted no ha comprendido nada! — observó Delia desilusionadamente. (Pobre mamá).

VII. VIAJE SEGUNDO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Alta mar: agua y cielo. Cielo y agua cómo el interior de un coco a medio llenar. Nubes engañosas como tierra al horizonte. Nubes marchitas. Aves marinas, extrañadas de la costa, gritan allá arriba y aquí abajo. Dios de los delfines retozones, agua soy. Inmensa serenidad azul. Misterio sobrecogedor en la profundidad gris, perturbado sólo por el chasquido de las olas contra la proa de mi corazón, mientras la canoa de la media luna decreciente navega triste y lenta hacia el oeste por su mar tranquilo y sideral, entre jirones de insípida espuma. Agua y cielo como un dilema. A la gente le da por hablar en aquella inmensidad. Y uno escucha. No más. El secreto está en saber escuchar. Simple, ¿no?, o situarse a mirar también en la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Agua y cielo lo habían dejado dormido profundamente en el camarote del padre. Ronquido de motores que arrulla o despierta según y cómo. Somnoliento y a tientas salió a cubierta. A babor, habitaban solamente la obscuridad cerrada y el viento. Aterradores ambos. A estribor un paisaje más alentador: en la húmeda noche titilaban alejadas las luces de la ciudad perdiéndose cada vez más en el horizonte, mientras su resplandor en el celaje debilitaba gradualmente.

La criatura sintió una gran nostalgia por su familia que quedaba allá. Trató de ubicar su casa, atrás, entre aquella línea de luces sobre el agua. Inútil. Una mano paternal y pesada se asentó sobre su hombro y lo condujo nuevamente a dormir en el camarote.

El barco se mecía como la hamaca de un niño travieso y las olas del golfo amenazaban descuadernarlo. Mauro se levantó, muy entrada la mañana, con una desconocida sensación de náusea y descomposición de cuerpo.

— Estás muy pálido. Parece que te vas a marear. Acércate a esa ancla que ves allá y muérdela — le dijo el padre burlonamente, señalando con el dedo una áncora herrumbrosa, que reposaba sobre un rollo de cadenas.

A sabiendas de que aquella medicina era una superstición, quería gastarle una inocentada a su hijo.

— Mejor dele a beber tres tragos de agua de mar y un poco de jugo de limón en ayunas — intervino seriamente, y en tono de reconvención Pedro de la A, un cholo viejo pero sin canas y curtido por la intemperie.

— Tienes razón, mejor seguiré tu consejo — respondió de mala gana.

El barco entró confiado en el mar. Sobre cubierta fue instalada una toldilla de borda a borda. Bajo esa tolda listada, los pasajeros trataban de matar el tiempo.

Mauro, único chico de a bordo, se veía mimado por el pasaje y la tripulación. Pedro de la A lo favorecía dándole algunos conocimientos elementales sobre navegación, la fauna marina y los volátiles de su cielo. En ocasiones, sacaban algún pez, enganchado "de arrastre" solamente con un trapo engarzado a modo de carnada al anzuelo de popa: sierras, peces gallos y aquellos dorados de maravilloso tornasol en los momentos de su muerte fuera del agua. Venía la hora de la comida. Esto sí era comer. Esta sí era la vida de aventuras que él había soñado junto a Salgari. Disipados los mareos, alejados los vómitos, gastaba horas enteras contemplando la mar y el cielo. El mar con sus chasquidos y sus tumbos que se tornaban amenazantes al atardecer. Cerros de agua incansable. Vaivén sobre cordilleras coronadas de vivientes escamas que caminan hacia uno con su luz descompuesta. Denso gris de mediana distancia hasta el rojo vivo del horizonte soleado y el verde esmeraldino para el azul del cielo. El cielo: cúmulos y cirros, monstruos proteicos, inquietos rebaños de ovejas ante la presencia del viento — lobo, nubes cerradas y oscuras cual la entraña del mismo mar. Nubes: algodones pesados como el uranio. Y los peces pájaros que jugaban al "pan, queso y chocolate", en alargados saltos y apagándose con «u batiente rabo sobre el perfil de las olas trocoidales.

Villalba confeccionaba barquitos de balsa de modelos desconocidos y una variedad de juguetes.

Ahora llevaba un pequeño submarino de madera, de un metro de eslora, y lo echaba al agua por estribor sosteniéndolo con una cuerda y un par de tirantes. Navegaba que era una delicia para el niño y los grandes. Se alejaba y se acercaba a La Gaviota. Día y noche seguía junto a la nave madre; día y noche el niño procuraba estar allí, mirándolo desaparecer bajo el agua que reventaba y surgir inmediatamente airoso, remontando las olas suaves y deslizarse alegremente en la mar serena. Hasta que una tarde Villalba, viéndolo tan interesado, le dijo — "te lo regalo". Y aquel obsequio fue uno de los incidentes más dichosos de su infancia.

La silueta de la costa brumosa no se perdía casi nunca de vista.

Un programa cotidiano invariable; mujeres mareadas, Villalba construyendo un trasatlántico en miniatura. Unos "gringos" que hablaban entre ellos solamente, en un idioma que nadie entendía. Los demás, embebidos jugando a las cartas o a los dados, mientras un viejo leía recostado en una silla plegadiza de lona.

Mauro escuchaba el trepidar del motor allá en el sollado, que hacía vibrar el maderamen bajo la tarde calurosa, y de vez en cuando echaba una mirada a su submarino que seguía su viaje paralelo, como una rémora.

Era una suerte haber encontrado a su "papá". Extraña palabra, nunca la había usado. Bueno, aunque sea un papá con quien se podía viajar por estos mares. Pasear los domingos, un papá para las vacaciones. Papá se pasaba todo el día en el camarote del capitán Stone, haciendo cuentas. Le parecía recordar haber visto antes la cara de ese capitán cejón y silencioso. Todos los capitanes de barco eran misteriosos y daban miedo. Así aparecían en los libros, y puede ser cierto. Mauro se reunía con el pasaje de cubierta y veía jugar a los dados sobre la escotilla de la bodega: allí estaba un comerciante en pescado, dos jóvenes que escribían en cuadernos de vez en cuando, y otros señores, cuyos oficios le eran desconocidos. Fumaban, daban voces y ponían dinero sobre la mesa. Parecía que el comerciante iba perdiendo, porque tenía mala cara y decía palabrotas, fumaba más que los otros y chocoleaba con furia el cubilete.

Los momentos más agradables para él, eran aquellos en que los hombres se dedicaban a charlar y a contar historias del mar. Intervenían a veces algunos de la tripulación.

Pedro de la A:

— Cosa fea es ser náufrago, mi blanco... (hizo una pausa como para llamar más la atención, mientras daba una larga chupada a su cigarro). Ustedes han de haber oído del Albatros que se hundió yendo a Galápagos. Fue un torbellino, que nos sorprendió a todos. Uno de los que se salvó, fui yo, gracias a San Vicente, que es el santo de mi devoción. Cuarenta días estuvimos metidos en un bote aguantando hambre, sol y lluvia.

— ¿Quiénes se salvaron? — interrumpió Ovidio como si ignorara los pormenores de aquella odisea, que los periódicos explotaron durante mucho tiempo, insinuando y conjeturando de mil maneras.

El hombre titubeó un poco.

— Pues verá, sólo éramos yo, mi hermano Alcides, una niña de diez años y un perro. Nadie más... ¡Palabra...! En su voz había una vaga emoción.

Miró hacia el horizonte gris-oscuro, tratando de revivir aquellos terribles días. El mar tranquilo sólo era alterado en su paz por las líneas trazadas por los peces voladores.

— Al perro tuvimos que comérnoslo... Pero a la chica no... ¡Palabra! ¡Por Dios Santito! — y acompañóse con la señal de juramento en los labios.

Los oyentes lo miraron de hito en hito, suspicazmente.

— Nadie te está acusando — dijo Ovidio.

— Fue mentira de los periódicos. La pobrecita se enfermó con fiebre y murió. Tuvimos que botarla al agua... Después de eso ya casi no me acuerdo. Quedamos tendidos varios días en el fondo del bote muñéndonos de hambre, sin poder movernos. Parecíamos puercos desollados por el sol y el agua sal. Sufríamos como ustedes no tienen idea... horribles dolores... Un chorro de agua dulce me despertó un poco. Con una manguera nos estaban lavando unos marinos gringos desde un barco de guerra. Luego nos quitaron los andrajos que llevábamos y nos subieron a bordo. Mi hermano no despertaba. Yo creía que ya era difunto. Al principio nos dieron sólo agua azucarada en un algodón y me dijeron que habíamos llegado al garete hasta cerca de Panamá. Habían pasado cuarenta días que nos parecieron cuarenta años.

El rostro del cholo se mantenía como "detrás" de una cortina, para evitar los malos pensamientos de los otros. Nadie sabrá nunca lo que pasó realmente con la chica, porque su otro hermano falleció un año después del siniestro.

Ovidio relató también su naufragio:

— Una vez tuve que pasarme diez horas, agarrado en cuatro, al tablero de una mesa pequeña, hasta que me quedaron en carne viva las manos por el prolongado remojón en el agua salada... Y los tiburones hambrientos que rondaban. Creía que había llegado la hora de mis cuentas. Apenas si podía distinguir las lucesitas de la costa de Salinas en el crepúsculo, cuando en eso apareció la lancha patrullera que me salvó. Unos minutos más y el agotamiento habría acabado con mi voluntad de sobrevivir. Y yo no hubiera contado este cuentito.

Crecía la figura de su padre dominical. Él también tenía su héroe propio y no solamente Claribel. Cuando de pronto, allá al fondo creció también el puerto de Manta, donde los pasajeros eran desembarcados en brazos por robustos cholos cargadores, desde los botes hasta la playa, en el tiempo en que los alcatraces sobrevolaban con ojos agudos y bajaban como proyectiles cerca de las balandras, sacando con su enorme pico algún pececillo de entre las olas. Seis horas más, hacia el norte, se divisó el reducido y amable puerto de Bahía de Caráquez al pie del cual desemboca un río pequeño.

De allí para adelante la cosa se hacía menos árida y entraba de lleno en un verdor escarpado. Junto al río se alzaba el pueblo de sus mayores, de donde saliera once años atrás. Muchas de las cosas referidas por su abuela se le

habían traducido en imágenes, pero él estaba seguro de que eran sus propios recuerdos... (vaya uno a saberlo con seguridad), pero las memorias comenzaron alguna vez. Comenzaron hace rato.

El barco ancló en la desembocadura del río, en un sitio del cual tradicionalmente se decía que había sido cráter de un volcán submarino y al que llamaban "la poza". Una chuspa desfondada, que nadie atinó a sondear jamás, y en donde los pescadores oían el ronquido de los meros.

En invierno, el río crecía tanto que al chocar con la mar rugía y bramaba sinfónicamente, como mil toros y leones, a todo lo ancho. "Tranca" sonora, audible a muchos kilómetros a la redonda: abismo turbio y presagioso de sismos y catástrofes.

El capitán Stone, desde la borda, contemplaba aquella ciudad, sin pena y sin odio, reconstruyendo el sangriento pasado. — Cosa de la guerra, no remordimientos. (Felizmente el destrozo de mis cañones no fue grande. Cosas de la guerra solamente).

Otra vez podría hacerlo si se presentara la ocasión. Vio a Ovidio que se alejaba en bote con su hijo. Un tarambana, pobre niño, con tal padre... Dio una larga pitada a su pipa. Olvidadas escenas de aquella campaña mugrienta...

Cuando bajó a tierra con su padre, después que los otros pasajeros desembarcaron, sintió inquietud en este pueblo tranquilo con sus calles alfombradas de verde, donde las confiadas lavanderas tendían la ropa enjabonada. Vio que una gran parte de los habitantes eran negros y que empleaban palabras que él nunca había oído. Su padre, muy popular entre las mujeres, para tener libertad de correrlas optó por dejarlo encargado en la casa de unos parientes suyos, quienes lo atendieron bien, y lo llevaron a pasear en canoa, hasta un poblado de la otra orilla.

Con la marea alta, veía aquel río plácido, anchuroso y sembrado de verdes islas, algunas de reciente formación. La gente se bañaba en sus aguas frescas con una puntúa de sal marina. Por vez primera se sumergía en un río, con toda libertad, sin aprensiones de nadie. Sí, él había nacido en ese pueblo que llamaban Esmeraldas. Se lo veía desde la playita en donde estaba. Creía acordarse de ello, hasta de esa casa solariega del malecón, que ahora había pasado a poder de unos "turcos". Contemplando las selvas de los alrededores, le entraban ganas de internarse en sus desconocidas y umbrosas marañas misteriosas. Una sensación de extraña felicidad regresiva lo invadía. "Cuando sea grande vendré, pondré un negocio y viviré aquí", se dijo con honda convicción.

Por las noches, desde los barrios apartados volaba hacia el niño un eco desconocido de monótonos tambores, que acrecentaba este espíritu gozoso e inexplicable que parecía haber permanecido durmiendo, y que hoy, ancestral-mente, se reencontraba con las sombras de algún antepasado negro.

— Esa que está sonando es la marimba de don Escolástico — le explicó una vieja cocinera, a quien le, había caído en gracia.

Ante su mucha insistencia, los parientes lo llevaron a ver aquello: un grande y rústico salón, donde negros y negras bailaban frenéticamente al compás estruendoso y endemoniado de marimba, bombo, curtirnos y guasas; al tiempo que, en rededor de este instrumental, un coro ejecutaba canciones "antiguanas", en un profundo y alegre lamentarse: El Amanece, La Guayabita, La Chuchurranga, María Manuela, El Pajarillo, La Canoíta...

Un afuereño entendido en música, explicaba en la puerta, bajo el soportal:

— Este xilófono primitivo solamente posee la escala cromática, pero es muy sonoro... (Cuando sea grande vendré a vivir aquí, repetía Mauro).

Dos días después zarpaba, de vuelta. La Gaviota.

— A ustedes no les puedo cobrar el pasaje — insistió Ovidio.

— Y nosotros no queremos deberle ningún favor. ¿Sabe? Por muy cuñado que seamos — respondió cortante Roberto y se dirigió, paso a paso, con primitiva dignidad, a su camarote.

Joaquín el mayor, más cauteloso, se proponía pagar los pasajes ante el capitán. Los dos hermanos Calderón habían olvidado comprar sus boletos en tierra, porque tenían muy poca práctica en viajes. De acuerdo con su familia en Guayaquil, resolvieron juntarse a ella después de la muerte del padre. Vendieron los pocos cerdos y gallinas que poseían, obteniendo algo más de mil sucres. Liaron sus bártulos y, en una canoa, fueron a bordo del motovelero que "hacía la carrera", ignorando que allí se encontraría con su detestado cuñado Ovidio, y a Mauro, al que no veían desde que era un nene.

Reflexionando un poco, optó por aceptar la concesión del cuñado, pero sin hacérselo saber a Roberto, quien se hubiera enfurecido. Teniendo buen cuidado de guardarse el dinero correspondiente se justificó: "lo cortés no quita lo valiente", y además, "es bueno no ser soberbio".

El chico miraba con afectuosa curiosidad a sus dos tíos: pelo crespo y rojizo de Roberto, las pecas en sus mejillas y en la nariz ñata, como si fueran cacas de moscas. No muy alto ni muy fuerte, su aspecto era el de un hombre duro y altanero. Joaquín, en cambio, tenía la piel curtida, casi amoratada, los ojos verdosos, con el cabello ligeramente ondeado, una nariz semejante a la de su hermano y una marcada tendencia a engordar se le veía por la papada y el cinturón; caminaba pesadamente y reía con estrépito. Decididamente, el tío menor era el que le simpatizaba. Le hicieron muchas preguntas acerca de cómo estaba y vivía la familia en Guayaquil, dónde trabajaban, qué comían y qué vestían y si las ñañas tenían enamorados. No pudo contestar muy satisfactoriamente.

Por último, Roberto le preguntó:

— ¿Qué quieres ser tú cuando llegues a grande?

— Quiero ser marino, como mi papá — respondió sin titubear, entusiasmado con el viaje —. Esa es la profesión que él me va a dejar.

El muchacho no observó la cara de disgusto de los tíos, particularmente la de Roberto, porque en ese instante se volteó a mirar la lancha del resguardo que acoderaba al buque, para autorizar el zarpe. Y allí estaba, de nuevo

sobre la borda, aquel enigmático capitán Stone, fumando y fumando su curada cachimba penetrante, cuyas volutas ardientes se fundían en la atmósfera cargada como la gota de saliva que se desprendió de su boca, cayendo sobre la mar deliciosa donde bañistas intrépidos e ignorantes de sus peligros, se zambullían alegremente desde la borda embreada, sin temor a la triple carrera de dientes feroces de los escualos que merodean los barcos anclados o al filo de la zozobra, puente del olvido...

El niño miró al capitán extrañamente. Y entonces llegó un banco de niebla y se sentó encima de todo, una masa de pan leuda, que fue invadiendo, invadiendo... Esponjándose, creciendo, creciendo... Amenazando con ahogarlo a uno, sin ninguna consideración y sin remedio.

El muchacho parece enfermo. Los gringos se reembarcaban con un lenguaje que nadie entendía...

VIII. EN FAMILIA

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Hay en el mundo infantil solamente muchachos buenos o malos. El niño no ve diferencias sociales o raciales, si no se las inculcan los mayores. Ni cholos, ni chinos, ni negros, ni blancos existen para él, porque es puro e indiferente como la muerte misma. Habría que tratar de ser como ellos — dijo un hombre. ¿Crueles? Muchos aseguran que no existe el más allá, pero para mí y para usted podría ser algo verdadero. No vale, pues, la pena el esforzarse por nada. Todo es inútil, ¿quién sabe cómo piensa realmente la muerte? ¿La de quién? La tuya... Y las mujeres hacendosas y caseras se pasan hora tras hora espurreando y emburujando la ropa de planchar o entreteniéndose en pasamanerías para exornar la

SEGUNDA VOZ EN EL VENTANA

Después de la muerte, la familia se rehacía con la llegada de los dos hijos. Eso tenía que celebrarse con un banquete, sin reparar en gastos. Ruth estaba ya también residiendo en Guayaquil definitivamente, por voluntad de don Manuel, quien venía a sacarla a pasear en coche de vez en cuando. Con sus economías doña Luz compró un pavo y lo mandó a ahornar.

Preparó, además, carapachos de cangrejos rellenos con plátano maduro e hizo arroz a la valenciana y se brindó con vino italiano. Ovidio fue también invitado por la insistencia de Mauro ante la abuela, con lágrimas, ruegos y bravatas. En momentos tan felices había que transigir con el chico, siquiera por esta vez.

La abuela se lamentó en la mesa:

— Sólo falta mi hija Elvira. ¿Qué estará haciendo la pobre, en ese clima frío de la Sierra? ¡Vea, que darle por querer hacerse monja! El despecho la ha llevado a eso (miró a Ovidio con un rencor contenido). ¡Dios la proteja y la guíe, si es que la ha llamado a su servicio !

— No sé hasta cuándo seguirán existiendo en este país los conventos de monjas — respondió Ovidio mientras asentaba sobré la mesa un medio vaso de cerveza.

— Creo que no hay cosa más inútil para la sociedad y para Dios — si lo hay — que esta estúpida reclusión que no sirve para nadie, ni siquiera para ellas mismas. ¿Cuándo se acabaran estas costumbres medioevales? — Volvió a tomar su copa y la vació de un solo trago, luego se limpió los labios con el dorso de la mano derecha. Menos mal que Elvira tiene su atenuante, porque no será una monja enclaustrada. Sólo podrá ser monja de la caridad.

— Si es que usted le hace el favor de morirse — acotó la vieja con furor — . Por ahora tendrá que contentarse con ser aspirante o entrar con las Magdalenas.

El hombre no se dio por aludido.

— Siempre servirá para algo como madre de la caridad si se ordena — terminó doña Luz, como para sí misma.

Mientras hablaba Ovidio, la joven Delia lo atendía como deslumbrada y ocultamente atraída por este hombrón lleno de alegría y buen humor, que

en un tiempo había subyugado a su hermana Elvira, y de quien se decía peste en la casa.

Zorro viejo, no dejaba inadvertida la fascinación que ejercía sobre la muchacha que, hablando en oro, era para él más que interesante. Pues tenía esa plenitud inquietante que poseen ciertas mestizas, en las que el choque de las razas blanca, negra e india, aflora caprichoso y cálido cual un paisaje de los trópicos. Zorro viejo — duerme sentado o late sentado — adivinaba sus senos calichosos y dulces como los "cauges", carnes duras y juveniles, intocadas por hombre alguno. (Nada se igualaba a una virgen; ¡qué diablos!) Zorro viejo con algunas pollas en su haber, pero no podía precisar cuántas. Esta le recordaba un poco a Elvira, seguramente en la manera de sonreír y por aquel pelo ensortijado y rojizo. La nariz un poco roma, pero pasable. (Dicen que las hermanas poseen los mismos gustos, ¿será verdad?) Joaquín se entretenía más en comer que en otra cosa, toda su atención la concentraba en su abundante plato. Roberto casi no intervenía en la conversación, pero observaba con una actitud de animal salvaje y desconfiado.

Mauro quiso intervenir en la plática, pero la abuela lo amonestó drásticamente y lo fulminó con sus terribles miradas azules.

— ¡Coma callado! Los niños no se meten en las con versaciones de los mayores.

Para la ocasión, Ovidio había traído un fonógrafo "Víctor" con algunos discos de moda, que hacían las delicias de la familia, mientras el atento y desconcertado perrito de la marca de fábrica, con su estereotipada gracia miraba, miraba, miraba... Se empezó a bailar al compás del foxtrot y de los tangos de la vieja guardia, con corte y quebrada. El cuerpo de su cuñadita era tal como lo había adivinado: elástico, denso, cálido despertador de sus instintos, turbiamente, y él ajeno a toda consideración moral, sumergíase, cuando bailaba, en soporíferas oleadas de sensualidad que le hacían perder hasta el compás de la música.

Delia se pegaba más y más contra el hombre, perdida. Perdidos los dos hasta quedarse bailando solos en la pequeña salita, al tiempo que los demás observaban alarmados.

Doña Luz dio tres enérgicas palmadas y gritó furiosa:

— ¡Bueno! ¡Ya basta de baile! ¡Miér... coles!

Ambos despertaron y se separaron nerviosamente.

Delia fue hacia el balcón y asomóse para disimular su azotamiento y rubor.

Ovidio, recuperando la serenidad, descolgó de un clavo de la pared su gorra blanca de marino y se despidió ceremoniosamente, arguyendo que tenía trabajo urgente en el barco. De paso, fue olvidando intencionalmente el fonógrafo y el terrier quedó para mirar a Mauro, papando moscas.

Así, para terminar la fiesta y mantener una nota de alegría, Ruth puso unos discos de Enrico Carusso, el pasillo "Flores Negras", el *cuplé* francés de moda "Es mi hombre", y un *charlestón*, que, nadie bailó, como hubiera deseado el chico.

Aunque el incidente resultaba sintomático, doña Luz se abstuvo de atizar una paliza a Delia. El motivo de la fiesta era demasiado grato para importunar a sus hijos recién llegados. Ellos, a su vez, optaron por salir a la calle, cada uno por su lado, a ver qué les deparaba la suerte perra.

Los tranvías eléctricos iban sustituyendo gradualmente a los de muías. Doña Luz pensó que sería conveniente mudarse a un departamento más grande y central, ahora que eran tantas personas y puesto que la situación económica había mejorado.

Joaquín consiguió un cargo de guarda de aduana; por recomendaciones del señor Gómez. Roberto se había instalado con un puesto de frutas en el mercado Central, y le iba bastante bien, no se podía quejar.

Así, pues, se trasladaron a un apartamento construí-do a un metro del nivel de la calle pavimentada. Dos ventanas de rejas, tres dormitorios.

Para entonces, Mauro había olvidado prácticamente el viaje que hiciera con su padre. Ya no relataba aquel suceso ni en la casa ni en la escuela. Con el cambio, añoró su antiguo barrio, compañeros de juego, zanjas misteriosas, trincheras para la guerra, y la refresquería de la esquina con sus cromáticas botellas de ricos jarabes. Ahora, estas modernas calles pavimentadas, con casas hasta de cuatro pisos, lo intimidaban vagamente.

Largo corredor de enrejado barroco, que daba a un patio, en uno de cuyos rincones crecía el galán de noche, perfumando con violencia atosigante entre las sombras.

Entristecido y curioso se sumía debajo del piso para explorar ignoradas catacumbas y, en cuclillas o a gatas, encontraba tesoros: viejos objetos perdidos por antiguos inquilinos, insectos extraños, alguna moneda oxidada, botones, cajas vacías, papeles con gráficas interesantes sólo para él. Entonces se sentía mejor de ánimo, y saliendo de aquella penumbrosa ergástula, regresaba hacia la luz con las manos ardidas de tesoros, para sumirse nuevamente en el mundo de sus libros, donde apuntaba don Quijote su lanza en ristre contra todos los malvados del mundo y resguardando la casa que aunque llevaba muy pocos años encima, las cucarachas, con sus nerviosas antenas, la invadían toda en cuanto se apagaba la luz de la cocina y del comedor; al tiempo salían los alacranes de cacería con sus tenazas para devorarlas. Algún chinchorro atisban-do bajo el empapelado de las paredes, pronto a inocular el mal de Chagas, cosa que ponía fuera de sí al caballero encuclillado. Las ventanas daban a un largo soportal encementado, donde los niños de la vecindad corrían en triciclos, bicicletas y patines. No había mayor problema en salir a reunirse con ellos, y salió. Apenas si notaba la diferencia entre estos chicos y sus antiguos amigos. Solamente que éstos tenían mejores juguetes e iban bien vestidos, pero por lo demás eran tan cordiales como los anteriores. Rápidamente hizo amistad con dos niños que vivían en la otra a-cera, quienes le prestaban su bicicleta para que aprendiera a montar. A la sazón había cumplido trece años, cuando una señora elegante, luciendo valiosos dijes y collares, se acercó bamboleando su robusta humanidad y amonestó iracunda a los dos chicos:

— ¡Suban a la casa, inmediatamente! ¡Ya les he dicho que no deben jugar con cualquiera y menos con cholos y negros!

Los muchachos obedecieron sin chistar, y arrancándole la bicicleta se fueron detrás de la madre.

Mientras se alejaban como en sueños, vio sus cabezas rubias por primera vez. La de la señora no, pero era también blanca y reluciente, con sus grandes nalgas, de aquí para allá, como las de aquellos caballos de hacía años. Se parecía en algo a la abuelita, pero mucho más joven. Entró en casa aturdido y al mirarse las manos se notó la diferencia entre las palmas amarillentas y el dorso moreno. Ante el espejo, se sentía otra persona, por primera vez. Palpábase el pelo crespo, su cara no era blanca, en verdad. El espejo y él solamente. ¿Por qué no lo habría notado antes? La nariz un poco gruesa como la de su tío Roberto. Qué raro, nunca se observó de este modo. Solamente se había preocupado del desarrollo incipiente de sus músculos que observaba con frecuencia, pero estos detalles de la cara y de la cabeza le pasaron inadvertidos. "Ojalá llegara a convertirme en un gran boxeador. Sería bueno, ¿no?" — dijo el espejo...

— ¡Mauro!

La voz enérgica de la abuela lo sacó del laberíntico sendero.

— ¿Por qué no contestas? ¡Muchacho condenado!

— ¡Anda a hacer las compras para el almuerzo... de monte, que tu padre no paga criados para que hagan tus mandados!

(Mejor es ir, no más. No quiero que me pegue porque no se lo voy a aguantar. Cualquier día me huyo de la casa para siempre y me largo con mi papá para hacerme como él).

Detestaba ir de mandados como un sirviente. Estaba ya crecidito para esos menesteres. ¡Qué caray! Pero tenía que hacerlo. Cuando regresó de la pulpería se lo vio empañetado de harina y agua, y con los ojos llorosos.

— ¡Ah, muchacho bandido, ya se puso a jugar cama val antes de hora! ¡Ya ensuciaste la ropa! ¡Ahora vas a ver!

— Yo no tengo la culpa, abuelita. Esto me lo hicieron unas mujeres ociosas que viven en la esquina.

— ¡Vaya a cambiarse inmediatamente, que se puede resfriar!

— ¡Vea, que ponerse a jugar con una semana de anticipación!

— A mí me han jugado esas mujeres, que no es lo mismo.

Domingo de carnaval es domingo de violencia hidrófila y polvosa. También lunes y martes. Tres días de sexualidad a ñor de piel estimulada por manoseos y miradas. Días de alcohol, de pendencias, de bailes, de serenatas. Todo el mundo acumulaba pertrechos para el desenfreno: talco, harina, chisguetes, globitos de caucho llenos de agua. Algunos se ponían a cortar papeles de colores para *confetti*. Todo el país preparado para la alegría desbordante. Sin respeto por nadie, tal como lo hace la muerte.

Mauro Lemos se contagiaba de aquella locura divertida de pesadas bromas, como todos los muchachos y, rompiendo el dogal, salía también a aventar agua a los autobuses y tranvías. Cuando se quedaba en casa se dedicaba a

mojar, a hurtadillas, a los peatones y, centavo a centavo, lograba reunir lo suficiente para comprar globos que los inflaba de agua para ejercitar su puntería.

El martes, la gente se despedía de las carnestolendas con la intensificación de las acciones, que a veces culminaban en barbarie y en hechos de sangre. En el ardor de la batalla, algunas personas eran arrojadas a la ría, al Estero Salado o a los lodazales. Recorrían las calles pandillas alocadas de rostros blanqueados e irreconocibles, con las ropas empapadas y manchadas de anilinas adheridas a la carne excitada, como si esperarán de pronto una aventura sexual a la vuelta de la esquina o en el asalto de alguna casa. Pero acudía la lluvia para aplacar a la gente perturbada.

Y la ola de juego llegó también a la casa de Mauro. Carnavaleros de la Aduana, amigos de Joaquín, embadurnados y calados hasta los huesos, con traguitos en el "buche" para entrar en calor, violentaron la puerta y subiendo en tropel, al grito de ¡al agua! ¡al agua! sorprendieron a las mujeres y el combate comenzó: la abuela quiso, en un principio, echar a los intrusos; pero luego de recibir un globazo en la espalda, optó por el desquite, y empuñando una jarra de agua contraatacó. Su ejemplo fue seguido por sus dos hijas, y entablando una desigual lucha, cuerpo a cuerpo, usando sus talcos y polvos de tocador, acabaron de blanquear a los asaltantes.

Entre los senos turgentes de Delia estalló un globo perfumado y acto seguido sintió fuertes brazos que la aprisionaban y la arrastraban hacia el patio, en dirección a la gran pipa de agua. Ruth, un poco asustada, intentó huir en vano, refugiándose en un dormitorio. Temía que se enterara Manuel Gómez y le ocasionara disgustos por achares. Sin escuchar sus protestas, fue sobajeada, empolvada y bañada junto a su hermana en el patio. El chico aprovechaba la confusión y atacaba a los hombres por la espalda.

Los asaltantes volvieron por la noche, esta vez mudados de ropa, con tres amigas y dos músicos: un guitarrero y un mandolinista. Joaquín bailó algunos valses y pasillos con una de las recién llegadas, llamada Pola Quinteros. Y Roberto, siempre reservado, se dedicó a charlar sobre negocios y a beber mallorca anisado, de tanto en tanto.

A eso de la media noche, cayó Ovidio por allí, llevando licores extranjeros y chisguetes finos de éter perfumado, para jugar con más decencia.

Delia, recelosa de los regaños de la familia, lo rehuyó discretamente, aunque no dejaba de lanzarle furtivas miradas.

Cuando las sombras fueron desfloradas por la aurora, los parranderos se retiraron a sus domicilios, mientras en las calles yacían los estragos de los combates de tres días; blancas manchas de harina y de polvos, trocitos de papeles de colores esparcidos por el suelo, y numerosos fragmentos de membranas de hule de los globitos reventados en las nalgas y los senos.

Doña Luz y sus hijas salieron a oír misa para quedar un poco limpias de los pecadillos y pecados de carnestolendas, y regresaron con las frentes marcadas con negra ceniza. ("Memento homo , quia pulvis es et in pulverem revertería ").

Pero nadie se atrevió a ir al Mercado, porque ese era el día en que solamente jugaban los placeros con huevos hueros, máchica, anilina y frutas podridas. Se levantaba entonces un olor más desagradable que el de costumbre.

Bajo un sol brutal de mediodía, a la abuela se le ocurrió que Mauro debía trabajar antes de intentar pasar a un colegio secundario. Había terminado la primaria con muy buenas calificaciones que nadie apreció por parecer cosa rutinaria. Aquello le dolió y lo defraudó. Otros muchachos recibían premios de sus padres, por mucho menos que eso. Realmente, se sentía desanimado. Como recompensa debía más bien ir a trabajar, ahora que Joaquín tenía su compromiso con la tal Pola Quinteros. Amores violentos que se decidieron en una semana.

— Esta chola flaca le ha dado alguna brujería a mi hijo, seguramente. No me explico cómo nos ha dejado plantadas, así como así. Claro, que tarde o temprano los hijos nos abandonan. Pero, que sea con alguien que valga la pena, siquiera. ¡Demontres!

— Eso es cosa de él, mamá. Él es el único que se va a acostar con esa mujer — le respondió malhumorado Roberto, mientras se afeitaba — y, además, no se ha casado todavía.

— ¡No lo justifiques, ni seas grosero! Así son algunos hombres, se enredan con cualquier mujerzuela; luego se llenan de hijos, y allí se quedan, y nunca más pueden levantar la cabeza.

— Así será — respondió, y terminando de rasurarse la escasa barba, salió hacia su quehacer comercial, con paso enérgico.

Sol brutal del mediodía otra vez. El pito de la fábrica de cigarrillos *El Triunfo*, que anunciaba la terminación de la faena, llegaba para Mauro como una medicina maravillosa que todo lo curaba: el disgusto, el cansancio y esa ansiedad de querer ser libre para jugar al fútbol en la calle o irse a bañar en el estero, como otros niños que, según parecía, no tenían personas mayores que los controlaran ni regañasen por cualquier cosa. Las máquinas silenciaban su monótono estruendo como por un milagro de Dios, y los obreros las abandonaban al instante, con un odio subyacente, mientras las cigarreras bajaban bulliciosas del piso superior, un poco retrasadas siempre, detenidas en componer en un algo su humilde figura.

Delia y él almorzaban por obligación, a pesar de que la comida ahora había mejorado bastante. Así lo reconocía Mauro, pero no la ingería con agrado. Antes de las dos de la tarde se ponían en camino de vuelta, unas veces a pie, otras en tranvía. Cuando sonaba el odioso pito, con un aullido de dolor inconcebible, nuevamente se ponía a recoger los cigarrillos que venían incesantes como desde una maldita ametralladora, por aquel callejón, alineaditos, yuxtapuestos sobre la banda de lona sin fin. Casi no se daba tiempo a tomarlos entre sus pequeñas manos y a depositarlos en orden perfecto sobre un cajetín, hasta llenarlo. Después llegaba el hombre de la complicada máquina encajetilladora y cargaba con los cajetines. Menos mal que le ahorraba esa tarea, porque comprendía que el niño no se alcanzaba. La cuchilla circular chillaba, giraba imperturbable y cortaba sin cesar el infinito cigarrillo blanco que salía como una rígida lombriz, por entre tubos y canales. Rogaba al cielo que la máquina se descompusiera, más esto nunca

ocurría. Apenas si don Vera paraba un instante para cambiar la cinta de papel. Entonces, aprovechando esta circunstancia ventajosa, había que cargar cajones llenos de picadura de tabaco, hasta llenar el depósito. Alimento de la máquina. Tortura de nunca acabar. Le daban ganas de salir corriendo y no volver más. ¿Pero a dónde ir, Señor? ¿A dónde? Dicen que la Virgen hace milagros a los que son buenos, entonces habría que rogarle para que dañara ese horrible aparato.

Don Vera, hombre manso y de hablar comedido, tenía su máquina limpia como un fusil de instrucción. Trataba bien al chico y lo llamaba bondadosamente, mirándolo con ojos tristes y saltones. Parecía siempre acatarrado y con un sucio pañuelo se sonaba constantemente la roja y desconsolada nariz. Cuando la máquina funcionaba sin falla alguna, don Vera le daba una manito ayudándole a acomodar correctamente los cigarrillos en el cajetín o cargando con picadura el alimentador. Entonces Mauro sentía una profunda gratitud que no manifestaba.

Con la aceitera en la diestra y el *wipe* en la siniestra, limpiaba y aceitaba el hombre las cintas de acero, las ruedas, las coberturas, los ejes, mientras el monstruo rumoroso y árido se agitaba monótono e insensible a la caridad del amo.

Inopinadamente tuvo un descuido, y se oyó un aullido de dolor. El *wipe* se había enredado y la mano de don Vera entraba como caña en trapiche, por entre una rueda y una cinta de acero, arrastrando el cuerpo hacia una vorágine de negros piñones grasientos. Mauro, que tenía observado como se ponía en marcha la máquina, movió violentamente y con un esfuerzo la palanca para detener al monstruo.

(Máquinas que paraban bruscamente, sacudiendo a los trabajadores, y hasta el señor Cabezas, dueño de la fábrica, llevó su parte). El hombre parecía no sufrir mucho, pues que la lesión había sobrepasado su sensibilidad. Desde su incómoda posición se contemplaba condolidamente la mano presa, destrozada y sangrante, y al señor Cabezas.

Nadie atinaba a dar con la manera de libertarlo. Torpemente alguien lo agarró del otro brazo y quiso arrancarlo por la fuerza, entonces don Vera rugió de dolor, y al protestar, exclamó algo inesperado de su boca: —¡Mierda!

Un obrero de la encajetilladora vino con la solución rápida en la mano, un cortafrío, para partir la cinta de acero y se dispuso a actuar.

Picado por una avispa, intervino el propietario enérgicamente en defensa de sus intereses:

— ¡Si quieren sacarlo, empiecen por aflojar las dos ruedas horizontales, pero no les permito que me dañen la máquina! ¿Saben ustedes cuánto cuesta una cinta de éstas? ¡Y ninguno de ustedes la va a pagar! ¿Saben lo que es una máquina? ¿Saben lo que es una máquina?

— ¡Esto sí que está bueno! ¡Mientras tanto, que el otro pobre sufra una hora más!

— ¡A mí me importa un bledo! ¿Saben lo que es un bledo?

— ¡Qué desgraciado!

Un sordo murmullo de protesta venía creciendo, y ásperas manos alejaron de allí al patrono.

De un solo golpe, la cizalla dejó libre al accidentado.

— ¡Pobre don Verita!

— ¡Que lo lleven pronto donde un médico! ¡A lo mejor pierde la mano!

Por todo comentario don Vera dijo a media voz:

— Y yo que cuidaba tanto esta puerca máquina. Me ha traicionado como una puta.

Mauro no salía de su asombro al oírle pronunciar tales palabrotas.

Con el rostro congestionado por la ira y soltándose de sus "secuestradores", el señor Cabezas vociferaba:

— ¡Despediré a todos los culpables! ¡Pero antes me pagarán los daños y perjuicios! Ya lo verán ¡Les desconta ré de sus salarios! ¡Ya lo verán!

Mauro llevaba sobre su pequeña humanidad el peso de un horrible sentimiento de culpa. Un pecado imperdonable. Haber deseado un daño, únicamente para poder holgazanear, era realmente feo. Milagro del diablo, seguramente. ¿Por qué no? Para ello tiene suficiente poder. Ya no iba al trabajo tal como lo anheló, pero don Vera, en cambio, se había quedado manco. Por el momento, ya no tenía que levantarse de mañanita y fastidiarse toda la semana para ganar ochenta centavos diarios, que ni siquiera podía gastar a voluntad, puesto que la abuela "se los guardaba". Lo peor del caso es que nadie había reparado que él fue el héroe que paró la máquina, dando muestras de sangre fría. Aunque se sintiera orgulloso de tal acción compensadora, bien sabía que este descanso no duraría sino hasta que repararan al monstruo. Unos pocos días y otra vez al yugo. Pero sobre todo, era necesario arrepentirse del pecado de desear cosas que perjudican a los demás, y leer, cuando caían a mano, algunas hagiografías que imperiosamente debería imitar.

— ¿Sabes una cosa, abuelita?

— ¿Qué cosa?, lujo.

— ¡Quiero hacerme monaguillo!

La abuela dejó de lavar los platos y se volvió para mirarlo fijamente, con sorna

— Esto sí que tiene gracia. ¿Quieres seguir los pasos de su madre, eh? Después de volver a fregar, prosiguió:

— Pensándolo bien, me gusta la idea, hombre. Hablaré con el padre Merchán.

Después de un largo suspenso, mientras continuaba en su tarea, añadió:

— Y a propósito, ahora que me acuerdo, tu mamá ha dejado de escribirnos. ¿Qué le habrá pasado a la pobre?

Aunque la vestimenta de monaguillo le recordaba la de las mujeres por su faldón rojo y blusa orlada de encaje, no le preocupaba mucho, porque de todos modos así estaba sirviendo a Dios y pagando sus culpas. Dios también usaba raídas, al igual que el Padre Eterno y muchos santos.

Un templo le imponía siempre, jamás se reía allí a-dentro como otros chicos. La primera noche que actuó en el rosario, con el incensario en la mano, se sentía casi un santo, un santo tímido nervioso, pero un santo al fin y al cabo. Era todavía un poco torpe e ignorante para ayudar al "padrecito" en sus movimientos, pero allí estaba Cañete, el otro monaguillo, tan experimentado en las cosas del culto, que podía acolitar una misa y decir muchas palabras en latín.

Cuando él supiera hablar ese idioma misterioso y ayudar a cantar misa, tendría asegurado el cielo, porque allá sólo se habla en latín. ¿Verdad, padre?

Puso dos palabritas en latín, quiero decir dos cucharitas de incienso sobre las brasas y pasó el artefacto al sacerdote. Este dio la bendición a los devotos, y meciendo el braserillo saturó el ambiente con su humo perfumado. Aquello era la gloria.

Hay que ir conociendo más a fondo los deberes y los ornamentos: "esto es la casulla, eso la estola, el solideo, aquello el amito, esotro el cáliz". Llegó a tener confianza con Cañete quien ejercía prácticamente como sacristán. Este le enseñó a tomarse, no sin repugnancia, el vino de la Sacristía, y a comerse las hostias sin consagrar, lo cual no era pecado según explicaba.

A los dos meses de trajinar en estas faenas, expuso en casa su deseo de estudiar, más tarde para cura.

— No me parece mala la idea del muchacho — dijo Joaquín — que estaba en ese momento de visita — , las profesiones de cura, abogado y militar, son las más socorridas. Todo está en que podamos costearle los estudios. Ustedes saben que yo ahora tengo mis obligaciones, voy a tener hijos pronto. Pero, en fin, ya veremos. Su tono era poco promisorio.

— La verdad es que no esperamos mucho de ti. ¡Dios nos ayudará! Hay que tener confianza en El — , respondió la abuela con acento de reproche. — El niño será sacerdote, si lo sigue desando hasta que sea joven.

— ¡Dios, siempre Dios — gritó Delia — ¡A veces dudo hasta de su existencia! Y luego continuó, como explicando, después de tomar aliento.

— No ven lo que ha sucedido en la fábrica, han despedido a mucha gente y amenazan con bajar los salarios. He visto a mujeres con hijos flacuchentos y muertos de hambre, ir llorando ante el jefe para que no las despida, pero se negó a recibirlas, el muy desgraciado. "Los negocios, son los negocios", dijo, "lo siento, pero mis socios me obligan a cortar este derroche, o tendremos que cerrar definitivamente". ¡Yo soy una mujer joven y he visto tanta injusticia, hemos padecido tanta miseria, que ya no creo en nada, palabra! ¡Muchas cosas andan mal en este puerco mundo!

— ¡No blasfemes, infeliz! ¡Dios nos puede castigar por tu herejía! ¡El mundo está bien hecho como el Señor lo ha creado! ¡Él sabe lo que hace!

— Bastante nos ha castigado ya. Dicen que el peor castigo sería la muerte, pero quizá sea el mejor. Doña Luz se persignó.

— ¡No atraigas la desgracia sobre esta casa, demontres!

Todos miraban a la muchacha, abismados.

Mauro veía venir paralizado, una centella enviada por el Señor, que debía estar furioso al oír tales horrores. Los fulminaría a todos. Transcurrió un largo rato y no sucedió nada, ni un signo del esperado castigo divino. La centella pasó de largo... Sin tomados en cuenta.

De allí en adelante comenzó a dudar.

En la noche se distanciaba el eco lúgubre del antifonero.

— "Si tía Delia tuviera razón, ya no podría hacerme cura". Ahora ya no sentía aquel aterrador respeto por las cosas de la iglesia. A veces, sin embargo, trataba de dialogar con la imagen del Crucificado, aunque más confianza le infundía La D olorosa. Pretendía acompañar en sus pesares a las sufrientes imágenes, les hablaba, pero ellas siempre permanecían silenciosas, indiferentes. Nunca contestaban ni palabra. Ni una señal.

Cañete llegó con un buen trozo de lomo.

— Tengo hambre, le dijo. ¿Y tú?

— Yo siempre tengo hambre.

— Entonces, enciende el carbón del incensario para asarla, yo voy a buscar el vino.

Husmeó en los sitios habituales de la Sacristía, sin encontrarlo.

— Parece que el cura éste sospecha que se lo tomamos, dijo rascándose la cabeza color de estopa.

Mauro trepó sobre un gran armario.

La gente rezaba afuera sus cincuenta y tres avemarias, sus siete padrenuestros y el credo de rigor. Era cansado y monótono, pero felizmente esa misma prolongación les daría tiempo suficiente.

— ¡Aquí está la garrafa!, exclamó contento.

Cañete se la arrebató de las manos y empezó a beber a grandes tragos.

— ¡Anda, enciende las velas — le ordenó — que ya va a ser hora!

La carne asada despedía su grato olor desde el braserillo. Cañete tomó la primera porción que le pertenecía y la devoró con apetito, y al notar que Mauro lo contemplaba con envidia, le dijo:

— No me veles, que me quitas todo el alimento.

— Si quieres, tienes que asar el otro pedazo que sobra, hay bastante.

Mauro alcanzó a poner la carne sobre los carbones y bajó la tapa, cuando oyó los pasos del padre Merchán que había terminado ya de dirigir el rosario y venía a prepararse para la bendición. Pisadas lentas, acompasadas, de un hombre gordo, rosado y calvo, muy popular entre las beatas de la parroquia. Protector de cuatro "sobrinas" (como bien aconseja el profeta) con casa propia para cada cual, y varios "sobrinitos" en ellas.

Cañete devolvió el vino a su sitio y escondió el bocado en el bolsillo. Los tres salieron devotamente para el rito.

— Me huele a carne asada — dijo el cura a Cañete, en voz baja.

— Debe ser de alguna casa de la vecindad, padrecito.

Mauro estaba más nervioso que nunca, tanto como un torerillo en su primera corrida. Los del coro rompieron a entonar sus salmodias. El sacerdote tomó por la cadena el turíbulo y, al levantar la tapa para echar el incienso, encontró lo que nunca pensó: un fuerte olor de carne chamuscada que golpeó sus narices y le hizo perder su bonhomía cristiana.

Ante la feljgresía pasmada, levantó el indignado pie y dio a Mauro un duro golpe en salva sea la parte, que resonó en todo el ámbito sagrado, y lo obligó a refugiarse llorando en la Sacristía, mientras el incienso blanqueaba el piso, y Cañete se persignaba devotamente y reía para sus adentros con turbia satisfacción.

Los gritos de horror entre los asistentes, pronto se tornaron en miedo, como si la ira divina fuera a caer de pronto sobre sus cabezas que no atinaban a comprender lo que ocurría. Qué monstruosidades habría cometido ese malvado muchacho, hijo del demonio, para que hiciera rabiar y perder los estribos al padrecito, que ya repuesto un poco se había hincado y se persignaba contrito. Se puso en pie y, componiendo la figura, se dirigió a los circunstantes y dijo sin más:

— Amados hermanos míos en Nuestro Señor Jesucristo, la ceremonia de hoy ha terminado.

Una de las más grandes azotaina recibidas en su vida fue por este incidente que a Delia le hizo mucha gracia, pero que le causó profundo enfado cuando su madre pegó cruelmente al muchacho. Si bien fue dura la paliza, alguna instrucción hubo en ella, porque le enseñó a alejarse de las cosas de beatería y no confiar en nuevos amigos, como Cañete, que le cargó toda la culpa.

Su fe se aniquilaba, sin embargo, frente al altar de la Virgen se sentía confiado y protegido porque con ella sí era posible platicar y contarle sus cuitas. Rostro tan hermoso y una mirada maternal, permitían que su primera crisis de conciencia fuera transmitida a ella. Con lágrimas pidió que lo preservara contra el demonio que lo estaba convirtiendo en "hereje". ¿Cómo era posible que empezara a dudar de la existencia de Dios, al igual que tía Delia? ¡Y que la Virgen lo permitiera! Invocábale amparo contra horribles ideas que pugnaban por convertirlo en un descreído. Pero nada ni nadie venía en su ayuda, nadie respondía, haciendo que su fe se perdiera en la desesperación, al negarse la Virgen a revelarse de alguna manera. No sonreía, no movía una mano, no lloraba, ni nada; no parecía oír. No llegaba

la señal que tanto esperaba, ni en el cielo, ni en el templo, ni en la casa. Nada. No hay. No viene. Sigo esperando.

Salió de este nuevo templo escogido, después de su fracaso, como monaguillo, abatido, para vagar sin rumbo por esas calles, cuando alguien le tocó la espalda llamándolo por su nombre o algo que se le parecía:

— ¡Mauló! ¿No te acueldas de mí...? ¡Cómo has tú decido tanto! Estás glandote. Ahola sel tú un veldadelo homblecito.

Claro que se acordaba: era el chinito chicharronero del barrio de antes, aquel antiguo dueño de la vieja casa que, felizmente, había sido un dueño de casa muy considerado. Sería porque era chino, a lo mejor, pues dicen que los chinos son gente delicada.

Aunque le hubiera gustado conversar con el chino, ("chino majalelo"), apenas si le contestó con amarga sonrisa. Había crecido un poco, en efecto. Mares encrespados amenazaban demoler el muelle donde se hallaba, pero las tremendas olas al llegar a él se abrían en dos secciones y no lo tocaban, dejándolo enjuto. Entonces, se impulsaba con los pies y salía volando con los brazos abiertos, planeando maravillosamente sobre un estadio deportivo, donde los espectadores y futbolistas quedaban alelados ante tan a-sombrosa y nunca vista proeza.

— La gente sueña que vuela cuando se va a enfermar de paludismo — le dijo la abuela — hay que estar prevenido y darle quinina a este muchacho loco.

Por prudencia hacia sus aparato digestivo y consideración para su gusto, Mauro no volvió jamás a contar extraños sueños, guardándoselos para consultarlos en un viejo oráculo napoleónico que había traído Ruth a casa, y que le auguró cosas que nunca se cumplieron.

IX. NEGOCIOS

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Agrios dolores implicados, complicados. La nariz está incapacitada para hacer de selector. Sólo hay cinco sabores y olores fundamentales, quizá, menos, pero crecen al compás de la barriga satisfecha de todo. El espíritu inquieto, aunque primitivo, sigue escuálido, tenso, pronto a romperse como la cuerda prima de la guitarra a la primera vibración exagerada. Quedan luego horas de horas quemándose en la playa o hamaqueándose bajo una ramada y bebiendo coco tierno, su agua estéril pero que mancha la ropa blanca, sin embargo, al igual que los errores mal compartidos o las coincidencias que van marcando el paso del destino siempre injustificado como se ve en la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Al quitarse la ropa sucia, resulta que Juan California, dueño de la carretilla Como la Vida, exhibió en su pecho una sirena tocando guitarra. Había llegado a educar de tal modo los músculos pectorales, que la sirena adquiría movimientos un tanto procaces, para divertir a sus amigos, inquietar a los muchachos curiosos y escandalizar a las damas. Realmente estaba orgulloso de su tatuaje, conseguido en uno de sus viajes por los mares del Norte, en la época en que anduvo embarcado en un vapor chileno llamado "Aconcagua". Aquella sirena y la carretilla constituían sus únicas compañeras y todo su haber. Nunca se supo si California era un apodo o su verdadero apellido, aunque sí era notorio que, de vez en cuando, intercalaba deformadas expresiones inglesas, que aseguraba haber aprendido durante su visita a San Francisco. En la actualidad, los azares del marino ya no le atraían y había perdido interés por conocer tierras extrañas. Amaba solamente su cálido y polvoriento Guayaquil, sus casas de madera con soportales, sus pavorosos incendios, el río poderoso, sus serenatas a media noche, sus broncas y, más que nada, sus mujeres; si bien es cierto

que jamás quiso sentar reales con ninguna. No había nacido en esta ciudad sino en algún punto de Manabí, pero a orillas del Guayas se crió desde los dos años. "Soy un verdadero guayaco y no un manaba ", decía con orgullo.

Huérfano a los cinco, fue criado por una caritativa familia guayaquileña hasta los doce años en que huyó de casa, no porque lo trataban mal, sino porque quería conocer el mundo.

Había desempeñado los más variados empleos y ejercido los más raros oficios: desde policía hasta boxeador, de bombero a lustrabotas, de cuadrillero a mercachifle — ¡y qué se yo! — pero, en ninguno había durado tanto como en éste de andar, de arriba para abajo, por las calles polvorientas empujando su carretilla Como la Vida, cargada de sacos, maletas o modestos muebles de gentes medianas que se mudaban y que le pagaban lo suficiente para sostener su menguada existencia. Su carretilla era también su casa, y abrigaba la creencia que dentro de ella moriría, y así, cuando la noche venía, se estacionaba cerca de los mercados, y con las piernas encogidas, dormía roncando dentro de ella bajo los portales, mientras el viento ya enfriado traía ráfagas de emanaciones de frutas y legumbres podridas, de mariscos pasados y basuras hacinadas al pie de las aceras.

Algunas gentes sencillas se manifestaban sorprendidas que un hombre tan "viajado" se aficionara por un oficio tan bajo.

Unas veces pescaba buenas borracheras y, otras, tenía sus aventuritas con mujerzuelas que rondaban los mercados por las noches. Así corría la vida de Juan California, rodando cuesta abajo con su carretilla, hasta que conoció a Roberto Calderón, aquel muchacho que comerciaba en frutas a la entrada de la "plaza" y le encomendaba siempre el acarreo de los productos que vendía. Los dos iban, de madrugada, hasta el Malecón de la ría con el objeto de abordar a los montubios que llegaban con sus canoas, o balsas repeltas coloreando de naranjas, o con aguacates, mameyes o caimitos. Estos vendían a bajo precio y permitían buenas ganancias a los placeros. Cuando había escasez de productos, era preciso competir con otros interesados revende dores.

Hombre de pocas palabras, Roberto no se adaptaba al regateo, y entonces "California" tenía que entrar en su ayuda. Estas actividades lo hicieron recobrar su perdido entusiasmo, cuando ya nada parecía interesarle.

Por la tarde, después de la venta, a tomar una "fría". Una cantina adornada con cuadros de pacotilla tratados con colores crudos y chillones, donde campeaban mujeres desnudas y paisajes vacunos. El antiguo trotamundos, entre vasos y vasos de cerveza, que según él era la mejor del mundo, le narraba interminables e inventadas aventuras de su vida de vaporino. Su preferida era la referente al origen de su tatuaje, grabado en Panamá, en prueba de un gran amor frustrado.

— Mi sirena significa la perfidia y la falsedad de las hembras.

— Fue por una mujer que se me acercó un día en la a-venida Central y se aficionó de mí, sin más ni más. Más tarde ella me engañó y se mandó a mudar con un gringo a los Esteits, precisamente a San Francisco de California. Si estos malditos gringos le roban a uno hasta las mujeres.

Después de aquello, me di a la bebida y al abandono. Y por eso me ves cómo me ves, gardemis.

Voz aguardentosa que entonaba un pasillo rencoroso sobre la perversidad de una mujer: "Mujer ingrata, mujer traidora y corrompida, puede ser que, desgraciada, yo te encuentre por los tristes senderos de mi vida..."

No se acostumbraba al trato con los placeros, los cuales le parecían, en su mayor parte, gente vulgar, sucia y desagradable. Muchos de ellos eran naturales de la Sierra, gordos y pendencieros. Evitaba tener discusiones con ellos ya que conocía su violento carácter. Igualmente la repugnaban las "placeras".

— Eres un zambo orgulloso — decíale —, no sé cómo te llevas bien conmigo, ¡gar demis!

— Bueno, es que tú me pareces diferente. Por lo menos me cuentas cosas interesantes... Nunca pensé dedicarme a este oficio de placero... Mi familia fue rica en otro tiempo... Últimamente la hemos pasado bastante mal, es cierto, y nos hemos visto obligados a humanarnos a muchas cosas... Tengo que soportar ¡maldita sea!, al ¡desgraciado ese de Ovidio y debo hablarle, a veces, por mi sobrino. Pero, felizmente, en cambio, no tengo trato alguno con ese señorón Gómez, al que detesto también... Algún día te contaré.

— No te amargues, por nada, "floro" que nada vale la pena — respondió California, chilena y filosóficamente.

— Me gustas porque conoces bien la vida y nada te importa ya. Yo, en cambio, sufro en mi amor propio herido. No me agradaría ver a mis hermanas convertidas en mujeres de la calle.

— No exageres, chico. No exageres.

Mi familia tuvo que salir corriendo de la provincia, debido a la revolución, porque era peligroso seguir viviendo allí. Cuando perdimos todo, mi madre no lo pudo aguantar... Joaquín y yo, nos quedamos junto a papá, tratando de recuperar nuestra fortuna, pero todo fue inútil. Después de una guerra como la que pasamos, vino la miseria y la desolación. Allí no queda qué hacer en estos días, porque es una provincia tan botada, que vive en el atraso. Quizás algún día progrese, cuando haya vías de comunicación. Pero por ahora, uno tiene que desarraigarse de ella, en busca de otros centros de vida... Ahora nos va mejor en esta ciudad, pero yo añoro mi terruño. Por eso me pueden llamar montubio o provinciano... La verdad es que a veces me siento como un árbol arrancado de raíz después de un aguacerón...

— Bueno, así me siento yo también, a veces. No más que este árbol cayó al río y va y viene con la corriente — dijo Juan, dibujando un vaivén con la mano. Ambos enmudecieron largo rato.

Roberto rompió el silencio, con un repentino sentido del humor y dijo:

— Francamente, me gustaría llegar a ser rico... aunque sea honradamente.

California rió de buena gana y luego levantó un vaso de cerveza, brindando por el futuro rico honrado.

— Tienes toda la vida por delante. No te desperdicies como yo. Estudia por las noches en algún colegio. Yo te reemplazaré en el trabajo de la "plaza", y todo marchará okey.

Roberto parecía no escucharlo, de nuevo. Se tiraba hacia atrás en el rústico asiento de la cantina y su mirada perdíase en algo más allá de las paredes de madera, en el crudo azul de los cuadros de bucólicos y rústicos paisajes. Evocaba, estremeciéndose, la vida Ubre y semisalvaje que llevaba en las selvas y en los ríos de su tierra, el espíritu primitivo y chocarrero de las gentes de su pueblo. Respiraba brisa marina, saboreaba las comidas típicas y se le humedecían los ojos al recordar al buenote de su padre.

— Mi padre era un gran hombre, ¿sabes? un gran hombre con dos grandes defectos.

— ¿Cuáles?

— Era negro y honrado. Demasiado bueno. Tan bueno, que muchos lo juzgaban un negro tonto.

— Dos desventajas. Y cuando uno es muy bueno lo creen un pendejo, gardemis.

Así llegaron a cobrarse mutua confianza hasta asociarse en el negocio.

El primitivo puesto de frutas se convirtió en una barraca fija de abarrotes. Mercancía de más segura salida y mejor conservación. La gente podía prescindir de la fruta, pero no del azúcar, del arroz ni de otros cereales.

Con un sentimiento mordaz, veía que se iba convirtiendo en uno de aquellos seres que detestaba. ("No permitas. Dios mío, que me parezca a aquellos a quienes desprecio"). Aunque por las noches concurría a un colegio mercantil particular, no dejaba de ser un placero más, y el pequeño capital crecía como una sombra protectora. Asistía a su mismo curso Carmela Váreles, una joven inteligente regordeta, morena clara, de rostro afable y mirada vivaz a través de sus delicados lentes, a quien observaba disimuladamente durante las clases, actitud que para ella no pasó inadvertida. Tímidas insinuaciones que se prolongaron por varias semanas, no lo alentaban a que se propasara de algún saludo inevitable, al cruzarse en las desvencijadas y ruidosas escaleras de madera de aquel edificio de tres pisos, donde había también departamentos para familia. Así hubiera seguido indecisa la cosa, si Carmela no se hubiese enfermado con un fuerte trancazo.

Su inasistencia a clases empezó a impacientarlo día a día hasta que, conquistando la compañía de un condiscípulo muy amigo, fueron a visitarla. Lo que menos podía esperar ella era la presencia de este muchacho silencioso y huraño, medio montubio, a quien deseaba ver después de tantas semanas.

Aunque solamente hicieron lo que se dice, "una visita de médico", al despedirse, ella le apretó la mano con tierna complicidad agradecida, mientras él sentía, por vez primera, el despertar de una pasión.

Ya en la calle, su amigo le dijo en tono de guasa:

— Ahora sólo falta que te enfermes con trancazo para demostrarle tu amor.

La eversión había sido evitada. Los sucres acudían con mayor prodigalidad y la familia no la pasaba mal, debido a la eficaz ayuda de Roberto que era muy responsable y adicto a ella. Hasta Mauro pudo, así, ingresar en el Colegio "Vicente Rocafuerte", para empezar sus estudios secundarios, agregando las esporádicas contribuciones del padre, que aparecía y desparecía del escenario. Para Mauro, el estudio constituía una gozosa liberación de aquella espada sobre su vientre: eso de tener que volver a trabajar como un esclavo. Por otra parte, lo habían aliviado del ocuparse de los mandados domésticos, puesto que tenían ahora una joven criada "de puertas para adentro", llamada Hilda. La vida cobró entonces un nuevo aliciente. El desbordante ambiente estudiantil lo arrastraba hacia una correntada que se iba contra todo lo que antes había respetado y venerado. Entonces, empezó a hacerse agresivo y a intervenir en ruidosas zaragatas, buscando pendencias sólo para dominar su dosis de cobardía.

El estudio no le demandaba mayor esfuerzo, pues siempre tuvo facilidad para asimilar las clases con la primera explicación, a lo sumo con la segunda. Como nunca se preparaba para los exámenes, se ganó el calificativo de vago; empero, sus notas eran sorpresivamente buenas y ganaba los años sin esfuerzo, pero con insistentes amonestaciones por su conducta. Iba, con frecuencia, a la barraca de su tío Roberto, con el fin de ayudarle a vender y hacerse sus pequeñas rebuscas de centavos para comprar sodas, libros de aventuras y contribuir con pequeñas cuotas en ciertos programas de diversión de su pandilla. El ambiente tumultuoso del mercado lo distraía, al contrario de lo que le sucedía a su tío Roberto, a quien, dicho sea de paso, admiraba y profesaba cariño. Un poco lejano, misterioso y evasivo, pero lo admiraba de todas maneras. El paisaje humano era el mejor de los paisajes de este mundo. Todo tan cambiante, cobrando siempre nuevo interés. Con diversos tipos que conocer — digo — atender, aquello era vida, sí mamá. Mas, algo profundo en su ser se conmovía dolorosa-mente cuando palpaba de cerca la miseria, otra vez. Aquellos seres casi mendigos, que pululaban disputándose un desperdicio o algún trabajito de cargadores, echándose, a veces, a las espaldas, pesos inconcebibles. Indios serranos encanijados, de pasito menudo y presuroso, atentos al zumbido de un implacable látigo invisible: "Habiendo longos, para qué burros", decían los guayaquileños. La mezcla de pregones y gritos rutinarios de la gente le era ya familiar: " ¡Lleve, caseritaa! ¡Venga, casero¡ ¿Qué le vendemos? ¡Vea la buena papa chola...! ¡Golpe! ¡Guarda! ¡Pele el ojo!" prevenían los cargadores presurosos, sudorosos. Llegaba a la barraca cuando el mayor barullo había pasado y, solamente, se veía desfilar a las retrasadas amas de casa y cocineras que encontraban pocas cosas frescas que comprar. Únicamente en días de asueto podía concurrir de mañanita, en ayuda de su tío que, con el atareo, se ponía de mal humor. En esos momentos "California" se dedicaba a buscar mercancía hasta entre los mayoristas, con el objeto de proveer la tienda. Su mismo ritmo de vida había cambiado, ya no dormía más en carretilla sino en un cuarto alquilado, con cama y todo lo demás, y cada vez más se iba sintiendo alguien, a quien molestaba el hecho de seguir actuando como si fuera una especie de sirviente, un apéndice y no un patrón independiente y dueño de un negocio, por medio del cual se podría conquistar buenas hembras, como para casarse. "Ah, si llegara a ser querido por alguna mujer decente... (Tengo que hacerme borrar este vulgar tatuaje, vergonzoso). Debe de haber alguna

manera de tener tienda propia". Yes, ser. Hay que ver cómo, nada más, esperar. No en vano uno es tan viajado. (Esperar y aprovechar. Esa es la salida... oportunidades calvas... aprovechar la coyuntura...)

— Levántate a abrir la puerta, muchacho. ¿No oyes que están golpeando?

Mauro dejó su miga de zapallo y, de mala gana, con paso perezoso, atravesó el corredor y bajó las cinco gradas del zaguán, rezongando en voz baja:

— Ni siquiera lo dejan a uno comer en paz.

Al abrir la puerta se encontró frente a una señora alta y morena, delgada, que a contraluz lo miraba cariñosamente y sonreída. Traía de la mano a un muchachito, de unos cinco años, con su pelo, casi rubio, recogido hacia atrás en un gracioso moñito, que le hacía aparecer como una enanita. Detrás se recortaba la figura de un indio cargado de maletas.

— ¿No me reconoces, Maurito? ¡Cómo has crecido! ¡Estás ya hecho un hombrecito!

Sí la reconoció, en efecto, pero una especie de perdido resentimiento refrenaba sus deseos de expresar la filial alegría de volver a verla y de abrazarla fuertemente. (¿Pero no decían que se había hecho monja? No traía hábitos. ¿Qué habría pasado?)

La mujer no se contuvo más y lo estrechó entre sus brazos.

— Hijo mío, hijo mío... — decía conmovida, casi gimiendo de felicidad.

La niñita prorrumpió a llorar.

— ¿Qué pasa allí? — dijo Roberto, poniendo el tenedor dentro del plato de pescado con coco. - ¿Quién es, Mauro?La vieja se levantó y fue a mirar.

— ¡Elvira!

— ¡Es Elvira!, corearon los demás.

— Sí, es Elvira, la hija pródiga — anotó Delia, como quien hace un chiste.

— Y esta niñita, ¿quién es? -preguntó la vieja, intrigada y sospechosa.

— Es hija mía — respondió secamente.

Hubo un silencio estupefactivo. Doña Luz la fulminó con una mirada, y la recriminó sobre la marcha.

— ¿Era ésta la vida de monja que llevabas? ¡Miércoles!¡ Bonita manera de servir al Señor, perra! ¿Por qué nos has estado engañando tanto tiempo? (Sirviendo al Señor... ¿Cómo se llamaba el señor?)

Elvira no contestó nada, dio media vuelta e hizo una seña al cargador para que saliera. La niñita seguía llorando a gritos. Mauro no sabía qué partido tomar, lastimado en alguna parte o por alguien que no acertaba a identificar con claridad. Permanecía en rígido suspenso, pegado al piso y atento a toda palabra, a todo gesto.

Delia intervino tomando a la recién llegada por el brazo:

— Yo también mando en esta casa, que para eso trabajo y pago mi parte. Vente conmigo a mi cuarto. Allí hay sitio suficiente.

Elvira no opuso resistencia y sólo respondió, suspirando:

— Tengo tantas cosas que contar... Tenía tantas ganas de verlos...

Doña Luz tirada en su sofá de la sala, parecía estar a punto de sufrir un síncope. Se venteaba con abanico como si le faltara aire, aunque no hacía calor, y se lamentaba con ira:

— ¡Maldito vientre el mío! ¡Solamente he parido hijas perdidas! ¿En qué mala hora salí de mi pueblo? Felizmente ya estoy vieja y achacosa, y pronto Dios me llamará para librarme de tanta desgracia... Sólo allí dejaré de soportar tantas tribulaciones.

Para Ruth, estos incidentes pasaron inadvertidos, porque hacía meses que estaba independizada, yéndose a vivir en un departamento montado por Gómez. Solamente se enteró del regreso de su hermana cuando ésta fue a buscarla para contarle sus cuitas.

La lima de los días se iba comiendo las aristas del enojo. El pequeño accidente, conquistaba el corazón de todos.

Elvira se sumió en un intenso quehacer y tejía, primorosamente a crochet. Había perfeccionado sus labores de mano: escarpines, gorros, chambritas y *sweters* que vendía con relativa facilidad. Tejía y tejía.

La lectura de novelas había sido olvidada.

Mauro era atraído por esta hermanita, ignorada hasta hace poco, pero no quería manifestarle su afecto con entusiasmo, para seguir evidenciando un reproche hacia su madre. Esto de tener una hermana por el lado materno, no estaba bien. No ha habido, pues, tal monjita.

Elvira explicó a Delia, principalmente, que, aunque estuvo como meritoria en un convento, nunca pudo ordenarse por su estado civil.

El padre de la niña era un alemán, mecánico de profesión, llamado Kurt Kahlmeyer, a quien había conocido en Ambato. Actualmente vivía en Quito, pero proyectaba trasladar su taller a Guayaquil, donde había mayor riqueza y movimiento. Aquí se casarían después de unos meses, si llegaba a obtener el divorcio de Ovidio.

Ella creía en su palabra, porque era un hombre formal, entrado en años. Herido en la guerra mundial de 1914, a consecuencia de ello sufría un poco de un pulmón, pero los médicos le habían dado ya su visto bueno para que bajara al litoral. El extranjero tenía interés en conocer a la familia antes de casarse, razón por la cual ella había venido, pero más que nada, por demandar su divorcio.

Ovidio apareció una tarde, pidiendo hablar con doña Luz, pero todos pensaron que el verdadero motivo era el de su curiosidad por ver de nuevo a Elvira, más ella se negó a salir, y menos a hablar con él, como si temiera renacer. Al fin y al cabo, fue su primer hombre, su primer amor, su primer desengaño. Tan doloroso, que tuvo que refugiarse en Dios y en las novelas, urgentemente, para no sucumbir.

— Vea, señora, yo sé que usted me considera un malvado, pero eso es una exageración, y se lo voy a probar en el caso de Elvira. Quiero que ella sea feliz. Todos los gastos del divorcio correrán por mi cuenta y procuraré que se haga rápido, por mutuo consentimiento. No es necesario demandarme. Creo que, en memoria de un viejo amor, se puede hacer algún bien. Después de todo, casarse por segunda vez es mucho mejor que la vida monástica. ¿No le parece? Quiero que toda gestión la dejen en manos de mi abogado.

Este bandido la exasperaba, pero parecía sincero. (¡Una tiene que aguantar tantas cosas...!)

— Como usted guste. Pero cuidado con engañarnos, ¡eh! porque llega un momento en que la copa se llena y puede rebosarse.

El hombre rió, pero su risa no era tan descarada como antes. Él también había envejecido notoriamente, mas, seguía siendo atractivo para las mujeres.

— Para mí, las amenazas siempre están demás, mi querida doña Luz.

Ovidio cumplió la promesa. El divorcio fue rápido y trajo una gran sensación de alivio en aquella casa.

Llegó al fin el alemán, hombre afable, no buen mozo, algo extraño, de ojos garzos, bajo, de pobladas cejas castañas y maneras suaves. En su redondo cráneo, el cabello, de un rubio ceniciento, se revolvía descuidado. Tenía nariz roja de alcohólico, sin serlo. La boca sensual e inexpresiva dejaba ver, de vez en cuando, largos dientes obscurecidos por la nicotina.

— Me parece un poco loco -comentó Delia, pero me gusta.

Dicen que todos los gringos que han pasado por la guerra son así — dijo Roberto.

Para el matrimonio, civil únicamente, hubo fiesta aceptable. Ovidio mandó un regalo, pero se abstuvo de asistir. El, que era tan poco dado a los cumplidos.

La pareja se mudó a un departamento grande y Elvira invitó a su hijo a vivir junto a ellos.

— Tengo que pensarlo, mamá.

Eso de tener padrastro no es muy agradable.

Sus condiscípulos hablaban de casos similares en tono ofensivo o festivo. Así es que mejor era mantenerse alejado, aunque el padrastro fuera un "gringo" alemán, lo cual significaba un grado lenitivo y aristocratizante para este parentesco. Un blanco rubio y extranjero en una tierra de mestizos, es siempre una buena carta de recomendación, porque cierta mentalidad colonial da por descontadas grandes virtudes y talentos innatos en los "gringos", aparte del timbre de nobleza y orgullo que, entre algunas gentes rastacueras, constituye llevar sangre de europeo o norteamericano.

Los gringos seguían hablando un idioma que nadie comprendía.

— Sepa usted, Mendocita que, por ahora, el mejor negocio es el de la exportación o importación — dijo el señor Gómez.

— Así es en verdad. Y este año tendremos una cosecha de arroz verdaderamente maravillosa. Habrá excedente hasta para exportar.

Los últimos grillos invernales, con sus cómicos saltos y sus "trinos", ponían una nota desapacible en el ámbito. Con las primeras lluvias la ciudad había soportado, como siempre, la invasión de millones de ellos. Las calles amanecían alfombradas de color siena y era inevitable que se caminara despachurrándolos sin misericordia, con una repugnante sensación de pisar maíz tostado. Los bomberos salieron a limpiar las calles pavimentadas, con sus poderosos chorros de agua. Como nunca, aumentaron también, en esa estación, toda suerte de coleópteros e insectos estrafalarios, para felicidad de los entomólogos, disgusto de los ciudadanos y terror de los extranjeros y de los niños tiernos, que admiraban, por vez primera, los "abortos" de la naturaleza. Un grillo se posó en la corbata de don Manuel. Lo atrapó con rapidez y, con violencia, lo tiró al suelo como quien pretende hacer rebotar una pelota de golf.

El bichito quedó muerto por el impacto en la baldosa.

— Pues sí, querido amigo, prosiguió — pienso vender la hacienda La Campana y dedicarme a los negocios, porque, viéndolo bien, es comprobado que el agricultor vive como pobre y muere como rico; pero el gran comerciante, vive como rico y muere rico.

Ya gris y escaso el cabello, su cuerpo había engordado un poco, y a la oblicuidad de la luz, entre la cual los bichos revoloteaban estólidos, su figura cobraba magnificencia.

— Instalaremos una pila dora inmediatamente, de la cual se hará cargo. Usted tiene experiencia en ese ramo.

En efecto, los Mendoza Puente, otrora gente poderosa, habían poseído, entre otros bienes, dos piladoras. Decayeron bastante al repartirse el aparente inmenso patrimonio, pero siendo de "buena familia", los entronques y palancas no se resquebrajaron mayormente.

En un tiempo figuraron mucho en política y en sociedad. Familia "patricia" añeja, fundadora de Guayaquil, posiblemente mezclada, contra su voluntad, en algún asalto, y secuestro de sus abuelas a la isla Puna, con sangre de piratas ingleses o franceses. "Son piratillos" — decían los chismosos, espíritus burlones cronistas de la ciudad.

Este, Eugenio, era formal; los otros, de "mala cabeza" lo derrocharon todo, viajaron o murieron, que viene a ser casi lo mismo.

— Mire, Manolo, además de un sueldo quiero un porcentaje en las ganancias, porque sé manejar bien a los montubios. Para obtener cien libras de arroz pilado, les puedo sacar de ciento ochenta a doscientos veinte, según el "pato".

Gómez cobró un aire protector, se rascó la cabeza y después de pensarlo respondió:

Aceptado, no hay más remedio. Se levantó y sirvió otros dos vasos de whisky con agua gaseosa.

— Yo lo tomo puro — dijo Mendoza.

— Tiene usted el gusto de las mujeres, querido amigo — anotó Gómez — sin ánimo de ofenderlo.

Siempre decía "querido amigo" al que estaba bajo su protección.

Era un modo de demostrar una especie de superioridad bondadosa, adquirida últimamente.

El otro sonrió complaciente, pero sin espontaneidad, porque sabía que nada halaga tanto a los que están arriba como celebrarles sus chistes.

Manuel abrió la ventana de tala metálica y se asomó al balcón que daba a la ría anchurosa, envuelta en cálidas sombras, a un cielo pesado, a un ambiente húmedo amenazando chaparrones. Pequeñas lanchas y balandras acoderadas a los viejos y maltrechos muelles que pedían relevo. Más afuera quedaban anclados los grandes barcos, con sus luces de guardia, esperando impacientes la partida. A la distancia, se oyó una aguda sirena. El hombre pareció recordar.

Bueno — se dijo — ahora tengo que prepararme para ir a recibir a Claribel. ¿Cuántos años hace que no la veo? ¿Cuántos?

EN EL SEGUNDO TIEMPO

X. CLARIBEL, MICLARIBEL

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

La misma cosa, el mismo caso, el mismo queso. Otro caso que el fontanar rejuvenece. En la noche las estrellas caen sobre el asilo de las bestias dormidas y corren atropelladas entre las hojas y los sueños eróticos. Entúrbianse por el peso de los años. Alumbran el tétrico palacio oblicuamente, adhiriéndose a las paredes grises como babosas lúbricas que resbalan hasta el fondo sin fondo de la esfinge. Y para acercarme a ti yo estaría limitado al N. por un código, al S. por una densa barrera de cristal, al E. por la noche imprecisa de los otros; y al O. por el miedo y el hastío de mí mismo que va acumulándose al pie de la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

La misma cosa. La misma casa...

Hacía varios años, en efecto, ¿cuántos? Habría que hacer la cuenta, Claribel. En el puente del lujoso Santa Clara de la Grace Line, cerca de la elegante piscina, ahora libre de bañistas, ella contemplaba con emoción contenida las luces de Guayaquil. Allí en el Malecón, la antigua casa señorial de su padre se entreveía difusa.

Claribel Gómez creía estar segura de que, a pesar de esos años de educación yanqui y de lo mucho que había vivido en ellos, sus sentimientos no habían sufrido modificación para su suelo ni para sus gentes. Tarareó una vieja canción, casi olvidada.

En la lancha del resguardo, con las autoridades portuarias, llegó su padre: el mismo hombronazo simpático que ella dejara. La abrazó fuertemente y la besó con una efusión que, al final, le resultaba perturbadora. Allá abajo, el río turbio, lamía las grises y cansadas costillas del buque.

Notó que la gran casa de madera había sido modernizada y acondicionada con todos los artefactos que ayudan a llevar la vida cómoda. La mansión conservaba su rancio señorío: con un solo piso alto, grandes patios y extensos corredores enrejados barrocamente, todas las habitaciones con su cielo raso decorado y sus frisos dorados de motivos vegetales. Lámparas de cristal de Murano dejaban oír el suave tintineo de sus delicadas cuentas, cuando soplaba brisa fresca. Muy diferente al confort moderno y a la sobriedad americana, pero más encantador, sin duda.

El entablado había sido cubierto con linóleos de suaves tonalidades, y un gran tren de criados estaba listo para atenderla.

Y cuando la tierra dio otra vuelta, ya estaban desayunando: "es el exacto retrato de la madre". Un poco agringada, tal vez. ¿Qué es lo que le da ese aire de gringa? ¿El peinado? ¿La ropa? Bien pudiera ser. De todos modos, es una real hembra... ¡Es el vivo retrato de la difunta Virginia! (Ahora sí, en verdad, Virginia había muerto tres años atrás en Buenos Aires). Recordaba cómo era su hija cuando pequeña, allá en la hacienda. Cómo era su cuerpecito que él gustaba bañar y acariciar. ¿Cómo sería ahora...? Sería niña todavía. Para qué pensar en esas cosas. No. No.

— Papi — lo interrumpió, Claribel — ¿Cuándo vamos a visitar la hacienda? Tú sabes que yo adoro el campo.

Tardó unos minutos en responder. (¿Estará recordando los mismos detalles de su infancia?)

— Sí hijita, claro que iremos. La semana próxima, antes de venderla. Si es que la vendo ahora, que tú has regresado. No sabía que te gustaba tanto *La Campana.*

— No se imagina cuánto los he extrañado, a usted y a mi tierra, durante estos años. Aunque llegué a admirar y a gustar de algunas cosas de los Estados Unidos, en cambio, detestaba otras.

— Sin embargo, no me escribías con frecuencia, observóle con tono de burlón reproche.

Sentía que el amor de su infancia por su padre, renacía al verlo allí enfrente. Un poco más viejo y gordo, pero saludable e imponente. Si alguna vez pudiera encontrar otro hombre como éste: alegre, cariñoso, seguro de sí mismo, poderoso, posiblemente se casaría con él. Mas, por el momento, sólo sabía que se sometería de nuevo a su voluntad, como en la infancia. Habría que obedecerle en todo, que para eso era su padre.

— No soy buena para escribir cartas, ¿sabes?

Ojos en los que brillaba una lucecita que no acertaba a descifrar. ¿De qué color eran? No podía determinar con precisión, pero vibraban entre el verde y el gris, defendidos por negras pestañas. Cabello obscuro que caía con aparente descuido sobre los hombros. Sonreía confusa y sensualmente

como si desde el fondo, la misma madre recordara los primeros años de sus amores. Virginia lo quiso demasiado para tolerar que él anduviera con otras mujeres. Esa era la verdad, y por ello lo abandonó herida. Otras mujeres pueden soportar la infidelidad marital, siempre y cuando el hombre las siga manteniendo sobre un todo. Ella no. El reconocía que se había comportado mal, pero no podía remediar su naturaleza en aquel tiempo.

Le habría gustado ser mahometano — o mejor, romano antiguo —. Católico solamente a la vejez. Si ella resucitara, se casaría de nuevo y le sería fiel (?). Cuando se marchó, la dejó desprenderse con indiferencia; únicamente cuando supo que contrajo segundas nupcias, comprendió cuánto la había amado, y por ello inventó la historia de su muerte en el naufragio de un pequeño barco que iba al Perú. Algunos amigos sabían que aquel cuento no era cierto, pero nadie se atrevía a remover la cuestión. Virginia no tenía parientes conocidos y nadie reclamó. Muchos decían que era extranjera, y que había llegado a Guayaquil en una compañía teatral. Hoy se presentaba retoñada desde el transfondo de los años idos, desde la herencia de esos mismos brazos, de esas mismas piernas lisas con su promisor lenguaje, desde esa naricilla graciosa y esos dientes que mordieron su carne vigorosa e insaciable.

— ¿Por qué me miras de esa manera, papá? Dijo la chica, ruborizándose.

El se turbó un instante, pero luego sonrió plácidamente y apiñó el último sorbo de café fuerte. Hablaban poco, pero ahora se observaban agudamente como dos extraños que simpatizan, pero que dudan de ese mutuo sentimiento y esperan el acontecer.

Claribel recorrió con ardiente curiosidad todo el viejo caserón de La Campana. Abrí puerta tras puerta de abandonados aposentos, llenos de misterios y de secretos imaginados. Chirriaban las bisagras orinecidas, crujía el maderamen reseco y habitado por cucarachas y madretierras invisibles, y caía al suelo el serrín de la polilla, aliada de la historia, reloj del tiempo de la muerte. Miraba en los interiores de su corazón que se agitaba como si penetrara en la pieza vedada de Barba Azul: su infancia.

Dos vivaces pajaritos cucaracheros corretearon por una varenga y desaparecieron por una alta rendija.

— ¿Dónde estaría ahora ese muchachito con quien viajaba de la mano por aquellos ámbitos? Allí seguía Judith sosteniendo, por los cabellos, la sangrante cabeza de Holofernes. Le regalaba pájaros de lindos colores, que silbaban maravillosamente. Entre el zinc y el tumbado habitan los búhos y los murciélagos y ponen miedo de cosa tétrica, sin serlo. "A veces nos dedicábamos a jugar a los casados" . "Los casados se besan y se esconden". Sonrió para sí. ¿Cómo sería ahora aquel chico? (Me agradaría verle de nuevo. Estoy segura de que se llamaba Mauro).

— Papá, dijo, ¿te acuerdas de ese chiquitín, que traías a casa para que jugara conmigo? ¿Quién era?

El la observó curiosamente antes de responder.

— Era casi un ahijado mío. Dicen que actualmente estudia en el Rocafuerte. Un muchacho bastante raro, por cierto. A veces, parece que me odiara. No sé por qué, — dijo enigmático.

En la noche del monte, la casa vacía adquiría ruidos no identificables. Otros sí, familiares, como digamos, ladridos que venían de lejos, el del ganado que rumiando con paciencia, mugía de vez en cuando, agorero, poniendo su nota de aprensión en las primitividades, y un montubio que cantaba un amorfino en las casuchas de la orilla. Casi no dormía. Vagaba sumida en una especie de letargo tibio. Claribel volaba entre desarticulados recuerdos más recientes, en su duermevela chocaba placentera con su friend boy despreocupado, alegre, sanóte y bien armado. Week end al pie de las fogatas sobre la playa seca del verano del hot dog con una coca cola en la mano buscadora y música de jazz en el alma. Reía y lloraba casi entonces sin saber por qué, tonterías, cuando penetraba Tommy Fuller. Eso sí era vivir sin saber dónde have a good time my child... Nada como vivir, con las mariposas que sueñan en las corolas amarillas y pintitas azules como estrellas errantes fasciculadas, rotas... temiendo esa mano se posó... como un ave en su hombro desnudo. Y el sobresalto en la oscuridad:

— ¿Que' pasa? ¿Quién es?

— Soy yo, nenita, no te asustes.

La voz de su padre adquiría un tono distinto, sofocado, extraño, pero acariciador.

— ¿Qué quieres, papá, a estas horas?

— Nada, hijita, sólo vine a ver cómo dormías...

La voz mantenía su tono enervante. La otra mano acariciaba ahora su rostro, produciéndole una sensación nunca sentida antes.

Aquella mano se deslizaba temblorosa sobre su busto mientras ella permanecía inmóvil, desconcertada. El hombre ya no hablaba y proseguía fuera de sí acariciando su cuerpo que parecía someterse obediente.

"Es igualita a Virginia, sus mismos pechos, su vientre, todo es igual".

Ella luchaba interiormente, sin que su cuerpo reaccionara. Su cuerpo no le pertenecía en absoluto. Posiblemente era propiedad de su padre y de su madre. Se debatía como en una pesadilla, en la cual los miembros se niegan a obedecer, son de plomo, de melcocha, son...

— ¡No, papá, no! ¡Por favor! ¡Déjame! Forcejeó violentamente para zafarse, pero "el otro" era muchísimo más fuerte y ya no escuchaba, se hallaba fuera de control.

"No soy el primero ni el último, que hace una cosa como ésta". Como decía mi compadre Pancho Sangurima. "Lo que se ha de comer el moro que se lo coma el cristiano".

Los perros seguían ladrando y aullando a la distancia.

La mañana asomó indiferente, igual que cualquier otra porque, en última instancia, nada importa a nadie ni a nada. Nada es trascendente, nada

pega, nada es importante, nada afecta al Todo. Nada es nada — dijo la ventana al viento. Sin mirarlo siquiera, una voz de látigo vino de lejos :

— ¡Hoy mismo me volveré a Guayaquil, en la primera lancha que pase! ¡No quiero que nadie me acompañe!

Gómez no sabía qué objetar. Por primera vez en su vida se sentía culpable, aunque una resaca de satisfacción se batía en lo más recóndito, un mar aplacerado en el nivel más bajo del aguaje. No era un remordimiento sino una indefinible desazón en la culminación de una carrera. Bella. Hermosa sangre de su sangre, carne de su carne. Como si siendo un hermafrodita perfecto pudiera poseerse a sí mismo. Recordó a ese Sangurima: un montubio primitivo, una bestia propiamente. Un señor tiene mayor sensibilidad. Nunca se vio a un carretero dopado ni a un peón morfinómano. A lo hecho pecho. ¡Qué caray! Hay que írsele por las buenas, por las chiquitas. Hay que amansarla, primero poco a poquito, esa es la táctica. Se ha puesto como las potrancas sogueadas. Fue una sola vez. Una es ninguna... Es mi hija, pero antes es una mujer, una linda mujer.

— Tus deseos son órdenes, Claribel. (Mejor llamarla por su nombre como si uno fuera el resentido, el verdadero ofendido).

Luego ella agregó como para terminar:

— ¡Y en cuanto a tu hacienda, puedes venderla! Por qué no pienso regresar más aquí ¿Sabes?

Aquel "¿sabes?" sonaba como un golpe de martillo en el remache de un tanque de bronce.

Solamente habían transcurrido dos días, y otra vez en Guayaquil. Se dijera un año, un año de vida, una eternidad torturante.

Aquellas casas de caña y madera hasta de cuatro pisos, "muy pintorescas", que bien podrían hacerlo sentir a uno en alguna ciudad asiática, con sus departamentos arreglados teatralmente y antihigiénicos, evidentemente; en cuyos escenarios cualquier día podría representarse una tragedia o una comedia de verduleras. Como una turista ingenua recién venida, salía a vagar. Miraba y fotografiaba a los vendedores ambulantes con sus negocios inverosímiles y minúsculos. Una invencible repugnancia se apoderaba de ella cuando veía a algunos hombres y niños del pueblo hacer, desaprensivamente, sus necesidades en la calle. En ninguna ciudad, de las tantas que conocía, había visto espectáculos impúdicos semejantes, a veces, a vista y paciencia de los guardias civiles. "Esto ya no es una cuestión de pobreza sino de educación" — comentaban algunos. Parecía que los guayaquileños estaban tan acostumbrados a estos espectáculos, que ya no le daban importancia a la cosa. Antes de ir al extranjero, a ella tampoco le llamaban mucho la atención. Vendedores que iban por allí con sus pregones ininteligibles, haciendo prodigios de equilibrio con charoles en la cabeza, burros cargados de verduras, carretones acarreando yerba para la propia acémila que los conducía. Llegaba en automóvil hasta los barrios suburbanos, donde la gente vivía y moría sobre el pantano. No en vano se decía que el índice de mortalidad infantil en el Ecuador era tan alto como en la India. Entonces sentía una vaga conmiseración por la gente del pueblo, la

misma que deponía en seguida. Ella no tenía la culpa de esa situación, naturalmente, y por consiguiente no debía preocuparse.

Su ciudad, un extraño colmenar donde todo el mundo quiere venderle algo a alguien. Tratando de olvidar, comenzó a frecuentar el club de *tennis* y allá jugaba hasta agotarse, caracterizándose por su fuerte *back hond.* Luego se metía en la piscina y permanecía en una esquina sin moverse largo rato.

Con la caída del sol, tomaba su convertible y corría desolada por la carretera. Semanas después empezó ya a asistir a fiestas y *pic-nics*. En ocasiones quería volver a ser pura, de una pureza asociada a su infancia. Entonces recordaba a Mauro y deseaba encontrarlo. ¡Ah, si él se conservara niño todavía...!

Don Manuel la dejaba divertirse, sin objetar nada, llegando a mostrarse complaciente con los festejantes que la acompañaban a casa a deshoras.

La presencia de estos jóvenes lo irritaba en el fondo, pero debía refrenarse para no disgustar a Claribel. Él se comportaba como quien dice "aquí no ha pasado nada", y hasta fingía sorprenderse cuando ella se demostraba indignada por lo de La Campana, ahora vendida ya, a una compañía norteamericana que proyectaba convertirla en una exclusiva plantación bananera. Cuando recordaba aquello, un punzante y obscuro deseo renacía en él, deseo que lo torturaba espantosamente, deseo unido a un sentimiento aprobioso. Claribel no daba oportunidad alguna para repetir su satisfacción. Aseguraba bien sus puertas y su pudor rayaba en una exageración, no exenta de ridículo, particularmente cuando se estiraba las faldas cada vez que tenía que sentarse frente a él.

Acostumbrado a tomar cualquier cosa por su voluntad, a poseer cualquier mujer sin esforzarse, bien fuera por su dinero, su carácter o su apostura, esta resistencia volvíase tan intolerable que, torciendo su discernimiento, la consideraba inexplicable.

Claribel lloraba en silencio por las noches. Odiaba a su padre por momentos, con odio asesino, aunque frente a él quedaba desarmada, sin voluntad. De intentarlo por la fuerza, volvería a lograrla. No tenía otra alternativa que tomar sus precauciones fuera de su presencia, atrancando la puerta por las noches. En ciertos instantes el odio recaía sobre ella misma. "Soy una despreciable degenerada"- se decía. Luego recuperaba su buen genio y su alegría de vivir y se olvidaba de eso, por una fuerte y profunda tendencia a olvidar las cosas malas, tendencia concurrente a su instinto de conservación. Ella poseía, además, muchas de las condiciones materiales indispensables para ser feliz con sus veinte años, que contribuían a reafirmar esta actitud optimista. Se comenzó a aficionar por las novelas de calidad literaria y los buenos espectáculos. Nuevas inclinaciones, la alejaron, un tanto, de las frívolas amistades de su círculo.

Empezaba a entender que lo sucedido era parte de un papel que le había asignado la vida y, por ello, no quería amargarla íntegramente, pero un vago temor a Dios, al castigo divino, le preocupaba para después de su muerte, seguramente lejana; más, una confianza en el perdón del Señor, ya que ella no era culpable de nada, la fortificaba. La doctrina adventista asimilada a medias en los Estados Unidos, neutralizaba su catolicismo, sin atinar a decidirse por una Iglesia u otra.

Manuel esperaba como al acecho, su nueva oportunidad. "Es cierto que, en algunos casos, la violencia es fructífera y, quizá más efectiva que el convencimiento. El castigo corporal puede ser o es sano y útil, más útil que el psicológico. Depende del sujeto. Y estando el alma ligada íntimamente al cuerpo, es natural suponer que el uno es influido y afectado por el otro. ¿Pero quién puede saber, exactamente, cómo reaccionan las almas? ¿O cómo reaccionan los cuerpos? ¿Quién?"

XI. MAURO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

No hay que mascar la hostia consagrada porque se mastica a Dios. Pero ¿a dónde va, de todos modos, la hostia consagrada? ¿Por dónde pasa? Nada como tomar entre las manos un ramito de palma bendita en un Domingo de Ramos y quedar a salvo de los rayos durante las tempestades eléctricas, aunque el bañarse en Semana Santa — jueves o viernes — pueda convertirlo a uno en bufeo o en cualquier peje. Seguro. Si como carne, me como la del Señor. Si escupo, lo hago a su divina Faz. Digamos. Si canto, me

alegro de su martirio. ¿Qué hacer para no pecar en esta semana? La mano izquierda pertenece al diablo, la derecha es la de Diosito. El color rojo solamente lo viste Satanás. Supersticiones. ¿Pero quién ha oído, alguna vez, a un cura predicar contra estas supersticiones?, preguntó Mauro. Yo, musitó el espejo, que desde el fondo de sus meandros inestables retrataba un trozo de callejuela que pasaba por esa

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Oyó:

— La derecha es la de Diosito... ¿Entiendes? Leyó:

"El hombre que cree en la obra maestra de la Divinidad..." No pudo asimilar mucho, debido a su desvelo de la noche anterior. Con alguna frecuencia se le estaba haciendo difícil conciliar el sueño. Divagaba sobre problemas metafísicos que no preocupaban a otros jóvenes de su e-dad, interesados más bien en divertirse intensamente que en quemarse las pestañas. O su imaginación, en otras ocasiones, vagaba sin freno hacia un quimérico futuro luminoso de realizaciones asombrosas y de grosera felicidad personal.

Asentó el libro sobre la silla y se rascó la mejilla con un gesto de preocupación. Este "Sistema de la naturaleza", del barón de Holbach. Si antes comenzó a dudar de la existencia de Dios y de todo aquello que había venerado en el campo religioso, ahora creía poseer ya una evidencia desoladora.

Se empujó con el pie y la hamaca osciló dándole un poquito de frescor. Oyó la tos de su padrastro que venía del taller. El alemán subió las prolongadas escaleras, sudoroso y cansado, pero de buen humor, expidiendo ese olor acre y especial que los nórdicos exhalan en los trópicos.

— ¿Dónde está tu madre?

("Su español es ya bastante bueno. Su acento extranjero, poco notable; solamente por este detalle se lo conocería "gringo". Para gentes poco observadoras, podría pasar como serrano"). Él ya se había acostumbrado a ese olor de su padrastro y no dio muestra de desagrado.

— Salió hace una hora con la niña, creo que fue a la iglesia a confesarse — contestó Mauro con aburrimiento —. Dice que tiene que dar infinitas gracias a Dios y por eso cumple con todas las fiestas de guardar.

— ¿Quieres chocolate? —, le extendió la caja de bombones que traía.

Era como para aplacar el fastidio de su entenado.

Tomó uno y, mientras lo desnudaba de su papel plateado, preguntó sin mirarlo.

— Oiga Kurt, ¿cree usted en la existencia de Dios?

El alemán se quitó la camisa empapada en sudor penetrante, antes de contestar.

Vio la cicatriz de guerra en el pecho. (Dos o tres centímetros más a la derecha y no existiría este padrastro, ni yo estaría aquí, naturalmente).

— No sé, dijo — si lo supiera a ciencia cierta, sería el hombre más feliz del mundo. De lo único que estoy seguro es de que, en caso de existir, no tendría forma humana, y no gobernaría para cada uno de nosotros, sino por medio de leyes generales, donde todo puede acontecer a todos, sin distingos de raza, de méritos, de pecados o virtudes. Yo no veo que se preocupe de otorgar premios y castigos a nadie. Si así obrara, no, no andarían en el mundo tantos pillos y criminales gordos de felicidad, de dinero, de bienes materiales y de honores. O tantas gentes buenas honestas, inteligentes, sencillas, sumidas en todas las desgracias. Parece que este mundo está hecho solamente para la iniquidad. Bueno, quiero decir que Dios no existe, por lo menos en el sentido que damos a la palabra existir. No es un objeto susceptible del conocimiento humano, como el sol o la luna, digamos. No es el principal habitante del Cosmos, pero el hecho de que nos preocupemos por él, nos hace dudar y es una prueba de que está actuando sobre nosotros mismos.

— Pero entonces, ¿significa que El, no se interesa por cada uno de nosotros?, preguntó el joven.

— Siendo tan infinitamente poderoso y tan vastos sus dominios, no podría ocuparse de un ser tan insignificante como lo es un hombre en relación con el Universo. Tampoco puede ser inteligente, porque no tiene problemas que resolver, ni puede crear nada, porque para El no existen el tiempo ni el espacio donde se ubican las cosas.

Mauro discurrió más confundido que antes, mientras Kurt entró a tomar una ducha. Bajo el ruido de la regadera de agua su voz entonaba:

O Tannenbaum, o Tannenbaum,

wie grún sind deine Blatter

Du grilnst nicht nur zur Sommerszeit

nein, auch im Winter, wenn es schrneit.

O Tannenbaum, o Tannenbaum...

Una canción navideña. Sorprendente sólo por el hecho de que él conocía esa música desde que estuvo en la primaria, pero con una letra tan diferente, que sonaba ridicula:

"Oh naranjal, oh naranjal.

cuan verdes son tus hojas...

no cambian nunca de color

ni con el frío ni el calor...

Oh naranjal, oh naranjal..."

¿Qué relación tendría el pino con el naranjo?

Claro estaba, ahora recordó haber oído que esas canciones escolares fueron traídas al país por la misión pedagógica alemana que contrató el general Eloy Alfaro con el objeto de organizar los colegios normales del país. Luego, volvió a lo que más le preocupaba:

"Mi padrastro es hombre interesante, sin duda. Quiere ganarse mi afecto".

Cuando salió del baño, talqueado y con una toalla alrededor de la cintura, el joven regresó a la conversación primera.

— Pero mi constante pregunta es: ¿Para qué Dios nos puso aquí? ¿Qué espera o qué piensa de nosotros?

— No puedo responderte a esas preguntas, hijo. Creo que nadie podría hacerlo.

— Bien — dijo Mauro, dándose importancia — yo también tengo mis ideas acerca de Dios. Lo identifico con el tiempo, porque es lo único eterno e invariable, aunque para el ser viviente el tiempo no sea más que su impulso vital. El tiempo termina cuando uno muere y, por supuesto. Dios también muere con uno. Pero El renace constantemente en cada hombre nuevo que aparece. No sé si este modo de pensar me lo habrá sugerido alguna lectura, pero me parece lógica.

— Nada es absolutamente original: "Nihil novum sub solé " remató Kurt.

— ¡Ah! Esa frase del Eclesiastés no me convence, porque todos los días podemos ver algo nuevo debajo del sol.

— Puede lleves razón en eso, hijo. ¿Te gustaría estudiar Filosofía y Letras?

— Francamente, no sé para qué.

— Podrías ser un catedrático y enseñar en un colegio.

— Bueno, la verdad es que todavía no descubro mi verdadera afición. También podría estudiar Derecho.

Kurt entró a reposar en su habitación. Su tos se oía de vez en cuando. Ya nadie, ni él mismo, se preocupaba de ella. Como para aliviarse, se puso a fumar su pipa. Mauro siguió meciéndose: rae, rae, rae...

Cuando su madre lo convenció de ir a vivir con ellos, ya su voz estaba masculinizándose. Él no lo notaba sino cuando la gente se reía de los gallos que escapaban de su garganta. La repugnancia a admitir el hecho de tener padrastro fue vencida por el atenuante de que el alemán era amable y generoso con él. Mejor que su propio padre, quien no podría ser calificado de malo sino de mujeriego y despreocupado. No lo criticaba mayormente porque no despertaba en él mucho afecto. Coincidían en que los dos eran descreídos y bastante cultivados, aunque no sistemáticamente. Nunca tuvieron oportunidad de asistir a las universidades. La vida, el medio y las lecturas los habían moldeado en formas diferentes. Kurt poseía una respetable biblioteca, en alemán y en español, y de allí tomó aquel raro libro de Holbach, que lucía una edición antigua, perforada por las polillas, pero

legible. Decían que los jesuítas compran en masa libros anticatólicos para hacerlos desaparecer del mercado. Así evitan que uno se instruya donde ellos más peligran. Seguramente este ejemplar se ha librado, por milagro, de alguna razzia.

La madre dijo: "Quiero compensarte por lo que no te he atendido tantos años". Volvió a sentirse como un niño desvalido, casi huérfano. No respondió nada. Reflexionó si es que le era preciso resarcirse de la falta de cariño materno, ahora que se sabía adulto. La decisión se apresuró. Chocó con la abuela, cuyo carácter se había agriado más con los años. "No puedo seguir siendo tratado como un niño. La buena señora insiste en obligarlo a rezar". Tal estado de rebelión lo conduciría a odiarla, posibilidad que le repugnaba. "Hay que ser tolerantes con la gente de uno, así que lo más cuerdo será separarse del antiguo hogar". Toda prevención contra su padrastro quedó eliminada cuando se graduó de bachiller. Por vez primera recibió una fiesta de los suyos, en un ambiente de clan muy cerrado. Lúe una cena agradable, estuvieron todos, hasta Joaquín con su tímida mujercita. Se olvidaron las rencillas, se repitieron los mismos chistes relativos a los parientes y se rememoraron hechos, chismes y anécdotas de gentes allegadas. El alemán escuchaba con atención benévola sobre cosas y personas que desconocía, y por ello sonreía condescendiente, en ocasiones accesibles a su leal entender. Mauro, volvía fijar su atención en él, no le parecía ni mejor ni peor que otros ecuatorianos. Era simplemente diferente en su aspecto, tal vez en sus costumbres, notablemente modificadas y adaptadas a este medio ambiente. En suma, no parecía ya un extranjero, salvo por un algo indefinible y el ligero acento gutural. Así, pues, la convivencia con él se le hacía cosa normal y hasta agradable, nada del otro mundo aunque fuera "gringo".

Olvidaba su propia hibridez, que en su pubertad lo atormentaba. ¿Qué carrera tomaría? ¿Derecho? ¿Ingeniería? ¿Medicina? Decían que en ésta, el primer año es duro por el memorístico aprendizaje de la Anatomía, y asqueroso por tener que manipular con cadáveres. ¿Ingeniería? El no era fuerte en matemáticas. ¿Leyes? Quizá. Las leyes no siempre reflejan la justicia de las relaciones humanas. "Viajar, vagar como papá, sería agradable, pero hay que pensarlo, Mauro". Por otro lado, si alguien creyó alguna vez que podría enrumbarse hacia los negocios, sepa que a él le asqueaba el engaño, la explotación, el fraude, y por ello había dejado de concurrir a la barraca del mercado. en ayuda de su tío Roberto. El que ahora se entendía con aquello, casi absolutamente, era el carretillero Juan California, tipo que le inspiraba desconfianza. La fresca hamaca de mocora paró de oscilar y una laxitud extraña lo invadió. Un violento deseo de mujer lo quemaba bajo el pantalón. No por una mujer en particular, sino por un ente material indistinto. Necesidad urgente. Por la noche iría al "barrio" a ver que se podría hacer por el cuerpo. No sería la primera vez, aunque las prostitutas lo asquearan y lo deprimiesen. Mecánico y sórdido. Nada tenía que ver con el amor. Hacer aquello con amor debía ser la gloria. Cuando no era alguna mujer de la vida, tenía que ser alguna sirvientitia de la casa, y entonces el acto mejoraba un tanto. Con las mujeres públicas, siempre es un acto absurdo y desagradable al final, y peligroso, además. No faltaba alguna "meca" que se aficionara de su juventud. "Esta palabrita ¿ven dría de mecánica, o de que todos van a la Meca? Más a-certado sería llamarlas mujeres de "conducta definida". Difícil es olvidar la primera vez, aunque

hayan pasado los años. La muchacha dormía profundamente en el cuartucho de la servidumbre. Gatear. Andar. Andar como los gatos, sin hacer ruido en la oscuridad, o reptar como los lagartos en la noche que quema como el sexo. El asunto está en que no se den cuenta y no se vayan a despertar, y atreverse, aunque el sexo esté íntimamente ligado a la idea de ese Dios, que todo lo vigila y juzga, más por este pecado que por cualquier otro. Pero una poderosa fuerza oscura hace olvidar la presencia y su esencia y el mismísimo temor, porque es el acechante demonio que de todos y de todo se burla y anda a caza de cualquier debilidad humana. Cuando se acercó, temblaba ridiculamente, pero había que hacerlo; otros muchachos menores que él ya habían tenido sus experiencias.

("¿Duele mucho? ¡Claro, que duele! ¿qué te crees, idiota?").

Entonces su terror se triplicó. Se perdería de una manera irremisible y sería condenado por ese pecado abominable. Castigado, además, por su terrible abuela como si fuera un pequeño todavía. Él no tendría valor para rebelarse, y encima de eso: ¡dolía!

La cholita se despertó malhumorada, con una especie de quejido.

Luego al palparlo y reconocerlo, refunfuñó un poco y después dijo: "¿Qué quiere aquí, niño Mauro? Hable. Diga".

En verdad, ¿qué quería? Se metió en el camastro de ella y le susurró ¡shissht! Allí permaneció largo rato, sin saber qué partido tomar... Si el de ella o el de la puerta. La chica se había vuelto a dormir cansada de esperar. Hilda se llamaba. Sí, Hilda, muy sencillo. Ya no temblaba, pero estaba desarmado. Optó por volver a su cuarto, asustado todavía de su propia audacia.

Al día siguiente la muchacha lo miró intrigada. El, avergonzado. En la primera oportunidad, Hilda le dijo con voz profunda y desconocida, era una voz grave, absurda para una chica. "¿Va a venir otra vez esta noche, niño?"

El bajó la vista, pero en la altanoche volvió en puntillas. Llegó y entró. No dolía tanto como dicen, e Hilda era expedita ya. Los otros muchachos exageran, sin duda.

Había recibido ciertas instrucciones al respecto de sus más íntimos amigos. Empezó a moverse con tal violencia y velocidad, que el viejo y débil piso de madera vibró seguramente, porque oyó la voz de la abuela que gritó: ¡temblor! "Parece que sí, — dijo Delia — pero es un temblor muy leve y muy raro".

Hilda lo abrazó fuerte para frenarlo. "Así no se hace, lindo. Despacito, despacito".

Hay que reírse de la torpeza inicial en el nudo del recuerdo.

El bienestar. Se sentía cómodo en esta casa de su padrastro, mejor que antes en la otra, disfrutando de relativa abundancia y buen trato. Con un estremecimiento de terror abordó la certidumbre de que no quería, de que no podría soportar otra vez la miseria, la estrechez y ciertas cosas sórdidas de su infancia.

Hay que asegurarse de alguna manera para no retroceder. ¿Adquirir una profesión? ¿No demanda demasiado estudio? Hay que reflexionar, calcular, prevenir, ser precavido como la hormiga de la fábula. Muy joven para entrar en tales cálculos. Desde la perezosa, entreveía la calle a través del enrejado.

El crepúsculo caía de prisa, poniendo en el alma de los hombres y en las cosas un halo de misterio cósmico. Le pareció que un deseo de comunicación, en aquel claro-oscuro, surgía entre hombres y mujeres, antes desconocidos entre sí. Recordó al sobrio Roberto y a ese vagabundo de Juan California que bien le podría jugar una mala pasada a su tío. Este fulano ahora se sentía importante y dueño del negocio sin serlo y, seguramente, se hacía sus rebuscas de la plata de la venta. Bien que había ayudado mucho por un deseo aparente de colaboración amistosa; pero la gente cambia, y la codicia, al fin y al cabo, va perforando el alma como una polilla. Viéndolo objetivamente, carecen de gracia los chistes que cuenta aquel tipo.

— Mauro. La voz del padrastro lo sacó de su marasmo.

---¿Qué?

— Me había olvidado de contarte algo.

El alemán tenía un vaso de limonada en la mano y lo miraba con benévola malicia bajo un foco de luz de 50 bujías, con una expresión que no le conocía antes. El, que siempre parecía tan sencillote.

— ¿De qué se trata?

— Pues verás, desde hace algún tiempo, está viniendo al taller una chica muy guapa, luciendo un hermoso peinado, llega para hacer revisar su auto. Parece que en uno de estos días me ha visto hablando contigo, porque esta tarde fue de nuevo, con el pretexto de hacer examinar un ruido raro que dizque tenía el motor, y entonces me preguntó: - ¿No se llama Mauro Lemos el joven con quien iba usted, anteayer por la calle Sucre, a eso de las doce y media?

Mauro se incorporó intrigado, y lo ganchos de la hamaca chirriaron.

— No le creo — dijo, con voz cambiada, con voz de otro, dubitativo y ansioso.

— No tengo por qué mentir — dijo Kurt, mordiéndose los labios.

Luego agregó: — Bueno, yo le dije que eras como mi hijo y que vivías aquí conmigo. Entonces ella me pidió que te saludara en su nombre.

— ¿Cómo dijo ella que se llamaba?

— Claribel.

Después de cenar salió cuando un reloj público daba las 9 de la noche. Desde que vivía en casa de su madre respiraba un ambiente de mayor libertad. Su pensamiento y su acción eran más atrevidos que nunca. Podía fajarse a golpes con cualquiera, o abordar cuestiones intelectuales arduas y espinosas. Antes, el solo imaginar que podría volverse a encontrar con

Claribel, seguramente hoy convertida en una orgullosa niña bien, lo preocupaba.

Bien sabía que estaba de vuelta, pero no había pretendido verla por no sufrir un desaire que enturbiara y amargara para siempre el recuerdo dulce y cristalino de esos días de niñez en La Campana. Pero el insólito recado que le trajo su padrastro, fue como una voz alentadora que venía desde esa memoria primera, que probablemente decía:

"¿Por qué no me has buscado?" A lo mejor, era una muchacha sentimental y no frívola, según le informara tía Ruth, la moabita, como llamaba ahora. Por lo menos, de esa frivolidad se había quejado don Gómez. Y pensar que, a lo mejor, tendría que ir a trabajar algún día en sus oficinas. Posibilidad desagradable, pero una posibilidad al fin. Toda la vida no voy a pasar a costilla de mi padrastro.

El pavimento de las calles se convertía gradualmente en tierra, pasando por el rojizo y nada compacto cascajo extraído del cerro del Carmen. La luz eléctrica desmejoraba, a medida que penetraba hacia los barrios malos del placer. Sombras ominosas, trabadas quizás, o alcohólicas, pasaban junto a Mauro, quien no les dispensaba atención alguna. Observaba las colas de hombres con las manos en los bolsillos, esperando turno junto a alguna puerta cerrada. En otras casuchas, en el umbral de aquellas puertas, varias con focos verdes, oscilaban en el péndulo desaforado de la hamaca, un par de piernas engañosas, que a veces correspondían a estropeados guiñapos humanos, que no ganaban al día ni para mal comer.

--- ¿Por qué hay tantos hombres en fila frente a ciertos cuartos?, preguntó a un sujeto de facha amigable.

— Porque allí están "las nuevas", las que recién se han tirado al bandalaje, y echó la colilla del tabaco por sobre el hombro de su interlocutor.

De una ventana que se abrió, arrojaron una lavacara llena de agua de permanganato, que por poco baña a los dos. (¡Y vaya las caras que lavaba esa jofaina!)

Mauro deambuló un rato más por el barrio de La Victoria, pero no vio ninguna "mujer de conducta definida" que le interesara, como en otras ocasiones. No obstante, sabía que era el mismo elemento de siempre. Escuchaba con atención a estas gentes que se saludaban alegremente con una simple mentada de madre, y nadie se ofendía. Así era en toda la ciudad, hasta entre los mismos estudiantes el "hijo e' puta" había perdido su significado ofensivo, para transformarse en un saludo, en una interjección admirativa y hasta cariñosa, si se quiere. Nunca podría comprender esta evolución singular del lenguaje porteño. Sin saber cómo, se encontró pensando de nuevo en Claribel y se dirigió al Malecón.

Estuvo un rato parado en frente de aquella vieja mansión de rancia elegancia, que se resistía a sucumbir entre los recios y esbeltos edificios de concreto. Pero no vio nada. Las luces estaban ya apagadas.

"Mejor sería llamarla por teléfono".

El capitán Stone pasó junto a él. Lo miró sin reconocerlo. Se lo veía viejo. Muy viejo. Quiso hablarle, pero ¿con qué objeto? Lo dejó seguir... Dejó pasar

a la incongruente momia de su sino, aquella mano involuntaria y ciega, que dizque hizo que parece obró que de mala fe que aparece, que renace que nos llega que todo que insensible que atormenta que atropella que escribe la sentencia...

XII. Delia

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

La puerta gobernando siempre. Alguien, imprudente, la ha dejado entreabierta, apenas junta. El olvido, siempre el olvido. Las plantas están ávidas de lluvia. El invierno llega retrasado perjudicando las cosechas. Plantas anhelantes de humedad que cuando son regadas, se embellecen como las mujeres. Mujeres como plantas resecas reverdecen con el invierno tropical, aunque venga retardado. Y el asunto crece, crece irremesiblemente. Porque ¿de qué se alimenta el espíritu para sobrevivir? De casi nada, dijo. Por ejemplo, de veinte minutos de silencio colocados frente a un espejo. En el espejo se refleja nuestra alma y se desdobla. A través de la ventana vemos algo del espíritu de los demás y el paisaje en que medran. En el espejo se posan las moscas, dejando marquitas, sus caquitas en el alma del mirón de la evidencia que sigue creciendo y hay que rendirse sin inyecciones ni pastillas. No hay caso. Y su voz que se revolcaba en un charquito de sangre todavía con energía añeja decantada en

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Algo veremos desde aquí... Aunque sea la periferia. La puerta gobernando siempre.

La casa quedó casi vacía porque la cocinera había faltado aquel día y doña Luz estaba fuera, de compras. ¿Y Roberto? En su negocio, seguramente.

Delia sacó la cabeza por la ventana y se recreó mirando el tráfago callejero.

Chusca la manera de caminar de algunas gentes. "Los rengos son los más graciosos, aunque apena verlos y avergüenza burlarnos de ellos". ¿Cómo caminaré yo misma? Luego, se miró en el espejo con limitada acrimonia: un rostro sin gracia, un pelo rojizo y estirado a fuerza de brillantina. Trató de sonreír y sólo le salió una mueca de antipatía Era fea. Tal vez no tanto. Pero fea... parece. Fealdad exagerada por la frustración.

La huelga: la recordaba vividamente, con esa emoción alentadora de los sucesos optimistas de la vida. Un sentimiento de solidaridad para con otros compañeros de trabajo a quienes apenas si conocía de vista, y gracias. Sí, te he visto. Sí, me acuerdo. Y si te he visto, no me acuerdo. Cómo no me voy a recordar.

Había hablado con ellos como si hubieran sido sus amigos de mucho tiempo atrás. Aunque en casa, el zoquete de Roberto no se cansa de advertir constantemente que las mujeres no deben meterse en política, porque la mujer ha nacido sólo para el hogar y nada más que para el hogar. Aquí dentro bulle un bichito de rebelión que ayuda a seguir viviendo y que pone fuera de sí cuando palpa la injusticia. Nada tan inicuo como quererle rebajar el magro salario en la fábrica El Triunfo, a esa pobre gente que vivía en miserables casuchas de guadúa, sobre sucias calles que ella misma muy bien había conocido antes, entre charcas lamosas y putrefactas, criaderos de mosquitos, covachas y conventillos habitados por miles de gentes famélicas que se disputan groseramente la única ducha del patio, o el único excusado mal oliente. Covachas y promiscuidad, y ratas apestadas que se pasean entre las piernas. Picaduras de chinchorros que ponen huevos de muerte en el corazón. Pulgas, piojos, chinches y hambre. Era una vida detestable. Vida... (?) Una vida prisionera del silencio y la desesperanza. Y por eso, era necesario hacer algo para enderezarla. De primera instancia no se podía permitir que les rebajaran sus modestos salarios. Los más sumisos estaban dispuestos a aceptar, pero no así la mayoría. Ella entre los primeritos, fue elegida secretaria de actas, lo cual la hizo sentirse una mujer importante y responsable, casi una señora, aunque no conociera hombre, lo que dicho sea de paso, la volvía solterona. Claro que su cuñado Ovidio la rondaba, la cortejaba, le arrastraba el ala. A veces es bueno dejarse conducir por las circunstancias y ver lo que sucede después, porque no podemos estar planeando siempre las cosas. Planes bien ajustados y fallosos.

¡Ah!, pero la huelga fue un acontecimiento tan grande en su pobre existencia como para olvidarse momentáneamente de los pequeños problemas personales o familiares, aunque, si bien se mira, resultaban indispensables para su vida. Pero ese reclamo, esa actividad insurreccional por los elementales derechos, podía pasar, eventual-mente, a segundo plano, cediendo su turno como en una cola ante la boletería de cine en día domingo. Recordaba en primer término, a los compañeros que se apoderaron del local con una decisión insospechada, resueltos a todo lo peor. La policía intentó desalojarlos rompiendo las puertas, más tuvo que replegarse en espera de refuerzos. Como si fuera hoy, ella misma arrojó desde una ventana un tarro de negro y espeso aceite sobre un oficial. La cosa se ponía casi tan divertida como un carnaval... Un carnaval de sangre y sangre, porque cuando regresaron los chapas dispararon sus armas y mataron al encajetillador e hirieron a tres más. Al entrar, repartieron

sablazos a troche y moche. El encajetillador se llamaba Fidel Barzola, — pero qué importa un nombre — sólo después de muerto ella vino a saberlo. Antes, no se había preocupado por el nombre de casi nadie en la fábrica. Aquel obrero estuvo largo rato desangrándose con un tiro en la ingle. "Déjenlo que se muera" — dijo un oficial.

— "A estos socialistas hay que dejarlos morir como perros". "Después de todo, ya no tiene remedio" — comentó un chapita, condolido. Tomaron algunos presos, y a las mujeres las mandaron a sus casas. El mismo oficial le dio una fuerte nalgada a guisa de despedida. En medio de la indignación, aquel golpe quemante la distrajo y aminoró un poco su rabia, y pensó por un momento en Ovidio, sin atinar a explicárselo. (Bueno, no hay que darle vueltas, seguramente soy una solterona. A esa chapa deben haberle provocado mis nalgas... tienen algo de atractivo, son gorditas. Sí, claro, así les gustan a nuestros hombres. Son las que hacen la propaganda...)

Bueno, ¿pero qué cosa son los socialistas? Otra vez... Vagamente. (Tengo que preguntárselo a Maurito que vive sobre los libros. O mejor será leer los mismos libros, porque si únicamente se atiene uno a lo que dicen los diarios no se puede sacar nada en claro). Notaba a leguas que los periódicos deforman los hechos y mienten sobre muchas cosas. O también preguntaríale a Ovidio que era bastante instruido. La próxima vez que lo viera, — que sería pronto — porque cuando desembarcaba se daba mañas para encontrarla y la invitaba al cine. En los comienzos no lo aceptaba, pero después de aquel bailecito no podía negarse, hasta que en la penumbra de una confusión vespertina la manoseó y la besó. Confundida, sí, eso era, confundida. La moral, la religión, las buenas costumbres, el qué dirán: "Vive hasta con el marido de su hermana". ¡Qué escándalo! Aturdida, no podía entender bien lo que él insinuaba a la salida. Se lo imaginaba sí, con esa certeza instintiva, pero no oía. Debían ir a alguna parte, a algún sitio discreto... Confundida.

Ella volvió a su casa y soportó un insomnio de varias noches. Este cuñado era terrible, pero... desapareció por espacio de un año, dejándola lo que se dice picada. Ovidio volvía intermitentemente a la carga y otra vez la dejaba inquieta. Como si algo lo detuviera para proseguir, y ese al- j go parecía confirmar lo poco atractiva que el espejo la denunciaba. Si hasta daban ganas de ponerse a llorar, hombre. Desde que Mauro se fue a vivir junto a su madre y su padrastro, la casa parecía más vacía, y Delia añoraba a su sobrino, porque con él podía hablar de muchas cosas. En ocasiones era un chico tan despierto. Si hasta fue su compañerito para ir a la fábrica. Sorprendentemente, en los últimos tiempos, se había convertido en un joven taciturno y rebelde, pero lo seguía queriendo como si aún fuera el niño que acunaba, haciendo las veces de madre. Debe ser hermoso ser madre, debe ser hermoso. Pero hoy se sen- \ tía absoluta y cósmicamente sola, conflictivamente sola.

Para tomar una ducha, comenzó a desvestirse junto a la misma ventana. Con movimientos rápidos de sus pies se descalzó, luego se quitó la falda y la dejó rodar con descuido. Era divertido observar cómo la miraban algunas personas de la calle, sin que se percatasen de que se estaba desnudando por abajo, quedando sólo con una blusa de color rosado. Estaría cómica en esa facha...

¡Si solamente se sacara una lotería de cien mil sucres! (pero para sacarse la lotería, primero hay que comprar el número). Con un premio gordo sí que encontraría novios al escoger, porque todo el mundo es interesado y la plata nos embellece y nos colma de dones imaginarios. ¿Por qué tiene que ser así? Hay muchos que anda mal en este puerco mundo. "Pero por lo mismo ya no deseo morir, sino luchar" — dijo el sufrido corazón ardiente.

Dos suaves y poderosas manos le cubrieron los ojos viniendo desde atrás. No ver, ni oír, morir dulcemente... Un cuerpo fuerte y cálido se le pegaba a la espalda y un grito de susto salió de su garganta. Era un hombre sin duda. Temblaba como si tuviera el escalofrío que anuncia la fiebre malárica ante el enemigo que evidenciaba por atrás tanta rigidez. Distraída, mirando a la calle, no había visto entrar a nadie, ni sentido paso. Mejor era pedir auxilio. Pero parecía que el hombre no se proponía nacerle daño. ¿Daño? ¿Qué clase de daño? El nombre comprendió el espanto de la mujer y por eso preguntó con voz tranquilizadora:

— ¿Adivina quién soy?

Al reconocer esa voz, su nerviosidad aumentó, sufriendo una variación debilitante que la dejaba como vacía. Quedó sólo el ritmo de su corazón acelerado hasta el punto de ser escuchado por los dos. No existía cuerpo ni mente. Apenas el corazón palpitando en el aire. ¡Era él!

— ¡Suéltame, Ovidio! — murmuró con voz velada, como para no hacer escándalo.

Con un cariñoso pero resuelto movimiento viril la besó en la nuca, detrás de la oreja, y entonces ella sintió un temblor voluptuoso que la recorría toda. Ovidio la besó luego en la boca, después hizo viajar su sabia y experimentada mano por el bajo vientre, y la volteó sobre la cama. Por mero formulismo femenino, ella trató de luchar a sahiendas de que, por fin, su hora era llegada. "No permitas. Dios mío, que sobre mi caiga la afrenta de morir virgen". Momentáneamente reflexiono que había invocado el nombre de Dios, de tanto oírlo en casa, pero un breve y agudo dolor la hizo volver a lo que estaban, sobre la mullida cama de la vieja, cubierta con el último petate chino que quedaba.

— ¿Y ahora? — preguntó anhelante Delia — ¿Qué piensas hacer? Pronto me van a notar en casa; esto no se puede esconder.

Luego dirigió la mirada hacia su propio vientre:

— Esto crece sin remedio. Era una acusación gozosa la que se hacía.

Ovidio se sumió en reflexiones antes de contestar. Por vez primera se sentía responsable de algo, ya cerca de los cincuenta años que no afloraban a su rostro.

Las hojas de los almendros del parquecito se mecían con la brisa vespertina, haciendo caer los frutos, delicia de los niños. Un pequeño limpiabotas recogió una almendra y luego se sentó frente a él en el suelo, como compeliéndolo a aceptar sus servicios:

— ¿Le lustro los zapatos, jefecito?

— ¡Lárgate!, le dijo agriamente.

El chico descalzo se levantó sin resentimiento, y se encaminó silbando hacia otro posible cliente, con la indiferencia que otorga la costumbre de recibir malos modos.

Delia comenzó a sentirse incómoda. Aquella situación apremiaba. Ovidio no tomaba una resolución adecuada. En último caso tendría que irse de la casa, tal vez, a vivir con Ruth o con Elvira, o mejor con una amiga, porque el golpe para su madre sería tremendo, aunque éste ya hubiera soportado otros similares provenientes de las demás hijas. A ella, como que era la más chica, no le perdonaba nada y la torturaría hasta hacerla reventar. Pero una felicidad secreta y profunda, antes desconocida, le subía de las entrañas, proporcionándole ánimo optimista y atenuando tribulaciones. Había cumplido con su destino de mujer y cumpliría a carta cabal su función maternal. En ello no cabía dudas, porque de aborto, como le había dado a entender Ovidio, ni hablar. No podía ni siquiera tolerar tal idea.

— Bueno, — dijo al fin él — no queda otro remedio más que nos salgamos a vivir juntos.

— ¿Casados?

El hombre cayó de nuevo en el mutismo y se miró la punta de sus zapatos, descubriendo que, en verdad, necesitaban una lustrada. Buscó con los ojos al muchacho embolador, pero ya había desaparecido. La noche tropical caía sobre la ciudad atropelladamente.

— Mira, querida — dijo al fin Ovidio — , yo soy un hombre sin dinero y un aventurero, como tú sabes. Nadita me gusta el matrimonio. Y sin plata la cosa está fregada.

— La plata no hace la felicidad — dijo ella enfáticamente.

— Cierto que no hace la felicidad, pero hace... falta, respondió en tono chusco.

Ella sonrió casi sin quererlo, y luego agregó:

— Sólo te pido que te cases momentáneamente conmigo, que luego te daré el divorcio. No quiero que mi hijo sea ilegítimo tendría dificultades en la vida.

— Bien, dijo él con un acento derrotado — si es con esa condición, nos casaremos. (Tener que caer otra vez en la misma familia, es tonto, pensó. Siempre, tenemos la tendencia a cometer los mismos errores).

Ella le apretó la mano con tierna desesperación. Ovidio, antes un hombre activo en la conquista amorosa, se dejó acariciar mansamente y el cuerpo cálido y femeninamente túrgido se sobajeó contra él.

— ¡Así era como los quería encontrar! ¡Desgraciados!

La sombra que habló estaba de pie, frente a ellos, contra la luz.

Aquella voz amenazante los sacudió hasta el cogollo.

— ¡Roberto! exclamó Delia.

— ¡Sí, yo soy, gran perra! Hizo una pausa como para serenarse. Luego agregó como explicándose, y con la mano diestra siempre metida en el bolsillo de la americana de cáñamo:

— Veo que California no me mintió. Mi cuñado y su cuñada. ¡Muy bonito!

¿Cuánto tiempo hace que vienen entendiéndose y manchando el honor de la familia?

Ovidio hacía esfuerzos para no sulfurarse. No se movió del asiento, porque viéndolo bien el muchacho tenía razón desde su punto de vista. Aunque en su lugar, no hubiera promovido tanta bulla. Hacía tiempos, allá en su pueblo, cuando su hermana Teresa dio aquel "mal paso", él no se había dado ni por aludido. Pero eso era Ovidio. Todos no podemos pensar igual...

— Usted — agregó Roberto, señalándolo — sólo se ha dedicado a hacernos daño toda la vida. ¡Pero hasta hoy has llegado, infeliz!

Eso de ser amenazado, ya pasaba de castaño a obscuro. Podía tolerar impasiblemente cualquier cosa, menos eso de ser amenazado por un hombre. En esta transición del usted al tú, venía la gravedad de la situación.

Era hora de responder y por ello se irguió con los puños cerrados.

— ¡Ándese con cuidado, mi amigo!

Roberto sacó rápidamente una navaja que le proporcionara el mismo Juan California, "para que te defiendas". Sonó el resorte con un ominoso tic, brotó la hoja relampagueando como por arte de magia, y con un golpe certero se la clavó en el vientre. El herido se dobló, llevándose las manos al sitio abierto, y cuando el agresor se disponía a asestarle otra puñalada en la espalda encorvada, intervino desesperadamente Delia, desviando la fraterna mano asesina. No hubo grito alguno, pero varias personas acudieron:

— ¡Algo pasa allí!

Se amontonaron en seguida, saliendo de donde menos se las esperaba.

— ¡Policía! ¡Policía!

Roberto apretó con mayor vigor el arma y se quedó petrificado, pero cuando alguien quiso echarle mano, se desprendió con violencia amenazándolo con el fierro. Optó por huir sin correr. No veía chapas por ningún lado. Si algún particular se atrevía a detenerlo, lo pasaría mal. Pues, "parece que comprendieron los entremetidos", se dijo.

Ovidio fue sentado en el banco por los acomedidos.

— No es nada — decía con entereza y disimulando el dolor con una mueca que pretendía ser sonrisa, pero la sangre salía tibia, bajando delatora, alarmante y oscura sobre la ropa blanca.

Delia regresó para embarcarle en un taxi y requirió ayuda, sin dar muestras de mayor alteración.

— Es valiente la señora, ¡eh!

El herido fue llevado al carro.

— Vamos a la clínica Guayaquil — ordenó ella.

Mientras el coche se alejaba, se oía la voz del rapazuelo limpiabotas buscando clientes: ¡Lustre! ¡Lustre!

XIII. RUTH

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

El tiempo ha huido de su corazón de venada descarriada. Ya el río llegaba al punto del estiaje. Las aguas se habían secado sin fecundar ribera alguna. Todo había sido inútil. Ella miró en la esfera de su reloj pulsera que él le obsequiara, breve testimonio del presente y del pretérito. Frágil puerto entre el pasado y el futuro, que son los únicos que en verdad existen en los arenales del tiempo anfractuoso donde la fe se hunde sin remedio. Se hunde, se hunde, se hunde.... Se hundió. No sé si ya les conté lo mismo anteriormente en la esfera de mi viejo reloj hereditario colgado en la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Miró sin querer la esfera. Pero no podemos verlo todo, aunque nos esforcemos.

Ruth... (En la radio se oían los compases sincopados de una rumba).

¿A quién se le ocurriría ponerle tal nombre? Ni era judía ni llegaría a casarse nunca con el acaudalado Booz, ni tendría hijos de él, aunque hubiere espigado en sus campos. Reflexión disparatada, porque nadie repite la historia de su propio nombre. Era solamente una mujer de mala fortuna. "Una querida no es más que una querida, a quien todo el mundo crítico y destroza, y sobre la cual se vierten cosas denigrantes que están más allá de una sucia conducta, porque nadie entiende las necesidades de una. Todos tratan de atacar sin mirarse primeramente en el espejo... Todos arrojan la primera piedra, la segunda, la tercera, la enésima por la ventana".

Si bien era verdad que Manuel Gómez la mantenía con relativa holgura, ella vivía muy sola, últimamente. El viejo decía estar siempre muy ocupado con los negocios y la política, sin entrar en pormenores, ya ni siquiera se interesaba en practicar con ella sus costumbres raras y dolo-rosas que, por íntimas, una no puede andar contándolas. Ella no se enteraba de nada. Todas las atenciones se concentraban ahora en su hija, vuelta de los Estados Unidos. Notaba que adoraba a la chica. Los temas de conversación derivaban casi siempre en ponderar su belleza y su inteligencia. Parecía quererla más de la cuenta, lo cual no era extraño siendo su única hija.

En ocasiones Ruth se admiraba de que Booz no la hubiera despachado ya. Pues se veía claramente que la visitaba por hábito, sin ningún interés. Una especie de visita de inspección, como quien recuerda a una vieja yegua que ha sido buena. Nada más. Pero le daba para sostenerse como antes. Y era tan rico. Alguna vez pensó dedicarse a la "mala vida", si el viejo llegaba a abandonarla. Ahora no existía ni siquiera la relativa intimidad de antes. Se sentía decepcionada, su vida en resumen había sido un fracaso. Ya era muy vieja para dedicarse a esas faenas. Pero dicen que nunca es tarde para empezar. . .

La radio terminaba ya la cálida rumba y el locutor daba ahora el boletín de noticias. Algo sobre una revolución en España. No le interesaba.

Dejó la ventana y se puso a trabajar, porque reflexionando bien le aburría permanecer asomada.

La cocinera despidióse en ese instante, después de lavar ollas y platos.

— Hasta mañana, señorita.

— Hasta mañana, Lola — contestó Ruth, con desgano.

Al minuto, alguien golpeó nerviosamente la puerta. Creyó que fuera la cocinera que regresaba urgida por un olvido. Dejó de coser en su flamante máquina Singer y se levantó a abrir.

Roberto se deslizó felinamente, y mirando de un lado a otro, preguntó:

— ¿Hay alguien aquí?

— No, ¿por qué?

El hombre dio unos pasos y se dejó caer en el sofá, desmadejado. Ella no salía de su asombro viendo a su hermano casi envejecido, inopinadamente, por un peso en el alma que lo hundía sin remedio.

— ¿Qué te pasa, ñaño? — preguntóle alarmada.

Volviendo desde el fondo, él respondió con voz cansada, a medio tono:

— Creo que he matado al canalla de Ovidio, tú sabes que a veces no me puedo controlar.

— ¡Dios mío! ¡Qué horror! ¿Cómo has podido hacer semejante cosa?

— Creo que se lo merecía — respondió él, reaccionando con un inesperado fulgor en los ojos que metía miedo.

— Bueno ñaño — dijo ella, con un dejo estudiadamente tranquilizador — cuéntame lo que pasó y por qué lo hiciste.

— ¡No me vas a decir que no sabías que él estaba vi viendo con Delia! ¿No?

Volvió a montar en cólera. — ¡A lo mejor tú misma los alcahueteabas, para no ser tú sola...

— ¡Mejor moderas tu lengua, si no quieres que te zum be de mi casa!

Hubo un largo silencio tenso entre los dos. Se miraron duramente. Después Ruth se asomó a la ventana para vigilar si se acercaba el supuesto ojo atento de la policía, la pseudo astucia del pesquisa. (Otra vez el maldito honor de la familia. Este tonto lo tiene metido entre ceja y ceja. Algún día tenía que cometer una estupidez como ésta) -pensó. No tendré más remedio que esconderlo, aunque sea por esta noche. Después de todo, es mi hermano. Pobre Delia, es una chica un poco rara que se cree muy fea y que sufre por ser solterona. Las mujeres deberíamos ser más libres, y no estar sometidas al código moral de los hombres. A ellos les está permitido hacerlo todo: seducir, acostarse con el mayor número de hembras posibles, es su timbre de orgullo. Pero, en cambio, una está fregada en esta especie de cárcel de las buenas costumbres. ¡Ay, de la que cometa un desliz...! Si una da lo que se dice un mal paso, todos la señalan con el dedo. Bueno, Manuel dice que en Europa y en los Estados Unidos las cosas son diferentes y que allá no se hace tanta tragedia por las cosas sexuales.

— ¿Qué es lo que estás murmurando?, preguntó inquieto Roberto.

Sólo entonces vino ella a caer en la cuenta de que estaba hablando sola.

— Nada, no es contigo, respondió.

— Hum, yo creía...

— Bien — dijo ella encarándolo — ahora cuéntame con detalles lo que pasó, para ver qué podemos hacer.

El timbre del teléfono lo interrumpió antes de comenzar.

--- ¡Hola!

---¡Hola!

— Sí, ñaña, soy yo. ¿Qué es lo que sucede? - ¡... !

— ... — ¡Caramba, que mala cosa...! ¡Mejor no le digas nada a mi mamá!

— No hay para qué hacerla sufrir más, ya está muy vieja y cualquier día se nos queda.

— Ya sabes que siempre estoy lista a ayudarte. ¿Necesitas algún dinero?

— Me parece bien. Por lo demás no te preocupes. Después de algunos minutos iré a verte en la clínica.

Ruth enganchó el auricular y se volvió hacia su hermano que permanecía cabizbajo.

—Tengo que darte una buena noticia... Parece que la herida de Ovidio no es muy grave. El médico dice que se salvará, y aunque Delia no te ha denunciado, de todas maneras, creo que debes irte de la ciudad.

— Menos mal — dijo, suspirando aliviado —; de todos modos, yo ya había resuelto irme de aquí, vendiendo la parte que me toca de la barraca. A lo mejor, lo que hice no fue más que un pretexto mío para regresar a mi tierra. Francamente, nunca me enseñé en esta ciudad, nunca pude echar raíces en este suelo. Volveré a meterme en el monte, donde era feliz. Aquí ya no me interesan: ni Carmela, ni los estudios, ni los negocios, ni nada.

Sacó un pañuelo y se sonó ruidosamente.

Su hermana lo miró condolida y le pasó su mano acariciadora por la cabeza, como cuando se pretende amansar a un perro.

Roberto se conmovió secretamente bajo la caricia fraterna y dos lágrimas contenidas brillaron sin regarse.

Los dos quedaron en silencio largo rato.

— Si quieres, ñaño, yo venderé mis cosas y me iré contigo... Así podremos llevar también a mamá — dijo por animarlo, pero sin la mejor intención de viajar. ¿Con qué objeto iba a regresar a vivir en aquella tierra atrasada...?

— Me parece una gran idea — respondió él, animándose bruscamente. Pero antes tengo que arreglar mis asuntos con Juan California.

(Buen amigo es este California, siempre ayudando lealmente en todo). "Pela el ojo, zambito, — le había advertido —, que tu cuñado Ovidio se quiere ganar a tu otra hermana, la menor" "...En una de esas, la va a hacer parir. Y después, no le quedará más que agarrar por el mal camino..." "Tú, como hermano, tienes que cuidar por el buen nombre de tu familia, ¿no te parece? Ustedes los esmeraldeños son bien machos y tú tienes que demostrarlo". Sí, este es un gran tipo, ocurrido y gran amigo. Necesito venderle la mitad de la barraca, que me corresponde,

— Ahora, voy para la clínica — dijo Ruth.

— Yo también voy a salir — dijo él en voz baja, no creo que hay peligro ya.

— Bueno, vámonos.

Salieron bajo la noche de siempre. Con la gente en las salas de cine a esa hora, disminuíase el tráfago noctámbulo en las calles.

Roberto se tranquilizó y respiró profundamente la brisa que soplaba desde el oeste. Acompañó a su hermana hasta las cercanías de la clínica, situada a

cinco cuadras de allí. Cuando quedó solo, volvió a sentir un ligero espanto de caer en manos de la ley. Entró a un zaguán y observó sigilosamente a un lado y a otro para comprobar si lo seguían o no. Prendió un cigarrillo y eso le devolvió la calma. Continuó su camino y la figura severa de Carmela Váreles pasó fugaz por su mente. ¿Por qué no se habría casado con ella? Ahora tendría un hogar tranquilo y habría dejado que sus hermanas vivieran su propia vida. Pero ya era tarde.

Juan California escuchó el relato con atención y casi sin poder contener su satisfacción.

—Muy bien hecho, floro — le dijo — lástima que no lo hayas despachado de una vez. Gar demis, sanavabich!

Roberto lo miró dubitativamente. Había en aquella voz una incierta malignidad apuntada hacia un sitio de la conciencia, difícil de ubicar.

— Mejor es que la cosa haya quedado así nomás. Creo que con lo que he dado al sinvergüenza ése, ya tiene pagado los daños que ha hecho a mi gente — replicó Roberto, sin mayor convicción.

California se rascó perezosamente el pecho, y dijo sentenciosamente.

— Un enemigo herido es siempre un enemigo. Por eso yo prefiero a un enemigo muerto. Yes, ser.

— Bien, quizá tengas razón. Pero el asunto es que yo ahora estoy en este berenjenal y necesito venderte la mitad de la barraca que me toca. Quiero de urgencia esa plata. ¿Cuánto me podrías dar por ella?

— Bueno... este... Tú sabes que los bistres no van bien en esta época. No se venda nada. A lo sumo, te podría dar unas trescientas ayoras, al contado y tal vez otras doscientas después de unos seis meses, y eso haciendo un gran esfuerzo, porque somos amigos. Los amigos se han hecho para ayudar, ¡qué caray! Roberto se quedó como petrificado. No podría creer lo que estaba oyendo. Que su mejor amigo lo quisiera estafar de esa manera. Imposible. Ahora veía cuánta razón tenía su mamá. Siempre sentenciaba que cuando uno está en un aprieto es que se conocen los verdaderos amigos, es decir, a la hora de la hora. A este hombre, un ex-hombre, él le había extendido su mano sincera y generosa, y ayudado a convertirse en alguien. Nunca, en su pureza juvenil, creyó que le fallara. Ahora pretendía robarlo en sus propias narices. El, que era tan violento, capaz hasta de matar si llegaba la ocasión, cuando lo creía justo, como en los tiempos de la revolución, y hacía un ratito, no más, con Ovidio — malhaya sea —, estaba allí, sin saber qué partido tomar.

Siempre sería mejor irse por las buenas, porque ese carácter suyo lo podría perder:

— Es muy poco — se animó a decir, al fin, desencantado.

— No tengo más moni por ahora. Palabrita de honor. Toma estos trescientos "patacones" y embárcate mañana — dúo extendiendo tres mugrosos billetes de a cien sucres, que había sacado de debajo del colchón, al tanteo.

— Esto es muy poco, es mucho menos del capitalito con que me inicié. Tienes que darme mucho más.

En su voz ya se notaba un tono amenazante.

El otro titubeó.

— Bueno... Es que tú no tomas en cuenta que has estado viviendo todos estos años de la barraca, lo mismo que los de tu casa. Mira, para que veas que no soy malafesivo, te enviaré a Esmeraldas otros trescientos en los próximos meses y así quedaremos horros. ¿No te parece?

Juan California bostezó, sentado en el borde de la cama.

El otro miró por la abertura de aquel foso unas muelas orificadas.

("Cómo le apesta el hocico"). California se rascó la cabeza y el pecho como un simio. ("Debe tener piojos"). Por primera vez este hombre le parecía repugnante. Había dejado de serle simpático. La codicia lo tenía podrido y minado hasta convertirlo en un tipo miserable y desleal. Cuántos años más tardaría en convertirse en otro papero rico, un señor. Vaya uno a saberlo.

Cuando Roberto salió, era de madrugada, al tiempo que Juan California pensó que más adelante podría ampliar sus negocios convirtiéndose en cochinero, comprando objetos robados a los ladrones a precios de regalo, a fin de obtener gran margen de ganancia. Lo ilícito es más provechoso. Negocios de cuidado, sin sacar la cara, buscando algún fulano pesquisa, de preferencia, para que tratara con los cacos, y un abogado vivo, "por si acaso" — dijo la iguana. Pero mejor sería convertirse en contrabandista, disfrazado de honrado importador. Claro, ése era el camino. Con sorda satisfacción veía que sus sueños se cumplían y, naturalmente, pensó que debía haber alguna manera de hacerse borrar su tatuaje. Olvidar un mugriento pasado y entrar en la senda de los señores. Vio su fotografía en los periódicos: "Honesto y distinguido comerciante de nuestra localidad, contrae matrimonio con la virtuosa y bella dama..."

Con una sonrisa búdica se miró el ombligo, somnoliento.

XI. MAURO OTRA VEZ

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Si me amaras, alguien podría adelantar mis funerales.

Por tenerte entre mis manos bien quisiera llegar retrasado al día de mi muerte.

Miró detenidamente la sábana arrugada. Un bichito cosquillante que recorre todo el cuerpo apesadumbrado e iluminado por la luna, la luna que es un ave blanca, hija del sol y del agua. Bien puede ser también que sea hija de una piedra blanca y de una flor. Y esos constantes sueños de aguas turbias y embravecidas, esos mares tormentosos, esas olas gigantescas que se venían encima de uno, no eran otra cosa que la orfandad de la infancia —pesadilla. Si siquiera fueran sueños premonitorios. Cuento los dedos de mi mano, sorprendente, sólo tengo cinco, bien podrían ser siete o nueve, algunos lucen más, pero no son cinco sino veinte. Más sorprendente aún: veintiuno, según se mire. Duermo... Pero duermo sin dormir en la hamaca, porque las hamacas son sacudidas por las ánimas en pe nación en las noches de menguante. No hay que descuidarse con los muertos

vagabundos, a quienes debemos una misa siquiera. Y la comadrona timorata y compadecida no cortó el ombligo, siquiera de medio metro... Otro gallo cantaría... Pa' que tú veas si te quedas pegada a la

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Despierto ya.

La sábana arrugada y sensual.

Monstruos fabulosos y bellos. Solamente uno concreto y tangible: Claribel. Claribel que resurgía de las fontanas más cristalinas de la infancia, allá en la lejanía de la hacienda La Campana.

Hacía un rato que la esperaba parado en aquella esquina. Recordaba su nerviosidad, cuando se atrevió a llamarla por teléfono. Fue una desesperante lucha contra su timidez. Combate sordo y sombrío. Quedó un tartamudo atravesado por el hilo de Graham Bell. Ella se entusiasmó al identificarlo: — "Creí que ya te habías olvidado de mí" ¿Cuándo nos podremos ver? Si ella no hubiera hablado de ese modo, tuteándolo, él habría cortado la comunicación, pues que era un tormento sostener esa plática. Cuando se encontraron por primera vez, el estómago se le contrajo como si quisiera evitar una patada. Pálido y nervioso, apenas si pudo darle un saludo de rutina. Hasta hoy se habían visto varias ocasiones espaciadamente, en ese mismo lugar. Ella llegaba, lo recogía en su auto y se lo llevaba a pasear al carretero. Una situación un tanto embarazosa, con esto de los papeles invertidos, porque ella era la que ponía el automóvil y no él. Una vez que entraba en el coche se sentía más a gusto y cuando recordaba sus travesuras infantiles, y ella relataba sus viajes por ciudades de los Estados Unidos, le renacía la antigua confianza que su hibridez estropeara. Cosa rara, junto a ella no poseía esa brutal excitación que lo quemaba en otros días con otras mujeres. Era un sentimiento profundo y diverso, una pizca de melancólica ternura y sólo un tanto de refrenado deseo.

Esa mañana permanecía allí, esperando más de lo acostumbrado, con un indefinible aburrimiento de todo y de todos. Una especie de pena biológica y universal. Como estudiante de Jurisprudencia, en la universidad ocupaba un puesto destacado. Sin gustarle esa clase de estudios, su receptividad y poder de asimilación le facilitaban el aprender las teorías del Derecho, su Historia, los códigos, pero en ellos encontraba algo injusto que lo descorazonaba. Las leyes estaban, pues, hechas para proteger a los dos de arriba. Además, tener que defender causas inicuas en el futuro y cometer deshonestidades en la vida profesional, lo hacían perder el entusiasmo. Seguramente, nunca llegaría a ejercer semejante carrera. Su angustia aumentaba con la tragedia de su padre, la huida de Roberto, la preñez de Delia y el viaje de regreso de la vieja abuela, a quien compadecía y disculpaba ahora, le hacían ver que todo se desmoronaba en derredor de los suyos. No quería ser un sentimental, pero desgraciadamente lo era sin remedio. Iba a tener dentro de algunos meses un nuevo hermano y primo a la vez. Rara parentela. En eso pasó un panadero en bicicleta, conduciendo sobre su cabeza y la roleta, prodigioso equilibrio, un chato y enorme cesto de calientitos panes olorosos. Entonces recordó que no había desayunado todavía. En el reloj de El Telégrafo dieron las diez de la mañana.

El convertible frenó a su lado, con brusquedad. Ella lo miró sin sonreír y no como en otros días, al igual que él mismo. Claribel traía un gran pañuelo de seda alrededor de la cabeza a modo de turbante, que le daba un aire enigmático. "Seguramente ha ido al peluquero para hacerse la permanente", pensó.

El abrió la portezuela y subió sin decir palabra. Ella puso el carro en marcha y sorteando, con una inseguridad desacostumbrada, las calles cruzadas de peatones indisciplinados, salieron, al fin, al carretero que va hacia Playas.

— Te noto demasiado callada —dijo él — ¿Te sucede algo?

— Yo diría lo mismo de ti — repuso ella, mientras disminuía la velocidad.

Pararon a la sombra de un ceibo, musculadas y humanizadas formas de verdoso cardenillo, retorcidas hasta el paroxismo.

Cuando él se acercó para besarla, ella lo detuvo con un gesto y en sus ojos brillaron dos lágrimas.

— ¿Sabes? — dilo — me voy a ir de casa. Ya no puedo soportar más. Creo que mi padre está loco...

— ¿Por qué dices eso?

Hubo un momento de tensa espera.

Violentamente ella se llevó la mano al turbante y se lo arrancó con un gesto de indignación recordación en el fulgor de los ojos.

— ¡Por esto! En su voz había un acento confirmativo de odio.

Su cabeza, rapada, quedó al descubierto. Un espectáculo inesperadamente pasmoso, íntimo y sórdido, se presentó ante el joven. ¿Qué era lo que había sucedido a su amada? Alguien o algo había dado un tajo a su belleza que en ese instante se veía ridiculizada y escarnecida. ¿Por qué razón...? Un sentimiento de rencor solidario crecía y bajaba desconcertado ante la vista de esa cabeza azulina, con depresiones insospechadas. Una cabeza que parecía pertenecer a otro ser, que no a... la; amada. "Cabeza falsa, superpuesta tuna, erizo de mar, huevo de tigre, recién nacida pelusa, tusa tusada... Irregularidades desagradables, cráneo antes perfecto ¡sarcasmo! Bondad de los engañosos peinados, señora... Pobrecilla..."

— No comprendo — dijo al fin él, hondamente conmovido y vuelto a la realidad. — ¿Por qué te hizo eso? En su voz sonaba un timbre depresivo y condolido.

No lo sé, respondió ella mintiendo. No tenía para qué decirle la verdad monstruosa a su amigo del alma. Era muy sensitivo, extraño, atormentado, casi un niño, tal como ella imaginaba encontrarlo.

No comprendería y por lo tanto no perdonaría la parte de culpa que ella tenía. En consecuencia, no había objeto en confesar para cargar a otro de una inmensa pesadumbre, con una herida incurable. Nada sacaría con ello, sino el echarlo todo a perder. Pero de todas mane- i ras agregó:

— Primeramente él me ató a una silla, y me trasquiló como a un borrego — dijo sollozando.

— Estaría borracho, seguramente -trató de darle un asidero.

Ella asintió con la cabeza.

— Luego me suspendió de las manos, atada a una rejal y me dio con la correa, en la espalda.

(No quería pronunciar nalgas, debido a un inexplicable pudor).

— ¡Qué bestia!

— ¡No lo llames así! —

Perdón...

— ¿Por qué no pediste auxilio...? (Silencio)... —

Todos los sirvientes se habían ido al cine.

— ¿Pero no sabes por qué hizo esta barbaridad?, insistió él. No creo que sólo se haya debido al alcohol.

— Dice que, si llega a saber que sigo saliendo contigo, te va a pesar. Yo le explico que somos los mismos amigos de antes, de siempre, pero él no lo cree...

No quería añadir tampoco que después de azotarla la había desnudado y violado por segunda vez. Fue algo tremendo, y al final ella había vuelto a sentir una especie de goce morboso que le venía de quien sabe qué obscuridades del ser. Luego, su padre embriagado, se había puesto a llorar lastimosamente como un muchacho, chorreado de la cama, con su desnuda y robusta carne envejecida en el vicio. No le veía como un padre sino como un viejo fauno arrodillado en un bosque arrasado, implorándoles perdón a los dioses, bajo la tenue luz de lámpara de noche que permitía ver los vellos entrecanos de su pubis. Ella estuvo tentada a consolarlo acariciándole la cabeza, pero se contuvo con un asqueamiento de su propia persona. Aquel hombre abyecto como un animal herido de muerte, le producía más conmiseración que asco. Su padre era, lo que se dice, un degenerado. A lo mejor, ella también lo era. Tenía urgentemente que entregarse a otro hombre para salvarse. Pero a un hombre especial, puro y elevado. Tal vez ese hombre podía ser Mauro.

Se acomodó nuevamente el turbante y se acicaló utilizando su *neceser*, recuperando rápidamente su gracia y su belleza.

Mauro reflexionó sobre sí mismo. La tragedia de su Claribel no permitía ninguna confidencia gravosa. Ella sufría y había sufrido más que él, no iba, pues, a contarle ahora que su padre había muerto en la clínica a consecuencia de la herida propinada por su tío Roberto, hoy prófugo de la justicia. Su padre había fallecido dos días después, con un ataque de peritonitis, solitario en su cuarto, casi como un perro atropellado en la madrugada. Recordó el viaje que realizó a Esmeraldas, junto a él, allá por sus once años. Fue una experiencia admirable. Si pudiera repetirla. Lo invadió una fugaz y vaga nostalgia. Veía claramente cómo era su padre en aquella época: eufórico, lleno de vida, "viva la pepa", formalmente afectuoso, pero sin brindar nunca mayor confianza. Cuando se embriagaba, se tornaba más generoso que de costumbre, entonces era cuando le

regalaba hasta billetes de a cincuenta. Desgraciadamente no se ajumaba con la frecuencia deseada. El regalo que más le agradecía era aquel viaje por mar, que no le costó ni un centavo, y del cual salió con el deseo infantil de ser marinero de alto bordo, para visitar todos los países del orbe. Anhelos de niño, al fin, que casi nunca llegan a cristalizarse y que se olvidan en la juventud. En los primeros años se aspira a las profesiones más tontas y disparatadas, aunque ser marino no lo sea tanto. Recordó inopinadamente a los distintos pasajeros de La Gaviota: el habilidoso e industrioso Villalobos... Villamedia... Villalba... (¿Cómo era que se llamaba?). En los Estados Unidos habría sido un inventor que hubiera ganado miles de dólares. Sí, su nombre era Tomás Villalba. Lindo fue el submarino que me obsequió aquel hombre bondadoso. ¿Quién me lo robaría después, en la escuela? ¿Qué sería de la vida de ese ingenio? ¿Y los demás pasajeros? ¿Hacia dónde los habrá arrojado la resaca del mundo? ¿Vivirá aún el indestructible lobo de mar Pedro de la A? ¿Caería al final, en manos de la justicia aquel desfalcador prófugo, o sería actualmente un alto personaje de la política? Me parece que tenía un grueso lunar en la nariz. Posiblemente. Por lo pronto sólo sé con certeza dónde está enterrado mi padre y que para colmo fue asesinado por mi propio tío. ¿Por qué tuvo que ser Roberto, precisamente, y no Joaquín? ¿O mejor un extraño a la familia? ¿Por qué, Señor, por qué?

Se sorprendió que clamara a Dios. La infancia era fuerte todavía dentro de él. "¿Qué maldición pesa sobre mi familia? ¡Mierda!" Quizá fue su muerte merecida, y dejando a tía Delia embarazada para colmo.

El deceso de su padre no le causó mayor tristeza, era casi como la desaparición de un extraño. Ninguna huella visible en su alma. No debía pensar así, hijo descastado. (Pero quiero ser estrictamente justo, aunque sea con él). Su padre tuvo una personalidad atractiva, errática, inasible y, más que nada, funesta para los suyos. Por todas estas consideraciones no sufría, precisamente, sino que se endurecia. Evaluándolo bien, no le había dejado ninguna herencia, ni material ni espiritual. Era un hombre arrancado y vacío, pero que vivió a su gusto y plenamente. Si él pudiera imitarlo alguna vez y no ser tan opaco, introvertido, torturado — idiota, en una palabra — ¿si es como para odiarse a uno mismo!

Claribel puso de nuevo el carro en marcha, rumbo al mar, y cantó a media voz, con su acento de pájaro una tonada en inglés.

— ¿Por qué vas tan pensantivo? Sé también lo que te ha pasado a tí, observó ella.

— ¿Cómo lo supiste?

— Me lo ha contado tu padrastro, el alemán. Te doy mi pésame.

— Francamente, pienso que no tiene objeto hablar de cosas desagradables.

— Mejor entonces, vamos a divertirnos.

Era un paseo improvisado pero delicioso.

— No tengo dinero — dijo él.

— No importa, yo llevo suficiente.

— Lo único que me preocupa es que mi mamá no sabe en dónde estoy, y van a andar buscándome.

— Entonces regresaremos mañana. ¿Te parece bien? ¿Niño mimado, hijito de su casa? — Auscultó ella bromeando burlonamente.

El asintió con la cabeza, con alegre resignación, mientras ya los gritos destemplados de las gaviotas lo herían con desasosiego.

Almorzaron algunos mariscos en la pensión Hollywood.

— Tienes un ojo más grande que el otro — observó ella.

— Creo que sí — admitió, ruborizándose. — Cuando chico alguien quiso ponerme el apodo de "tuerto", pero no prosperó, porque muchos no lo notaban.

Ella había llevado ropa de baño, y Mauro tuvo que alquilar un pantalón para poder hacerle compañía en la mar serena, surcada de balandras y canoas de cholos pescadores. Con la caída del sol caminaron por la bajamar hacia la punta, más allá de los altos palmares y entraron, silenciosos, al anochecer, cogiditos de la mano hacia las dunas, pasando sobre las arenas muertas donde hombres y bestias pierden un octavo de paso y tropiezan con restos vegetales que las olas dejaron algún día. Se sentaron mudos y nerviosos. Mauro sentía la respiración agitada de la mujer, no obstante el rítmico rumor del oleaje y el viento.

— ¿No nos habrá seguido alguien?, preguntó ella aprensiva. Mirando hacia todos los lados.

— No. Creo que no, en esta época del año no viene gente a los balnearios. Hubo un largo paréntesis de mutua contemplación.

— Esta tarde no te vi ninguna señal de latigazos en la espalda — dijo él con voz grave por el deseo contenido.

— No son precisamente en la espalda — respondió ella ruborizándose y conduciéndole la mano más abajo, con vaga sensación masoquista. Mauro tocó, estremecido, aquella carne adorada y maltrecha. Con un sentimiento penoso y dulce la recostó, ardido, sobre la arena.

— Quiero ser tuya — musitó Claribel.

Parecía mentira poseerla, al fin. Lástima que estuviera pelada y él no pudiera acariciar sus cabellos.

El viento empezó a arreciar, mientras la luna de cuarto menguante salía por detrás de las palmas.

Emoción, no. Poca palabra para este irse deslizando hasta tocar el fondo tibio y vibrante. Dulce fiebre que sacude hasta la medida. Ansiada hendidura generosa, refugio seguro contra toda tempestad. Único presente, no hay pasado ni futuro en ese tiempo. Luminosa obscuridad concentrada en la extremidad rígida y engreída de su pasión, guardada desde la infancia. Ella gime y él vuelve a tener conciencia de que Claribel existe. Allí están desafiantes sus pechos nulíparas y comienza a sentirse como un lactante, hijo de esta mujer de casi su misma edad. Absurdo, pero delicioso. A esta

mujer a quien ama; (si no la amara tendría más conciencia de lo que estaba haciendo), le gustaría hacerla sufrir un poquito, verla desesperarse y sentirla gozar. Algo así como una experiencia intelectual. Un tratar de penetrar en el espíritu femenino en ese instante... Un dejarse ir, un dejarse estar, un subir y bajar, un ser y no ser, un perderse, un querer penetrar con todo el cuerpo, como un feto placentero y reposar luego en ese nido misterioso de voluptuosidad amenazante.

El mar bate y arrulla, pero muy lejos, cada vez más lejos. Y llega el momento supremo, incontrolable para los dos al mismo tiempo. Un grito de goce que nadie escucha... Y después, Claribel llorando convulsivamente.

¿Por qué? No contesta nada; llora solamente, quedamente, y parece querer refugiarse en su pecho, toda húmeda, deliciosamente húmeda, sucia de arena.

(Todo parece una dulce mentira. Hay que dejarla que se tranquilice para volver a empezar. ¿Cómo sería la segunda vez? ... Seguramente no tan precipitado.

Debo hacer que nuestro placer se alargue hasta la misma muerte...)

Sin transición se halló contemplando la noche clara, sedante. Murmullos marinos.

En verdad, la luna no es más que un triste pájaro de piedra: blanco, trémulo y desecado. Hijo del sol y de la tierra. — Vámonos ya al hotel, lo interrumpió ella. Tengo frío.

Y allí, le obsequió otro puñado de luz...

XVI. LIMBUS

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Todos los seres vienen al mundo pendiendo de un hilo solamente. El hilo se corta y ¡zas! Allí quedarán las almas justas al borde de los astros, aguardando por los siempres de los jamases. Nadie sabe qué, ni por qué, ni para qué; pero ellas esperarán sin término porque no tienen prisa alguna. Esperarán como el humilde desempleado, sentado aguardando en la antesala de un ministro, con su amargo corazón angustiado lleno de excrecencias adquiridas en la brega y los sinsabores cotidianos. Pobres corazones reluctantes, con el ojo puesto en las casualidades venturosas y esquivas de esta

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Esperando con humildad. Delia quedó protegida en casa de Elvira, quien haciendo de tripas corazón, con lejanos celos retrospectivos subyacentes, dijo: "mi hermana es mi hermana y no puedo dejarla abandonada, así haya hecho cualquier cosa". "No tengo que perdonar nada, mi obligación es darle la mano

Ayudaba a preparar el ajuar del futuro visitante, cuando le quedaba tiempo, con una dedicación conmovedora, mientras Delia, sufrida y resignada, ya en los últimos días, se abandonaba sin poder descansar realmente debido a sus hinchadas piernas. Durmiendo casi sentada por las noches para evitar la asfixia desesperante que le causaba el peso abultado del nuevo ser, al que trataba de acariciar suavemente sobre su vientre cuando se removía y le daba pataditas dolorosamente agradables, toda su desgracia quedaba olvidada entonces y ocupaba ese lugar una placidez inundada de una desconocida ternura. Con los párpados caídos contemplaba con frecuencia a su bondadosa hermana, sumida en tanto quehacer doméstico como si quisiera abstraerse de algo molesto y sucio que la rondara, refugiándose en una manía por la limpieza de muebles y enseres, que rayaba en la exageración.

Mauro esperaba con inquietud y malhumorado el advenimiento de la criatura que ya tardaba demasiado, pero esta preocupación era atenuada por su obsedido pensamiento en Claribel, con renovados deseos veía sus partes secretas como si hubieran sido una realidad inasible... ¡Si pudiera tenerla siempre a su lado...! Aquello no presentábase posible, por ahora. Sus citas eran siempre furtivas, peligrosas y debilitantes por la tensión nerviosa que acarrean el temor y las barreras. En el fondo deseaba que no naciera aquel chico, siempre que no peligrara la vida de tía Delia, a la que seguía queriendo como cuando era niño.

Con el ojo más grande la vio cómo disfrutaba también de su preñez pecaminosa, al sobajearse el vientre feroz, y sintió que le pasaron la mano — memoria por el lomo...

— Al fin, ¿Cuándo es que vas a dar a luz? — dijo Elvira, preocupada — , creo que estás con las cuentas equivocadas.

— Parece que el niño no quiere ver este mundo — agregó Kurt.

— Para las cosas que tendrá que ver en él — dijo Mauro, irónicamente — más le valiera quedarse en el limbo.

— ¿Crees que existe el limbo, hijo?, preguntó la madre esperanzada.

— Lo digo por hacer una frase, nada más.

Para él mismo hubiera sido preferible el limbo, de ser aquello una realidad: "¿Qué objeto tiene venir a la vida? ¿Qué sentido? ¿Por qué y para qué el hombre es colocado boca arriba en este insignificante planeta, mirando el infinito? Agonizando desde el nacer, condenado sin remedio a sufrir más que a gozar, torturado por una incertidumbre perturbadora. Pretencioso y ridículo, queriendo descubrir los secretos del Cosmos y de la vida, tratando de modificar la naturaleza y recibiendo golpes devastadores de parte de ella, cuando él cree que ya ha logrado re-modelarla. Tratando de mejorar su condición constantemente sin llegar a mayores logros, en definitiva. Lavando la mugre en la superficie solamente, y aquella sucia impronta imborrable del animal, resurgiendo, a veces, con más fuerza.

¿Hasta cuándo. Señor? ¿Hasta cuándo? Si en ocasiones hasta provoca volver a creer en Dios, se dijo. Si no vale la pena vivir, tampoco quizá vale ya la pena auto-destruirse. Después de todo, queda Claribel como un gancho en un pozo... Un asidero.

— Pareces enfermo, hijito. — La voz de su madre le sonó muy lejana. Después de un rato respondió volviendo de su viaje por el limbo.

— No. Me siento muy bien, mamá. "Si ella supiera de qué proviene mi palidez".

— Tenía mucha albúmina la pobre.

— Parece que fue un ataque de eclampsia lo que la mató.

— Y hasta se fue llevando también a la inocente criaturita.

— Dios lo habrá querido así. Él sabe lo que hace. Era un niño nacido del pecado.

— Dicen que la finada, que en paz descanse, vivía con el mismo cuñado que mataron misteriosamente.

— Esas son habladurías, no más.

— Cuando río suena, piedras trae.

— Qué desgracia, comadrita, la acompaño en su pesar — dijo alguien, cerca de Mauro, en el momento que entraba a la sala atestada de gentes vestidas de negro que cuchicheaban en un ámbito pesado y dulzón de flores mustias y velas del modesto catafalco.

Mauro se encaminó a mirar nuevamente los cadáveres. Delia dormía con extraña rigidez junto al pequeño semejante a ella, como si fuera una réplica en miniatura.

— ¿A qué horas será el entierro? — le preguntó alguien.

En esos momentos una especie de odio o resentimiento renacía, a pesar de yacer allí sin vida, contra esa pequeña cosita inofensiva, digna de lástima. Su pobre tía parecía haber recibido un castigo por su pecado. Seguramente eso era lo que cuchicheaban las viejas. ¿Pecado? Hay tanta gente que peca y delinque en el mundo y jamás purga ni paga. Ella era buena y parecía tan valiente y tan contenta cuando la llevaron al hospital con los dolores, antes

de los espasmos clónicos, que ahora su muerte parecía una mentira. Los reflejos de los cirios jugueteaban lúgubremente sobre el tenso rostro de su desdichada tía Delia, hasta el punto de parecerle distinguir leves movimientos alrededor de los ojos y la boca. (Es una ilusión mía, los deseos quieren convertirse en realidades, aunque sea dentro de uno mismo).

Alguien comentó en voz alta.

— Cuando se muere un miembro de una familia, se van otros también. Eso es lo que está pasando aquí, con esta gente.

— Parece que la sepultarán hoy mismo.

— Los duelos, como todas las malas cosas, nunca vienen solos -respondió una voz conocida de hombre. (Suena como la voz de un amigo de Joaquín).

Mauro no se molestó en mirar a los que así hablaban. Había tanta gente, la mayor parte desconocida para él: algunos vecinos comedidos, amistades ya olvidadas, que se hacían presentes para recibir su retribución en su momento postrero, porque temían estar solos- a la hora de la mayor soledad, o porque se avergonzaban de pensar que pudieran tener un entierro pobre; otros, sinceramente condolidos, por el dolor ajeno; y unos pocos, porque les divertía el asistir a los velorios, ya que en ellos hasta la gente más modesta se empeña en brindar algo a los asistentes.

El sepelio se realizó a las seis de la tarde.

Vagar arduamente dentro de una densa nube de algo don empapada en un aceite tan pesado como el plomo que no deja respirar y oprime el pecho con ansias de dar un grito que se oiga hasta el fin del mundo y ningún ser corre a auxiliarla a una en esta hora de tiniebla porque nadie oye ni quiere oír ni está cerca en esta hora de la verdad. . . Sola mente este bultito a mi costado inmóvil dormidito tan dormido que parece-un muertito y yo en esta obscuridad increíble, indecente, indescriptible, sin poder respirar ni levantarme porque algo topa contra mi frente y retrocedo sobre esta cama estrecha y húmeda que a lo mejor no es cama sino... ¡No! ¡No puede ser! ¡Pero estas paredes me vendan...! ¡Si Ovidio viniera y me sacara de aquí! pero no puede tampoco porque ya está muerto. ¿¡Muerta!? ¡Muerta estuviera si no pensara! ¡Los muertos no piensan; Se ahogan dulcemente... ¡Me ahogo, sí, me ahogo yo también no dulcemente sino plomamente... ¡Esto. . . es plomizamente, penamente, plomamente, pías! ¡Un ataúd! ¡Un vidrio frente a mi cara! ¡La ventanita de los muertos...! ¡Ay...! Me corté las manos, pero entra un poquito de aire en este camarote donde viajo ni sé quién me embarcó... Sueño. . . ¡Qué alivio...! Es sólo un barco. . .Una pesadilla, pesada... Una canoa... Fúnebre canoa en el mar de los suplicios... Mi hijo no llora, todavía tengo que salir con fuerza de este barco. ¿Y si me ahogo otra vez? Hay luces aquí adentro, estrellas, candelabros, rosas. Mi cabeza encharcada en agua, en miel, en petróleo, en sangre dulce, pesada sangre... recóndita sangre amarga... recóndita sangre amarga... amargura... sangre evasiva... Sangre oscura, coagulada, pérdida amarga, dura, sufrida, castigada, perdida pura, sucia sangre perdida. . . Maldita sangre perdularia. Maldita carne, púrpura, pura, espúrea... carne sangrante, pecaminosa, pecadora, picada, picadura, picapica... Perdularia carne roñosa culpable... Palpo otra evadura, pérfida, perdiguera, lagranp.p., vez mi carcel. . . Sangre evasiva... delgada delgadita... delgadísima... delgadura... delgadera....

Evasiva... que se va para no volver. . . Perdida, pérdida... perdidosa... perdi.... perdidelgadita... per...

— ¡Mamá! — gritó con desesperación Mauro — ¡venga a ver el periódico! Leyeron: "Parece que una señora fue enterrada viva".

"El panteonero declara que durante su ronda nocturna oyó ruidos y gritos dentro de una bóveda..." "Esta mañana se pudo comprobar que el hombre decía la verdad, al observarse la lápida ligeramente movida de su sitio, y encontrar el cadáver de la señora Delia Calderón, que tal era el nombre de la difunta, con la cabeza destrozada por el esfuerzo hecho para salirse del ataúd".

"Según afirma el médico forense, un ataque de eclampsia produjo en la desgraciada señora una muerte aparente, lo que dio lugar a la lamentable equivocación de ser sepultada viva en compañía del recién nacido que..."

No pudo seguir leyendo más, y tuvo que ir con urgencia el excusado. Desde allí pudo oír angustiosamente a su madre que lanzaba un alarido terrible y doloroso, cayendo luego al suelo, desmayada. Entretanto, su hija, uniformada ya para ir a la escuela, lloraba también, sin comprender momentáneamente qué era lo que había sucedido, qué es lo que sucede realmente entre los grandes... ¿Qué cosa es...? Digan...

XVII. DIJO EL JEFE

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

De oro y barro. Tanto de oro como de barro. Pero grandeza al fin. Los placeres semanales se mueren se-menestra semítica se menea se mete si se somete se mixtifica se muda se mata se mortifica se manosea se masturba se mina se molesta se minima se mancha se merienda se momifica en el semáforo semántica se menstrúa se mancilla si se mira se mantiene si se marea se mira se remira se marchita semestral semen sembrador. Se muere de muerte sémola semi suave y todo para nada, finalmente, selene. Entonces contó veinte y seis loros, ni uno más ni uno menos, que venían desde el otro lado del río, volando nerviosamente a doscientos metros sobre su despacho. Suena y resuena la sirena de los barcos estáticos en la mitad de la ría. Siguen resonando y sonando con una

languidez propicia y conmovedora que sugiere algo indefinible en los espíritus románticos que en tierra permanecen atentos a los llamados del mundo... a sus escondidos tesoros y placeres inesperados en países distantes, donde todo es hermoso, fácil, perfecto y alguien adopta una conducta hipostática, no como en esta

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

El eco de los loros desaparecía.

Un ambiente caliginoso de humo de cigarrillo mezclado con sudor, pesaba en la antesala de la oficina de Manuel Gómez Alzamora, mientras que en la situación esperanzada de los turnos permanecían silenciosos, mirándose unos a otros, con recelo, inquisitivamente los desempleados, los agentes irregulares de publicidad, los sablistas de profesión, los aspirantes a guardaespaldas, los quejosos, los buscavidas y otras personas de peregrinos propósitos.

Entre los primeros se hallaba Joaquín Calderón, que había perdido su puesto de guarda por hacerse el de la vista gorda con los pequeños contrabandistas de cigarrillos americanos y con los de pisco peruano y cobijas de lana de llamingo, a cambio de magras gratificaciones, que no supo compartir con sus jefes inmediatos. Falto de agallas, ahora acudía donde el viejo Gómez, creyendo que todavía mantenía muy íntimas relaciones con su hermana. Allí criaba moho esperando su turno desde hacía tres horas, así que disponía de mucho tiempo para recordar a toda su familia. Hacía meses que no los veía, pues estaba alejado de ellos completamente; las últimas desgracias de su hermano y hermanas no lo conmovieron en lo mínimo. Los veía como a través de un muro de cristal esmerilado, donde aparecían como verdaderos seres extraños. Él había hecho ahora nuevos amigos, no finos ni educados ni conocidos, pero lo suficientemente adecuados como para sentirse a gusto con ellos: pendencieros, jugadores de pinta, parrandistas y contumaces bebedores de cerveza Pilsener; algunos, hasta con antecedentes penales y pioneros fumadores de mariguana. Se sentía completamente adaptado a aquel medio. Al igual que ellos, poseía más de dos mozas, manteniéndolas con mucho que desear económicamente, pero de todos modos así podía también vanagloriarse de ser hombre de muchas mujeres. "No sólo los ricos pueden darse ese lujo". Ahora, sin trabajo ni aceite de los contrabandos la situación se ponía difícil, pero él también era vivo como sus parceros. "No hay mejor negocio que la política" — decían algunos de ellos, por eso venía hasta donde su cuñado (sonrió irónicamente) a ver si se podía lograr algo. Pues se afirmaba que era muy influyente en este Gobierno. "Si consiguiera un cargo de pesquisa, me vendría de película

Por ciertos ruidos y voces provenientes de la sala contigua, deducía que los más importantes no esperaban esta antesala y que se los hacía pasar por la puerta reservada de la secretaría particular.

Entre el zumbido hipnótico de los ventiladores se destacaba con nitidez el tecleo nervioso de las dactilógrafas que, unido al ruido de las calculadoras, daba la medida de la actividad de esta oficina que desde su fundación había crecido en forma impresionante, abarcando varios renglones comerciales y agrícolas; desde representaciones de poderosas firmas industriales

norteamericanas y europeas, hasta la exportación de banano, cacao y café. Desde piladoras de arroz, donde se exigía y se engañaba al pequeño cosechero, en el peso del grano, hasta los aserríos de toda clase de maderas donde se sisaba igualmente en las medidas.

Sonó el teléfono:

---Aló.

— Sí, soy Gómez Alzamora.

— ¿Qué me dice el joven gobernador?

— Naturalmente, tratándose de un deseo del presidente, prestaré mi nombre, encantado. Y así hágaselo saber a su excelencia.

— También contribuiré gustoso con la cantidad que me fijen, si es que eso es necesario en este caso.

— Me tiene enteramente a sus órdenes, querido amigo.

"Menos mal que es agradecido el muchacho" — pensó. Este funcionario le debía algunos favores que le habían ayudado a conseguir el cargo que a la sazón disfrutaba.

Colgó el teléfono, y con satisfacción manifiesta se dirigió a Eugenio Mendoza, quien era ya subgerente de la empresa.

— Sabes una cosa, Mendocita, mis amigos quieren que yo encabece la lista oficial para senadores de la República por esta provincia. Lo cual quiere decir que estás hablando, desde ahora, con un honorable senador. Lo he aceptado por no desairarlos.

— Me parece magnífico y muy merecido, Manolo. Porque usted es actualmente lo más representativo de las fuerzas vivas de esta ciudad y quizá de este país, como lo dicen con razón los periódicos. Permítame que lo felicite, ya era tiempo. Se levantó y lo abrazó, pero con un encubierto sentimiento doloroso de envidia.

— En verdad, este es el mejor gobierno que hemos tenido en este siglo. No hay caso... El presidente es un hombre honrado, enérgico, gran poeta, gran tribuno, una lumbrera en una palabra. (El único defecto que tiene es que no le gusta pagar sus deudas. Hasta ahora me cancela el coche que me sacó a crédito hace siete años). Le deja sin cuidado que los izquierdistas y otros imbéciles amargados, que nunca faltan, afirmen que es un déspota y enemigo de los trabajadores, y que apenas es un poetastro. Hasta han llegado a atribuirle una dura frase, contra el pueblo, que aunque tiene mucho de verdad, él no la ha pronunciado nunca en público, que yo sepa (hizo una pausa para chequear una factura consular). — ¿Ha oído hablar Ud. algo de eso? — , preguntó levantando su cabezota gris.

— Sí, algo he oído — contestó Mendoza. Creo que aseguran que dijo: "El pueblo, es una gran bestia".

Gómez tamborileó el lápiz sobre el escritorio: — Una buena frase, por cierto... Y aquí, entre nos, yo estoy perfectamente de acuerdo con esta idea; hasta me hace recordar la de Calígula. ¿La conoce usted?

— Naturalmente — respondió Eugenio. — No soy tan ignorante.

— Viéndolo bien — continuó Gómez — el pueblo es muy necesario para que nosotros podamos subsistir. Me gusta ser realista y ver las cosas tal como son, sin que ello me obligue a ser sentimental.

Un avión bimotor internacional pasó volando muy bajo y el zumbido interrumpió la conversación, momentáneamente.

— Estos aviones que vuelan tan cerca, son un verdadero peligro para la ciudad, anotó Mendoza. Un día de estos van a causar una catástrofe.

— Bien, — concluyó Gómez, sin atender la observación transitoria de Mendoza — . Ahora voy a atender a toda esa gente que está esperando afuera desde hace rato. Me quitan el tiempo, pero me gusta hablar con ellos, de vez en cuando. Algunos hasta me pueden servir e interesar. Hágalos pasar por turno.

El primero en entrar fue Joaquín, que se cortó por un instante al encontrarse frente a este gran señor. Casi no pudo darle las buenas tardes sintiendo huir de sí ese derecho de parentela que creyó tener, por lo de su hermana Ruth.

El viejo, al verlo, la recordó también y pensó que sería saludable ir a acostarse de nuevo con ella después de tantos meses. Al mismo tiempo pensó también en Mauro y Claribel, y decidió que ya era tiempo de tomar cartas definitivas en este asunto.

Antes de pasar, Joaquín proyectaba acercarse jovial y campechano, darle unas cuantas palmadas en las anchas y cargadas espaldas; pero, en el momento preciso, se había sentido intimado ante este poderoso, que naturalmente guardaba una serena distancia.

— ¿Qué se te ofrece Joaco? — le dijo, con voz seca.

Este diminutivo ya lo alentaba un poco.

— Hace mucho tiempo que no te veía. Casi no te reconozco cuando entraste, agregó. En verdad, mentía porque poseía una relampagueante memoria para rostros, especialmente. Aunque en ocasiones le gustaba aparentar lo contrario por divertirse al molestar o intrigar al interlocutor.

— Pues aquí, ya usted me ve, don Manuelito... Como pobre en tierra ajena. Viniendo a ver si me consigue un empleíto.

Era una sensación desagradable de timidez, que lo conducía hasta odiar en ese momento a Manuel Gómez. Después de un breve silencio se animó para proseguir.

— Usted sabe que yo soy bien bragado y puedo trabajar a conciencia en la oficina de investigación o en cualquier otra cosa parecida.

Gómez se pasó la mano por la barbilla y pensó que quizá debía afeitarse dos veces diarias, en vez de una, para que no se le notara la barba ya encanecida.

— Bien — dijo — siempre los he ayudado a todos ustedes. Descuida, hijito, que yo te buscaré algo apropiado... Ahora, cuéntame algo de tu familia.

¿Cómo está tu hermana Ruth? Hace tiempo que no la veo. Tengo tantas ocupaciones últimamente...

Su tono se había cordializado un poco.

Joaquín, perplejo ante esta pregunta, no sabía qué responder. Dudaba de si era una broma de Gómez o si hablaba en serio. El, que creía que seguía siendo "su cuñado" y ahora salía con que ni se veían siquiera.

— Para serle franco, don Manuelito, yo tampoco la he visto desde hace tiempo, pero creo que está muy bien. Sólo sé que nuestra madre se ha regresado a la tierna, tras de mi hermano Roberto — agregó.

— Bueno, de todos modos, quiero que vayas ahora a ver a tu hermana y le lleves este dinero de mi parte.

Sacó de la gaveta algunos billetes y se los pasó. A Joaquín le centellearon los ojos.

— Dile que pronto iré a visitarla. También quiero que veas a tu sobrino Mauro y le adviertas de mi parte que se ande con mucho cuidado con lo que hace.

— ¿Sobre qué cosa? — se atrevió a interrumpir Joaquín.

— Él sabe bien a qué me refiero, respondió con tono cortante el magnate.

— Así lo haré, don Manuelito. Usted sabe que yo siempre estoy para servirlo.

Asustado, confuso y agradecido, Joaquín abandonó el despacho, planeando quedarse con la mitad del dinero destinado a su hermana. No le convenía guardárselo todo, para no perder el favor de Gómez. No, mejor le entregaría todo y luego le pediría un préstamo, en la seguridad de que ella no se negaría. Como buena, ella es buena.

"¿Qué pasaría con mi sobrino Mauro? Francamente que es un muchacho aniñado y antipático, con él no se puede ni hablar siquiera. Siempre tan sabihondo y malhumorado. Y pensar que cuando era pequeño pensaba ser cura. Buena ficha de cura habríamos tenido. Voy a averiguar en que líos se ha metido el majadero ése con este viejo..."

Cuando hubo terminado sus breves y aburridoras audiencias populares, Manuel reflexionó sobre su propia existencia que, en resumen, había sido agradable y triunfal. (Desgraciadamente uno tiene que morir y, hasta ahora, no se ha inventado nada para evitarlo ni se inventará nunca. Puede ser que la ciencia logre alargarnos la vida, y nada más. No creo en el pecado ni en la justicia divina, quizá no crea en nada. La religión es necesaria para frenar a los de abajo. El hombre debe cumplir cualquier antojo siempre y cuando al hacerlo uno no se perjudique en ningún sentido. El hombre sólo puede sobresalir por sus grandes vicios o sus grandes virtudes. Pero tengo limitaciones en ambos campos). Demasiado burgués para irse contra todos los convencionalismos y sumamente nihilista para adoptar una disposición de alma hacia el bien o la bondad, condición que, hasta cierto punto, le impedía sentir remordimientos serios respecto a Claribel. A propósito, desde que Mendocita le había informado que la había visto otra vez con aquel universitario moreno identificado como Mauro Lemos, empezó a preocuparse con regularidad, porque había sido casi su ahijado, su casi

sobrino, a quien no veía desde hacía años. Parecía que el chico lo evitaba más a medida que crecía, hasta que se hizo hombre, y no lo volvió a tratar. Si en verdad fue compañero de infancia de su hija, eso no le daba ningún derecho para frecuentarla ahora, porque las distancias sociales son insalvables y deben guardarse. (Y son las mujeres, precisamente, las que más deben cumplirlas). Tendría que preguntarle a Claribel qué había de verdad en aquellas relaciones denunciadas. No podía pensarse nada serio, aunque era una chica tan rara su Claribel, ("Virginia"). Si bien es cierto que una vez cumplido su mórbido deseo ya no la miraba tanto como a mujer sino nuevamente como a hija, precisaba cuidar y velar por su porvenir, aunque tuviera para gastar caudalosos miles. Por ejemplo, armarle un buen matrimonio con un hombre degran posición social, por lo menos, ya que para lo económi co había de sobra. Y tener nietos. (¿Cuál será la sensación de ser abuelo?) Una chochería de la vejez inevitable. Buscarle algún joven o, mejor dicho, un caballero distinguido de mediana edad, de buen apellido, de familia patricia, (Pérez Carbo, quizás) o un extranjero de gran presencia. ("La casta de los patricios, descendiente de los proceres de la Independencia, debe reforzarse y conservarse en este país. Ella dominará por muchos años. De ella serán el poder económico, los altos cargos públicos y hasta la gloria de los monumentos en vida"). ¡Hombre!, algún día tendrá su propio monumento, o un busto, por lo menos; pero, obviamente, todo debe ser planeado y planteado. (Un monumento es un trago agradable y estimulante dentro de esta monotonía). Habría que empezar por hacer una obra ostensible de caridad y convertirse en un benefactor, en un personaje altruista, en un filántropo, y en seguida ver su nombre completo en una calle y leer las columnas de la prensa, haciéndose lenguas de su generosidad y, luego, ser condecorado por el Gobierno nacional. Otros fulanos ya tenían su inmortalidad asegurada, con menos ejecutorias que él, sólo por el hecho de ser banqueros, mejor dicho, chulqueros que practicaban toda suerte de socaliñas. (A no ser que viniera una revolución y borrara los falsos valores de la Historia) ... Cosa inevitable señor. Mejor sería guardarse estas vanas quimeras que pueden conducirnos a un ridículo inaguantable. A la vejez me estoy poniendo tonto. Lo más cuerdo para tener lo mejor de esta vida es saber disfrutar de las riquezas, el poder y los placeres... ¡Ah, los placeres que se alejan como la pelota de fútbol de los pies del jugador gastado y envejecido! Cada ocasión la ve más lejos. Uno va perdiendo el interés por los goces; los de la mesa afectan el aparato digestivo; la bebida se sube y agarra más pronto; los de la cama, demandan ahora mayor esfuerzo y, así, todo lo demás. Quedaban solamente los placeres estéticos, más nunca fue muy aficionado a las artes, aunque en casa se conservaran algunas obras coloniales. Virginia pretendía ser artista. ¿Pero de qué?

¿De la cama, tal vez, o de la mentira...? La vida va perdiendo entonces su sentido y dándonos su inescrutable y sepulcral aviso. ¡Ah! Cómo hubiera sido hermoso vivir en la época esplendorosa del imperio romano. Esos grandes señores sí que supieron vivir. Bueno, mi abuelo también sabía vivir. ¡Y cómo...! No importa que las mujeres sean feas, les basta con ser sensuales o comportarse como si lo fuesen... Feas y sensuales... Nada más...

La oficina estaba vacía y silenciosa, los empleados habían desaparecido a las seis de la tarde, por unanimidad, como si hubieran estado desesperados por liberarse del yugo del trabajo, pendientes del reloj. Por primera vez le

pareció éste un aprisionante silencio misterioso, aterrador, con desconocidos peligros de una soledad amenazante. Pero era una idea solamente. Irreal. Tocó el timbre. Nadie. Volvió a llamar y apareció Mendoza. (Destino vil...).

"Este Mendocita, siempre leal, tan leal que a veces se da asco".

— Le invito a cenar esta noche, Mendocita.

"Dicen que los japoneses invitan a cenar a sus subalternos cuando los van a despedir — pensó Mendoza. Pero aquí no estamos en el Japón", se tranquilizó.

— También invitaré al gobernador, después nos iremos a algún cabaret o a dar una vuelta en mi yate con algunas hembras. ¿Qué le parece? Hay que divertirse un poco, querido amigo, ¡qué caray! Haga los preparativos acostumbrados.

— Me parece una idea estupenda, Manolo.

— Entonces haga el favor de decirle al chofer que ya vamos a salir.

— No hay como una buena cena y una mejor bebida, al final de un día fatigoso — comentó el gobernador Pérez Carbo, después de enjugarse los labios, con la servilleta de lino. Desde hacía algunas décadas la familia arrastraba el apellido Carbo, porque este neutralizaba lo común del Pérez. Carbo era el que proporcionaba lustre.

— En esta casa siempre se come como los dioses — agregó Mendocita.

Gómez sonrió halagado, mientras su hija se aburría solemnemente en el otro extremo de la mesa. Ella había condescendido a asistir a la cena por no tener otro programa para esa noche, y sin sospechar siquiera que su papá, al que ya no guardaba tanto rencor desde que la dejara en paz, intentaba hacerla entablar relaciones con el gobernador, un joven y ambicioso abogado de muy buena familia que, como la de Mendoza, carecía de gran fortuna. Ella lo observaba de vez en cuando: (bigote bien cuidado, blanco pegajoso, de ojos pequeños, buenas maneras, pronto se quedará calvo y engordará de fijo. No, no me gusta. No me gustan los blancos criollos, creo).

Tenía que encontrarse en la tarde del día siguiente con Mauro en el departamento de un amigo suyo. Había que probar ahora en un lugar así, íntimo, independiente, porque en el automóvil era peligroso e incómodo, y el no proporcionarse un gozo intenso y reparador la iba alejando de su amigo de infancia. Se levantó de la mesa pretextando estar cansada porque prefería echarse en su cama y leer una novela policial de Agatha Christie.

Una vez solos, los hombres comenzaron a hablar sobre tópicos nacionales y entraron a analizar el país.

— Yo tengo para mí — dijo Mendoza — que el problema social del pueblo ecuatoriano es algo así como un problema de ganadería. La solución estaría en importar europeos para que vengan a mejorar esta raza degenerada. Nuestro pueblo está degenerado sí, pero por sus vicios solamente, y no porque no tenga qué comer. Todo lo que ganan se lo gastan en emborracharse en vez de alimentarse como la gente. Y qué me dicen de los indios en la Sierra que se ajuman con esa chicha inmunda. Nunca se

preocupan de mandar a sus hijos a la escuela y por eso crecen como animales. Y luego vienen los izquierdistas metidos a redentores, y nos culpan a nosotros, diciendo que explotamos al pueblo, que no nos preocupamos por su bienestar. ¿Por qué no van ellos a darle educación y a sacarlo de su ignorancia, en lugar de estar predicando revoluciones sociales?

— No te conocía esas aficiones a la sociología, mi a-migo — dijo Gómez —. En verdad, todo hombre de bien y con un poquito de razón y de sensibilidad puede admitir la evolución social, pero jamás la revolución social.

— Así es, asintió el gobernador.

El también se indignaba al observar cómo las clases populares no demostraban mayor interés en las "cosas del espíritu" y sólo vivían preocupadas de mejorar su condición material, (¡Ah, ese burdo materialismo!).

Luego explicó la situación política del momento: la oposición se hacía cada vez más cerrada, poderosa y agresiva. Parecía que se planeaba algún cuartelazo. Las huelgas obreras y estudiantiles estallaban a cada rato, en todo el país.

— Eso es obra de los comunistoides y anarquizantes — anotó Mendoza solemnemente — . Amargados hay en todas partes.

— El Gobierno no puede contentar a todo el mundo.

El gobernador continuó, después de apurar su plus café de menta:

— No es que yo tenga miedo, pero una autoridad debe ser prevenida. Algunos amigos, viejos zorros de la política, me han aconsejado rodearme de guardaespaldas. Necesito hombres bravos y de absoluta confianza para hacerlos figurar como pesquisas. ¿Conoce algunos que me sirvan, don Manuel?

— Por lo pronto tengo uno de confianza y a propósito, mi querido amigo, se lo mandaré por allí en estos días. Esta clase de tipos son fáciles de encontrar.

— ... Bueno, ahora vamos al programa que teníamos preparado, Mendoza.

— ¿Está listo el yate?

— Todo está listo. Usted sabe que a mí no se me pasa nada por alto. Las hembritas ya están a bordo, esperando. Allí tengo de todo. Hasta he conseguido que salga la luna a medianoche — dijo, chanceando con la coincidencia de que rielaba sobre el río.

La sirena de un gran buque se perdió a lo lejos. A lo lejos poniendo con su querido no sé qué anhelos en el alma... de las muchachas "programeras". Quizá viajar sin saber por qué. Proyectando cambiar, pensando mejorar, chicas "programeras", que almuerzan arroz con huevos y maduros fritos, comida rápida de mujeres "ociosas, trasnochadoras, ocupadas, por no decir otra palabra.

— Este Mendocita tan eficiente. No sé qué me haría sin él, — observó Manuel, dirigiéndose al gobernador.

A Mendoza se le iluminó el rostro con los reflejos del cumplido, que venía como un consuelo para la ruina, como un jalón para el porvenir, una caricia del presente halagador, halagador y halagüeño.

XVIII. HACIA LA NOCHE COMO UN GIRASOL HERIDO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Tiempo de amar, tiempo de esperar y de olvidar y de renacer. Tiempo de dubitar. Tiempo para todo un siempre. Espíritu que se inclina hacia la noche como un girasol herido por el viento. La noche asomando su puntúa de sombra y desengaño. El viento crece entre los árboles. Los árboles crecen dentro de la tierra y conocen desde el principio del mundo las pasiones de los hombres. Los instintos de los hombres y sus trucos. Crecen a sabiendas de que en la naturaleza solamente existe el equilibrio y no la justicia. Porque la justicia es un concepto rigurosamente humano. Tiempo de perder la fe. Tiempo de agonizar. Tiempo de pesar el imponderable beneficio de la duda y de las series y parámetros de las casualidades concurrentes allá abajo en esa

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

Y así se acercaba el tiempo de perder la fe.

Mauro miró con desagrado el jugo de naranjilla batida que tenía ante sí, porque una mosquita frutera nadaba desesperadamente entre la espuma cremosa. No se molestó en pedir nuevo servicio, sino que, pacientemente, quitó con la punta del dedo el insignificante insecto, mientras el camarero miraba la maniobra sin inmutarse ni acomedirse. Las otras mesas del salón Rosado empezaban a verse concurridas. Los habituales de éste y de otros cafés similares vecinos eran generalmente intelectuales, políticos menores, negociantes, pesados futbolistas argentinos, aventureros sin oficio conocido, artistas de variedades en gira, solteronas bien administradas, contrabandistas y extranjeros de vida dudosa, y "personas respetables". Mataban su tiempo charlando, arreglando la situación del país, chismeando, discutiendo todos los problemas del saber humano, las noticias crecen, todas las situaciones, y contemplando el constante desfile interminable de

automóviles a lo largo del boulevard 9 de octubre, de la ciudad tropical crecida ya con la afluencia de tantas gentes de otras provincias y otras latitudes. Era una ciudad americana con un futuro promisor. Mauro comenzó a tomarle afición a esta especie inofensiva de bohemia, no tanto por intercambiar ideas y conocer a alguna persona interesante, sino también por ver pasar airosa, en su coche, a la hoy enigmática Claribel.

Algunos amigos se habían acercado a su mesa: Pancho Stone, hijo del capitán, compañero de estudios, convencido revolucionario, carente de sentido del humor; un exiliado español, llamado Jesús María Contreras, muy locuaz, que aseguraba haber tenido que salir de España, desilusionado, después de estar combatiendo un año contra las fuerzas franquistas, y un pintor desfasado, medio chiflado y desorbitado, que sostenía haber creado nuevas escuelas pictóricas, y reservarse algunas más que bien podrían poner de rodillas al mismísimo Picasso; nunca se presentaba con su nombre propio sino con esta frase: "El pintón Marcel, único genio que ha dado este país". Cuando le averiguaron cómo hacía para sacar tantos cuadros diarios a la venta, en forma industrial, explicó que, gracias a su genialidad indiscutible, los concebía en forma perfecta, de tal modo que rápidamente ponía los trazos fundamentales en el lienzo o masonite y dejaba a cargo de su mujer y de sus hijos la artesanía de llenar con colores, los espacios que él acertadamente les indicaba. "Con este sistema el artista queda liberado del trabajo inútil y puede disponer de su valioso tiempo como más le agrade" —decía. Por respeto a la honestidad del arte y la cultura, Mauro resolvió cortar la amistad con el genio, pero toleraba su divertida presencia.

Imprevistamente, alguien tocó en el hombro a Mauro y preguntó:

— ¿Con cuánto vas a contribuir?

Él se volvió hacia quien se tomaba esta confianza, hacia un sujeto vestido de negro, raído, con corbata y barba de una semana. Una mirada incierta y levemente estrábica, lo observaba sin observar. Saliendo de su perplejidad preguntó a su vez:

— ¿Contribuir para qué?

— ¡Qué pregunta! Para mi subsistencia, pues. Porque hay gente que trabaja y gente que no trabaja. Unos, más vivos, viven de los otros. Y como yo no puedo trabajar, so licito la cooperación económica de la buena gente.

Se quedó esperando con la mano extendida y reanudó:

— Como ustedes bien saben, el mundo está dividido en dos grandes grupos; el de los tontos y el de los sabidos.

Yo, como es de suponer, estoy en el lado de los sabidos.

Ustedes son cuatro señores que parecen de buena posición, y por consiguiente podrían agasajarme con un sucre cada uno, no menos, así tendría yo cuatro sucres. Pero si me dan cinco sucres cada cual, ya serían veinte y la cosa esta ría mucho mejor y me harían más feliz con una obra benéfica superior ... Ahora bien, si me dan no me ofenden y si no me dan tampoco me ofenden, porque yo soy un mendigo profesional.

Después del discurso continuó a la espera de la dádiva o la respuesta, con una expresión simuladamente idiota en su rostro enjuto. En la mano izquierda apretaba una mugrienta biblia.

Los de la otra mesa se volvieron a mirar al que así hablaba, con sonrisas burlonas.

— ¡Coño, qué tío tan fresco! — exclamó el español, con acrimonia.

Mauro buscó en su maltrecho bolsillo y dio un sucre al hombre, diciéndole:

— Más que un mendigo profesional es usted un mendigo original. Un verdadero filósofo, un divertido cínico griego.

El pordiosero pareció no haber escuchado. Se dirigió a otra mesa, repitiendo la misma cantaleta y allí provocó más hilaridad.

El pintor lo siguió con admiración contenida, y expuso luego sus fantásticos planes para triunfar en París sobre los más grandes pintores de la tierra, ayudándose con un sistema de auto propaganda tremendista y dalicinci, y así vivía en un quimérico mundo forjado por él mismo, donde era rey absoluto.

— Mejor es que mates a todos los buenos pintores y así te quedarás tú sólito como un verdadero campeón de la pintura — le aconsejó el español, con mordacidad...

— Hombre, la idea no es mala del todo — respondió, reflexionando seriamente, Marcel.

De rato en rato, la tertulia era interrumpida por nuevos mendigos de métodos suplicantes y vulgares o por impertinentes vendedores de cigarrillos y chucherías "de contrabando", o por limpiabotas que se sentaban coercitivamente frente a los posibles clientes, hasta hacerles perder la paciencia.

Mauro se desentendió de la plática cuando alcanzó a distinguir entre los autos que iban y venían repetidamente a lo largo de la avenida, el de su amada, solitaria y airosa en el volante. Ella lo ubicó al pasar y, cuando regresó, se estacionó junto a la acera del salón Rosado. El se levantó sin pedir excusa a sus amigos, y dirigiéndose anhelante hasta el coche, metió la cabeza por la ventanilla e intentó besarla en la mejilla. Ella, evitando el contacto le dijo con tono cortante:

— ¡Aquí no! ¡No seas imprudente!

— Bien -repuso él, conteniéndose, reconociendo su torpeza y tratando de halagarla.

— ¿Quisieras venir esta noche a una fiesta que dan unos amigos míos?

— Entra. Mejor es que hablemos primero -repuso ella con impaciencia.

Abrió la portezuela y subió nervioso. Arrancó el motor en el instante que él hacía una señal a sus amigos de que volvería, sin pensar cumplir la promesa, mientras éstos intercambiaban miradas de inteligencia maliciosa.

— Bueno -reanudó ella — ¿y en qué casa es la fiesta?

— Es donde un matrimonio judío. El es violinista de afición, pero comerciante por necesidad o atavismo; su mujer, además, pinta bastante bien. Hacen una joven pareja simpática, que vino huyendo de Hitler. Les gusta reunir en su casa a ciertos intelectuales, bohemios y revolucionarios, y extrañan mucho el ambiente europeo. Creo que no echarán raíces entre nosotros. Seguramente buscarán otro país más grande, después que hagan alguna plata por aquí... "Venga con su chica, Mauro", me dijo Esther y yo pensé que, tal vez, tú te animarías, aunque te veo tan poco últimamente...

— Me gustaría ir — respondió Claribel, como queriendo dar satisfacción —. Mejor dicho, iremos.

Iluminó su rostro con una sonrisa significativa, que hizo aproximarse a Mauro.

— No, ahora no — dijo ella — Espérate hasta después de la fiesta. El auto corrió al igual que otras veces, a gran velocidad, sobre una carretera mal construida y recargada de curvas sin peraltes.

Observó que era acogedor este hogar de los Glucks-man, sin ser elegante, fastuoso ni amplio. Más que hebreos, se sentían ciudadanos del mundo. Por cierto, que constituían una rareza entre los suyos, y por ello, no estaban muy bien vistos en la colonia israelita, que era, en general, bastante cerrada, al igual que en otras partes. Nunca mencionaban cuestiones raciales, ni se lamentaban como víctimas, ni presumían de ser miembros de un pueblo privilegiado. Si pensaban como judíos, se guardaban muy bien de manifestarlo. Gentes progresistas, se dice.

Ya estaban posesionados del sitio algunos ruidosos invitados donde se destacaban tres españoles entre los que sobresalía el infatigable y locuaz Jesús Contreras. Discutían a gritos, como si se pelearan sin cansancio.

Esther alabó la belleza de Claribel y el buen gusto de Mauro, a quien auguraba un brillante porvenir en algún ramo intelectual o artístico, sin poder precisar cuál.

Después de hacerle los honores a unos entremeses y dos cócteles, la conversación se generalizó y diversificó en varios sentidos.

Alguien tocó el tema de la guerra.

— En las guerras suceden hechos extraños y terribles, que raras veces se relatan en las novelas — anotó Glucks-man.

— Esa es una verdad como un templo... Por ejemplo, mirad lo que me pasó a mí, intervino Contreras:

— Era yo un oficial asignado al estado mayor, durante esa complicada guerra de mi patria. Parece que alguien nos traicionaba, porque cada vez que se reunía el estado mayor republicano en el frente, la artillería franquista nos caía encima con gran precisión. Una noche, sesionábamos unas doce personas, incluyendo una taquimecanógrafa, en una casa abandonada bastante alejada de las líneas. De pronto, sin saber cómo, me sentí en la más completa obscuridad y con un ratón aprisionado en mi mano derecha. ¿De dónde habría salido este animalito? Entonces oí voces en alguna parte, y con mi otra mano pude palpar y constatar enseguida que

estaba sumido en un agujero de esos que abren los grandes obuses, porque algunas veces me había ocultado en ellos. Después de un tiempo, que me pareció interminable y en el que pude comprobar que no me hallaba herido, estupefacto observé y reconocí a mi dactilógrafa que, totalmente desnuda, corría como loca alrededor del pozo. ¿Desde cuándo estaría así? No lo sé. Yo, entretanto, permanecía empeñado en no soltar al ratón atrapado en mi mano. La muchacha y yo éramos los únicos sobrevivientes de la precisión o de la casualidad de aquel anónimo artillero. Cuando estuve afuera, costó gran trabajo a mis compañeros hacerme abrir esta mano: lo que en ella tenía era mi propio dedo pulgar cercenado...

Extendió y mostró su mano izquierda y acto seguido se escucharon exclamaciones de admiración.

Mauro notó que Claribel estaba vivamente emocionada con el relato, cosa que a él le produjo cierta inquietud. Entonces se le ocurrió pensar que, si en verdad al español le faltaba un pulgar, nadie podía atestiguar que lo hubiera perdido en las circunstancias que narraba. Él lo conocía como hombre imaginativo y con gran facilidad de expresión. Esta noche le daba la sensación de que quería atraer sobre sí la atención de Claribel, y vio su rostro sin sombras, donde se destacaban solamente sus ojos vivaces, atentos y alentadores.

Estimulado por su éxito, el español recurrió a otra anécdota. Hablando entonces de los comienzos del sitio de la capital.

Claribel gustaba de las fuertes sensaciones. Apuró un trago doble y encendió un cigarrillo, filmándolo con notoria delectación.

— ... El bombardeo de los aviones franquistas, aquel día en Madrid, fue uno de los peores. Yo salí como apaleado y aturdido del metro, en donde me había refugiado... En la calle encontré a una mujer que gritaba en acceso de histeria y desesperación:

---"¡Qué horror! ¡Qué horror! ¡Dios mío!" ¿Qué diablos le sucede, señora? — le pregunté, como despertando de una pesadilla.

¡Déjeme, por favor de Dios...! ¡He pateado un sombrero! ¡Acabo de patear un sombrero! "

— Bueno — le repliqué impaciente — ha pateado un sombrero, ¿y qué de particular hay en eso? Cualquiera lo hace.

---"¡Sí, claro que cualquiera lo hace! ¡pero es que éste tenía adentro la cabeza de un hombre! ¿Ha oído? ¡La cabeza de un hombre! "

Contreras hizo una angustiosa pausa y continuó: — Creedme, en ese momento sentí un escalofrío. Más tarde supe que en una calle cercana, algunas personas habían enloquecido viendo pasar una motocicleta manejada por un descabezado que iba dejando a su paso un reguero de sangre.

Aun comprendiendo lo horrendo del relato, Mauro sonrió casi incrédulamente.

— ¿Te parece muy divertida esta historia?, inquirió el español, con estudiada agresividad.

— Confieso que, para mí, lo horroroso es a veces divertido. No me vas a negar que en estos relatos hay elementos tragicómicos.

— Amigo mío, tiene usted un humor macabro — le observó la dueña de la casa con benevolencia.

Claribel lo miró severamente. En ese instante tuvo la certeza de que no podrían seguir por más tiempo ligados. No era precisamente por su actitud sarcástica de ahora, sino porque ella se había descubierto inestable por naturaleza, en sus afectos y pasiones. No podría decírselo de frente por no herirlo, pero tendría que hacérselo notar. Cuenta aparte, ahora lo suponía demasiado puro y simple para ello. Por otro lado, aquel feo asunto de su padre, no obstante que hoy lo veía lejano, no dejaba de ser un lastre en su ánimo torturado, aunque frívolo a menudo. Este español le parecía un hombre muy interesante y le gustaba a primera vista, precisamente por ello. Sus relaciones con Mauro iban arribando a un punto muerto dentro de ella, luego de una situación conflictiva sin salida. No es que hubiera contraído prejuicios raciales ni sociales. Cuando le gustaba un hombre no se preocupaba de su color, sino que se sentía atraída simplemente. Dentro de su ser no había preferencia y por consiguiente tampoco menosprecio. Recordó que le tenía prometido algo a Mauro para después de la fiesta, pero sabía que no podría volver a cumplir.

La reunión se mantenía tan animada y confusa que nadie atendía a nadie. Excitábanse los ánimos, entre el tufillo del ponche y el tabacal aroma. Algunos bailaban ya; Claribel con el español, por supuesto.

Mauro comenzó a hundirse, fastidiado, sin atinar, mejor dicho, sin atreverse a dilucidar la verdadera causa de su aburrimiento que adquiría un sucio color gris.

La conversación se recluyó en un grupo pequeño y derivó en consideraciones discutibles de tipo político-filosófico.

— Reconozco que es difícil tolerar el egoísmo de los hombres que les impide hermanarse, y las injusticias de sus leyes. Es duro soportar las calumnias de los perversos, la infatuación de los falsos valores, el escarnio que el pillo hace del hombre honrado en estos tiempos; las trivialidades elevadas a categoría de cosas fundamentales, la ambición desmedida de los mediocres, la soberbia del explotador y la miseria de los oprimidos sin remedio inmediato. Las enfermedades incurables, las calamidades públicas y todas las demás desdichas incontrolables. Y más que nada, es horrendo ver las persecuciones raciales que padecen algunos pueblos en pleno siglo veinte, — discurseó Jonás Gluks-man — pero con todo, amo la vida y me gusta seguir viviendo.

— Si es que todo eso que ha dicho el humanista Gluks-man es una realidad cruel — intervino Mauro — y si es inevitable que sigan naciendo y viviendo más seres humanos en este infierno, y soportándolo hasta quién sabe cuándo, es quizá necesario entonces buscarse algún medicamento para aliviar tales pesares, aunque el camino sea arduo y terrible, y demande el sacrificio de una o dos generaciones. Así sea la mía propia. Porque ¿qué viene a ser el individuo, es decir y o, en comparación con el resto de la humanidad?

— Lo que me intriga es saber, si tales sacrificios valen la pena - pensó en voz alta, Jonás.

— Esa tesis, diría yo, me parece sospechosamente inmoral cortó el pintor Marcel — y apuró su vaso.

Pero Pancho Stone le saltó rápido e irritado, gritando:

— ¡No seas majadero! ¡Lo único inmoral es el capitalismo! y tú.

Demudado, el artista lanzó violentamente su vaso vacío, por encima de la cabeza del otro, y hubo un sonido de vidrios rotos en la pared.

¡Mejor vamos a la calle, bellaco! — gritó Stone.

— Déjelo para mañana ¿no le parece? —, rogóle Esther.

Tengan presente que en mi casa cada uno es libre de emitir sus opiniones, felizmente, todavía. Brindis general de apaciguamiento.

Mauro libó también y continuó como si no hubiera oído estas interrupciones:

— Quién sabe si sería conveniente organizar una generación combatiente, sumada a otra que soporte las privaciones derivadas de la destrucción revolucionaria. Después de tanta brega la sociedad podría entrar en un nuevo valle fértil de construcción, equitativo y luminoso, que está más allá de los confines de un brutal desierto, pero sin perder la libertad de conciencia, de movimiento, de expresión artística, naturalmente...

— Es un muchacho idealista, — dijo Esther — y por eso dudo que sea muy firme en sus doctrinas.

— Es posible que él tenga razón en cierto modo — dijo dubitativamente Jonás — señalando a Mauro — pero con frecuencia pienso que mi vida es todo lo que tengo y no la quiero dar para otros, porque al darla perdería el único mundo que poseo, por pequeño que éste sea. Además, amo también la libertad en toda la extensión de la palabra, con todas sus consecuencias negativas y positivas.

— "La libertad", para mí, es casi una palabra sin sentido, tanto como lo son también "el pueblo", "la patria", "la democracia", que han ido perdiendo su significado. Cualquier politicastro o gacetillero la usa para sus propios fines. ¿No es verdad, acaso? — comentó Marengo con acritud.

Entonces intervino Esther, con su amable sonrisa:

— Cambiemos mejor el tema. ¿No les parece?

Pero los otros insistían:

— ¿En realidad piensas ser un poeta de la revolución? — averiguó Stone a Mauro. Pregunto esto, porque conociéndote como un sentimental y un romántico, sé que lo pasarás bastante mal, sin libertad, bajo el comunismo, si llegas a vivirlo algún día... De cualquier manera, quedarás atrapado en sus quimeras.

— Lo único que me gustaría en la sociedad comunista es que no habrá prostitutas, ni mendigos, ni pasión morbosa por los perros, — dijo Contreras.

— Por primera vez oigo algo sentado en esta noche, observó Glucksman.

— Puede ser que me vaya mal entonces, pero yo solamente aspiro a ser un hombre justo, bajo cualquier régimen, y lo demás no me importa — dijo Mauro, como evadiéndose —, solamente odio la crueldad, ejercida con cualquier pretexto político o religioso.

— Depende del concepto de justicia que tú tengas, — observó el incisivo Pancho Stone.

("... Pero después de tanto ver y oír, de cavilar y discutir, y de sufrir a veces graves decepciones, más que de las doctrinas, de quienes pretenden ponerlas en práctica y también por la misma condición humana sujeta al error y a la intemperancia, uno se siente entonces defraudado y acaba por confundirse y por no saber dónde se halla la verdad y dónde la mentira, dónde lo justo y dónde lo inicuo"). — Mauro, ya no volvió a pronunciar palabra en toda la noche. " ¡Quizá todos los conflictos sociales se reduzcan sólo a un problema de moral!. ¿Pero, de cual moral o de la moral de quién? He allí el verdadero problema... Posiblemente el hombre no halle salvación bajo ningún sistema conocido hasta hoy. El hombre tendrá primeramente que cambiar su sustancia, su esencia... Pero todo esto es solamente vana Metafísica y sombra de duda, turbia fuente del conocimiento. Dudar siempre... hasta quedar seco de fe en nada...".

Los gringos continuaron hablando en un idioma que nadie comprendía...

XIX. VA LA REBELIÓN

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Roo y sigo royendo, que todos nuestros males derivan del pésimo empleo que hacen unos hombres de los otros hombres, y de la aplicación, asaz estúpida, de las cosas que los dioses les han proporcionado a despecho de ellos mismos que se mantienen hoscos y fríos con demencia fratricida, infanticida fuera de aquella línea que nunca va a ningún lado, aunque haya nacido mucho antes que la palabra... Infiero también que... para qué sirven tantas sutilezas, si el compañero cayó abatido como un ángel empuñando la espada inconclusa de su verdad enmohecida. Pero siempre es tiempo de luchar contra la crueldad, venga de donde viniere, sin importar los fines ni los pretextos esgrimidos en nombre de lemas manoseados y palabras sagradas, nada más. Palabras sin acción avaladora para esta turbulenta

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

— Hay que luchar contra la crueldad — reafirmó.

"Si la universidad comienza con las huelgas, las huelgas acabarán con la universidad", dijo el editorialista... "Jóvenes irresponsables que han perdido el amor a la patria, al estudio y a la disciplina, para abrazar ideas exóticas, contrarias a la dignidad humana, a la libertad y a la idiosincrasia de nuestros pueblos", y luego terminó: "En vista de la intromisión de agentes internacionales en los problemas estudiantiles, posiblemente el Excmo. Sr. presidente de la República se verá obligado a clausurar algunas universidades del país, para salvaguardar el orden, la paz y la democracia y cortar, de una vez por todas, la zarpa del oso".

Mauro dejó las hojas de vida efímera, como quien arroja una cáscara de banana, después de engullir el contenido. Recordó nuevamente a Claribel. Ella acudía a cada rato sin que nadie la llamara. A un costado de la vieja casona miró a dos jóvenes que disputaban ardorosamente un partido de tennis en una cancha sumamente estrecha. De pronto se vio a sí mismo jugando con Claribel en aquel sitio. ¡Pero si él no sabía ni jugar tennis! ¡Qué vergüenza!

— ¡Vamos, no te quedes allí distraído, como un bobo! — le dijo alguien. Mauro se palpó los bolsillos llenos de granos de maíz seco.

Entraron al local abarrotado de frenéticos alumnos, miembros de la Federación de Estudiantes. Se sentía aturdido por el gran barullo, el mucho calor y las nicotinadas nubes de humo. Vio al exaltado Pancho Stone, — Panchito para algunos — cómo se abría paso hasta la mesa directiva. Luego habló fogosamente, arrancando aplausos que lo interrumpían. Atacaba duramente al Gobierno que atentaba contra las libertades públicas, al no permitir en las calles reuniones de más de tres personas. Cosa inaudita en la historia. Antes que seguir con un libro inútil bajo el brazo, era preferible llevar un fusil al hombro para redimir al pueblo ecuatoriano sumido en la miseria y la ignorancia, como hay pocos en la América hispánica. "Pueblos de herencia feudal, sin esperanza de redención..." (De haber estado Claribel aquí, ¿cómo le habría parecido este discurso? Un disgusto, naturalmente. ¿Por qué tendría que gustarle?) Disgusto, discurso, disguro, dismudo, distinto, dismudo.

— Ha sido el discurso más radical de la tarde — comentó simplemente dirigiéndose a un vecino. Bruscamente sin poder oír la respuesta, entre gritos y empellones fue conducido en vilo hasta la calle, en una improvisada manifestación.

Ese sentirse identificado con la masa lo disminuía y al mismo tiempo le insuflaba un poder nunca vivido antes. Una llamarada. El explosivo desfile se engrosaba cada vez más y más, con gente del pueblo. Parecía increíble haber marchado seis cuadras sin tropezar con la represión policial. El poder interior crecía viniendo de afuera, como una luz oblicua del sol dentro de su cuarto.

Tres mil voluntades incidiendo en cada una. Obscurecía. Claribel se esfumaba en aquellas sombras turbulentas con disgusto, disgucho, disnudo dismiss... dismiss... dizque... el abuelo de Stone era inglés, el padre de la momia del destino. No le quiso hablar. Lo dejó pasar no más. Pero no era necesario hablar de eso con el descendiente. No hay objeto. No hay remedio. No hay... Lo irreversible, intangible.

En otro barrio también obscurecía de prisa. Una gorda cangrejera iba y venía atareada atendiendo a sus principales y viejos clientes, mientras dos pesquisas chupaban los rojizos y peludos dedos de los cangrejos cocidos. Ella, de cuando en cuando, echaba indirectas sobre la honorabilidad de su vecina, una graciosa tortillera de mote, de grandes y llamativos aretes, que se contentaba con vender poco y coquetear más con los parroquianos de las otras, especialmente con Joaquín Calderón y con todos los "malencarados" policías secretos del servicio personal del gobernador. El compañero de Joaquín era un hombre tieso, pálido y de labios imperceptibles, a quien llamaban "cadáver parado". Bajo la luz mortecina del foco de 25 bujías, instalada rudimentariamente en la esquina de aquella covachería, crujían las caparazones de los crustáceos a los pétreos golpes de los golosos, que luego asentaban su comilona con una cervecita bien fría.

Joaquín se levantó y se acercó al rústico horno de la tortillera, que no era otra cosa que un cilindrico trozo de un tanque vacío de petróleo, tapado con una pieza de hojalata ennegrecida y grasienta, sobre la cual se doraban las tortas de maíz-mote. Tomó una con un papel, y con el brazo izquierdo trató de rodear a la mujer, quien se puso retrechera porque había muchos testigos.

— Vámonos ya — se oyó la voz perentoria del ayudante cadáver parado, y miró a la pareja con sus ojos sin luz.

— Después de las doce iré a tu casa — suscitó Joaquín unto al enorme arete de bambalina, que brillaba casi diamantinamente, y un discreto asentimiento se inclinó en la bien peinada cabeza con moño. Entonces Joaquín pensó en su sobrino Mauro y en la señorita Claribel, a quien ya no era necesario vigilar más. Así lo había ordenado don Manuel. Pero creo que el muchacho se la ganó bien ganada, y se desquitó de lo que el viejo Gómez hizo con mi hermana. Ruth, a todas luces, se ha buscado otro marido. Un sabido que, según rumores, entraba por toda clase de negocios. Dicen que alguna vez hasta tuvo participación en un gran contrabando de whisky y cigarrillos. El hombre debe ganar plata. Todo hombre debe ganar plata. No importa cómo. El asunto es vivir. Hay que ser vivo. ¡Qué caray!

Un cintarazo en el lomo quemó a Mauro como un rayo y lo trajo al sitio donde estaba. La visión de Claribel se alejó riendo, abrazada del español, para dar paso a la ola humana y a los cascos de los caballos atropellando. Los lomos ardían como un ácido nítrico. Un rebullicio. Tiros. "Hay que esconderse tras un poste. Bastante sombra hay en este lugar. Aquel caído, a media cuadra, parece Pan-chito. ¿Estará muerto o esquivando las balas? Vaya uno a saberlo en la noche. Parece que se mueve". Allí vienen los caballos en tropel y los sayones blanden sus sables anticuados detrás de los estudiantes dispersos. Y los granos de maíz pesando en los bolsillos. ¿Por qué había acogido ese consejo? "En las calles de Quito puede dar resultado porque son empinadas, pero aquí lo dudo. Hay que arrojarlo todo y rápido, de todas maneras, salga pata o gallareta".

Un puñado, otro y otro... y otro más... "Si un compañero estuviera haciendo lo mismo desde el portal de enfrente, saldría perfecto... Mejor sería templar un alambre de una acera a otra... Ya llegan los caballejos, trotando... galopando, azuzados por los mal uniformados chapas, pero matan igual que si estuvieran elegantemente vestidos". Pasó el primero... Nada... como pisar en buena tierra firme y suave. Fue que pasó lejos de su alcance. El que venía más atrás parecía haberlo distinguido en su escondíte y llegaba creciendo y creciendo sobre él. Sintió miedo, pero no pudo moverse. Sus propias suelas imantadas sobre unas baldosas de acero y el centauro venían cargando hacia su portal protector... De pronto el caballito en patines se sentó, resbaló, quiso incorporarse y el jinete se estrelló contra un poste. El animal se sacudió feliz. "Un resbalón no es caída" — y miró a su abatido verdugo, que siempre le había hecho sangrar los ijares. Rayas blancas de granos triturados por la frenada brusca. El policía con la cabeza abierta sobre la acera y un arroyuelo de sangre que bajaba lenta y negra en la penumbra hacia el desagüe. El pantalón kaki, parchado, daba pena. Pero así tenía que ser la lucha. Venían más. Hay que correr. A despegarse patitas... No ser tontas. Otras cabalgaduras parecían resbalar y azotar también. "El que huye vive" — dijo el montubio, pero a la vuelta de la esquina, dos pesquisas lo amenazaron con sus pistolas: el uno lo impresionó por su flacura y su siniestro rostro inexpresivo. De contraluz parecía tener las órbitas vacías. Era la imagen de la muerte misma.

— No dispares — dijo el otro —, es mi sobrino. ("Que caray, la sangre tira").

Sí, en verdad, era sobrino del pesquisa Joaquín. Desgraciadamente uno no puede escoger sus parientes, apenas si acierta elegir amigos y mujeres. Pero había que reconocer que, a no ser por este tío, quién sabe si ahora estaría contándoles el cuento, aunque fuera a sus compañeros de aquella celda. No a los presos comunes, rateros, pederastas, asesinos o viciosos repugnantes semidesnudos, sudorosos y hediondos, que miraban enconosamente a esos muchachos estudiantes, de pies a cabeza. Sus ojos obscuros observaban codiciosos alguna pieza de ropa, que proyectaban arrebatar al menor descuido. Y una maligna lascivia se adivinaba en sus procaces ademanes, acechando en la profundidad de los confusos instintos que aguardan la protección nocturna.

En la fecha anterior habían pernoctado en la oficina de investigaciones: entradas y salidas, preguntas y repreguntas torpes, interrumpidas de tiempo en tiempo por los ayes de dolor arrancados por las torturas que los

"buitres" administraban a los sospechosos de delitos, guindándolos por los pulgares de una garrucha, atizándoles soberanas palizas o aplicándoles la picana eléctrica. "Así, cualquiera confiesa hasta que ha matado a su propia madre".

— ¿Cómo dijo?

Mauro había estado pensando en alta voz.

— Aténgase a lo suyo ¡carajo! — advirtió el jefe —. Si no quiere probar también ese mismo plato. ¡Si no fuera porque el gobernador lo ha recomendado como universitario, ya verían a dónde les llegaba el agua!

— ¡Enciérrenlo, y mañana trasládenlo a la cárcel! — ordenó el subjefe.

Ahora, en la pestilente celda, junto al resucitado Pancho y a otros cuyos nombres no recordaba, veía, a su turno, a los maleantes que secreteaban entre ellos pasándose, de uno a otro, su cigarrillo de marihuana.

(Quién sabe qué tragedias y miserias familiares condujeron a estos seres desgraciados, de tumbo en tumbo, por la pendiente del delito. Un subproducto social). ¿Era acaso que el mal estaba adentro de ellos desde el comienzo del mundo? (Hay tantos casos y casos. No es posible generalizar, absolutamente).

— El mal, manifestado abiertamente en algunos hombres, sale a la luz para recordarnos constantemente que él existe y permanece, al acecho, entre las sombras de los recovecos del alma.

— No hagas metafísicas, le dijo Stone.

— Mientras no tengamos modernos sistemas de cárceles reeducativas, yo creo que los inadaptables y los criminales reincidentes deben morir, con la misma sentencia que mueren la serpiente equis, el tigre cebado o el escorpión — opinó otro de los compañeros, llamado Rodrigo Chancay.

— De acuerdo, "la bestia debe morir", — recordó Mauro lo de las Escrituras. Stone pensó que podría fácilmente catequizar a estos delincuentes, hacerles comprender su error, señalarles a los verdaderos culpables de su situación, mas, su ánimo maltrecho no estaba dispuesto para la tarea. Quizás en los días venideros desarrollaría alguna labor, alfabetizar, por ejemplo. Habría que ver... Pero por el momento:

— Si no hacemos turno esta noche, los que podemos morir somos nosotros, — dijo.

Felizmente, mi tío Joaquín me dio esto, cuando supo que nos iban a meter con los presos comunes — y le mostró discretamente la cacha de un revólver.

— Menos mal, déjame examinarlo. Cinco somos suficientes para ellos que son sólo ocho ...Con este juguete la van a pasar mal — comentó, con voz firme, Marengo. Y luego adquiriendo un tono sardónico: — así, ya no hay peligro de que te hagan maricón.

— Lo peor del caso es que te puedes quedar con la costumbre — bromeó uno que no había hablado hasta entonces, y que se llamaba Wilson Arteaga,

según recordó en ese instante Mauro, al oírlo, frase que le sugirió que quizás en este joven dormía un homosexual frustrado.

Los demás rieron, pero Stone, con sus pobladas cejas y su boca sin labios, como las del viejo capitán fantasma tomó entonces la situación en serio, y como ya el crepúsculo avanzaba, llamó la atención a los delincuentes mientras trazaba una raya diagonal con un trozo de tiza que halló en el bolsillo derecho de su revolcado y ensangrentado saco.

Y les dijo con voz autoritaria.

— Ustedes dormirán de ese lado y nosotros acá. El que se atreva a pasar esta raya se muere — y les mostró el arma —.

¡Conque ya lo saben, eh, viejitos!

— Te pareces a Francisco Pizarro en la isla del Gallo, --- le embromó Mauro.

Los hampones se quedaron momentáneamente mirándose como si no entendieran. Se consultaron con la mirada y como reacción les endilgaron toda clase de obscenidades, hasta cansarse. Los muchachos no respondieron, pero su actitud resuelta y firme, cohibió a sus oponentes.

El centinela tuvo que sentarse de espaldas a los otros cuatro que trataban de dormir, o dormían, sobre el mugriento y frío piso de cemento. Con ojo avizor, adaptado ya a la penumbra, apuntaba durante dos horas al grupo de los delincuentes que parecían dormir según roncaban. Solamente uno, a eso de la medianoche intentó arrastrarse hasta ellos para robar.

— Te estoy viendo — le previno Mauro, y el hombre se quedó quieto.

Después de tres días, cuando ya el hedor de aquel antro había dejado de serlo, a fuerza de acostumbrar los nervios olfativos, para convertirse en un olor casi indispensable, los trasladaron a un calabozo menos sucio y exclusivo para presos políticos, donde sus familiares y amigos podrían visitarlos, llevándoles alimentación y ropa.

Los más asiduos eran la madre de Mauro con su hija. El padrastro, por ser alemán, evitaba venir para no despertar suspicacias políticas de los pseudonacionalistas. Suficiente trabajo le había costado ya el evitar que los yanquis lo incluyeran en la lista negra y lo trasladaran a un campo de concentración en Norteamérica. Afortunadamente, la circunstancia de estar casado con ecuatoriana y haber hecho fe pública de antinazismo lo habían salvado.

La niña, ya al término de su instrucción primaria, a-puntaba una impúber belleza cotizada, mestiza color de miel que suscitaba bromas entre los compañeros de Mauro.

— "Algún día te voy hacer mi cuñado ... "

— ¿Cuándo te dejarán salir de aquí, ñaño?

— Vaya uno a saberlo, con tales autoridades.

— Mi papá te manda muchos saludos...

Por la mañana, los diarios llenaban las horas de aburrimiento, hasta con sus avisos clasificados que allí parecían divertidos:

"Se necesita criada joven, bien presentada, no pido recomendaciones. Pago buen sueldo" (?)

"Compro revólver Smith Wesson que no haya matado a nadie "(!)

"Departamentito barato, agua, luz, calle pavimentada y otras comodidades" — ¡y vaya uno a verlo!

— ¡Verdaderos tugurios!

— Creo que en nuestra ciudad tenemos las peores habitaciones de América — observó Pancho.

Pero las noticias que más interés despertaban eran las de la guerra europea. La sorprendente blitztkrieg hitleriana. Las capitulaciones de los ejércitos. Todo parecía ceder al paso del fascismo. Mas, los jóvenes no perdían la fe en los aliados y en la desconcertante Unión Soviética, que retrocedía ante el empuje de los alemanes, y que hasta hacía poco había estado asociada con el hitlerismo...

— Los rusos les pararán los pies a los nazis muy pronto, ya lo verán, decía Panchito Stone con convicción.

— Ojalá hables con boca de profeta y no nos den otra desmoralizante sorpresa, como la del Pacto de no Agresión.

— Lo que yo quiero es que los nazis sean aplastados de cualquier manera.

Tres meses. Tres meses de silencio. Alejamiento absoluto de Claribel, alumbrado por destellos de optimismo quebradizo que le nacían imaginar que la próxima visita sería la de ella. Pero es inútil la esperanza del hombre enamorado que no es correspondido. Discurría qué hacer cuando saliera de la prisión para recobrar aquel amor enajenado. Asomado a la calle, tras las rejas, comprobó que existían muchos automóviles parecidos al recuerdo; en cada uno de ellos creía distinguirla, y más aún si era mujer quien lo guiaba. Tal comprobación lo confundía y angustiaba progresivamente. Llegaba una invasión amenazante de nimbostratos, por el trasfondo de aquel barrio, invasión gris y cargada que inundaba el ámbito con sus toneladas de agua gaseosa a punto de condensarse... No se allanaba a la posibilidad, de que Claribel amara ahora al español Contreras; ya que por muy cobarde y apocado que el hombre sea, no le satisface darse por vencido. Entonces las noches en vela recrudecieron y fue imposible conciliar el sueño, porque todo se traducía en un transcurrir de horas escuchando el sueño de los demás, identificando los ruidos noctámbulos más lejanos de la calle, divagando hasta sentirse dichoso con ella, con dinero, y lejos de esta tierra. Quizás en Europa, en la mismísima Alemania, (pero después de la guerra). Y ser poderoso... Y satisfacer los sanos caprichos y tal vez los otros... y de pronto ¡paf! volver al camastro de la ergástula apestosa y comprobar que la noche es interminable, puesto que ya no da resultado para conciliar el sueño la gimnasia china, sin rictus ni contracciones ni el tener una ventanita en la coronilla por donde uno se escapa raudo en línea recta, — Einstein dice curva — hasta la constelación de Orion, como mínimo, saturnal y octaviano contencioso. Hasta que agotado de tanto viajar por el espacio sideral uno

llega a descansar en una pizca, suspendido ingrávido en el infinito... cuando en eso, en medio de lo más suave y reparador, acude la mañana con su maldito bullicio, pregonando sus pregones: ¡pan calientito! ¡camarones frescos! ¡Lecherooo...! Entonces, después de varios años, aparece de nuevo esta tos perruna. Angustiosa y deprimente. Uno así se siente más humillado por el asma debilitante. Leucocitos muertos, tuertos, proteínas desperdiciadas....

— Mamá, quiero que me traigas pastillas para dormir. De lo contrario me voy a volver loco.

— Ten cuidado con esas drogas, hijo — dijo Elvira — . Pero de cualquier manera te las compraré mañana, porque ahora no he traído dinero.

Mauro tomó sobre las rodillas a su media hermana, cariñosamente, y su madre cambió de tema.

— Aquí traigo una carta de tu abuelita. Dice que está bien, lo mismo que Roberto. Ella te recuerda mucho y su preocupación es sólo por ti. Yo no le he comunicado lo que te pasa, porque ella sería capaz de venirse, y ya está muy vieja para andar viajando.

"Vieja tonta desmejoradora de la raza"

— ¿Quieres leerla, hijito? -preguntó extendiéndole el papel.

— No. No me interesa — respondió él, frunciendo el ceño y sacudiendo la cabeza.

— Aunque no te interese leerla, debo decirte que la vieja ha sido más sabía que nosotros al regresar a la provincia. Siempre opinó que nunca debimos salir de nuestra tierra. Porque "¿dónde irá el buey que no are?" Ella cree que todos debemos volver allá, junto a ella.

— Esas son tonterías sentimentales, mamá, que yo también las pensaba de chico.

XX. RUTH CONTINUA

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Oh, tú pobre viajera, ¿en qué roca del camino abandonaste tu cuerpo? Hay que realizar balances inoportunamente. Balanza uno por aquí y al otro lado pesa. Recuerdo suspendido en un hilo de araña que aniña el alma y uno tiene que recomponer su vida constantemente en este mundo o pasar al otro. No hay caso. Pero el auténtico solitario es fuerte en su soledad a la hora de la quiebra, y cumple para vivir, sin vivir para cumplidos. Y contar y seguir contando ¿Hasta cuándo y hasta cuándo? seguirá la inaudible

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

— Y yo debo ser fuerte a la hora de las frustraciones. Ruth continuó sentada frente a su máquina de coser, confeccionando el mosquitero de cuna que, unos meses atrás, pensó obsequiárselo a Delia (la pobre). Pero ahora ¿para quién seguía cosiendo? No tenía hijos. Pero quizá llegaría a tenerlos algún día. Con buena fortuna el "Guacho" podría engendrarle uno, si es que no se lo había engendrado ya. (Hay mujeres que poco antes de que las atrape la menopausia, conciben. Felices ellas, pues no hay que perder las esperanzas, entonces. Delia, la pobre, no las perdió jamás. ¡Sepultada viva! ¡Qué pavorosa y desesperada lucha sostendría la pobre! Mejor ni pensar en ello. No tiene objeto torturarse recordando las cosas desagradables y horribles que acontecen en la vida). El pedal de la máquina seguía su marcha, independiente, impulsado por la inercia... (Debe ser espantoso que la entierren viva a una — otra vez lo mismo.... Si no hubiera parido, nada le hubiera sucedido... Pero nunca se sabe lo que va a ocurrir. ¿Cómo sería el mundo si se anticiparan con exactitud los acontecimientos? Aburrido, seguramente, porque el factor sorpresa es lo estimulante). Si su vida se hacía bastante monótona y aburrida era debido a una atosigante falta de cosas sorpresivas. El toldo estaba ya por terminarse, y uno debe terminar lo que comienza. (Hay que guardarlo y esperar a quien obsequiárselo o

venderlo, aunque el médico aseguraba que todavía puedo concebir). Pues se habían visto casos así a su edad. La menopausia podía venir retrasada en ella y, además se la veía fuerte y rozagante, aparentando menos años de los 44. Pero hay el peligro de tener hijos mongoloides a esta edad. Horrible. Mejor es nada. Aunque digan que los mongoloides son cariñosos y apegados a sus padres. ¿De qué otro modo pueden ser los desvalidos, después de todo? Compensaciones, por lo menos... Se irguió en la silla, sintiéndose halagada. El doctor tenía sus dudas acerca de su estado. "Vuelva el próximo mes, señora, para estar segura. La naturaleza es sabia y extraña y, a veces, nos envía compensaciones. Se han visto casos, si señora, haremos algunas pruebas". ¡Ah, si fuera verdad! Pero el parto primerizo es peligroso en las viejas. Y, además, están los mongoloides. (Bueno, de todos modos, me haría una operación cesárea. No importa que este un poco gorda). "Qué rica vieja" — dijo un patán. "Ni tan vieja" — añadió otro. "Como pa’ pobre". Cosas de la ciudad. En la superficie y en el fondo le chocaban la vulgaridad, la grosería, la calle. Siempre fue retraída y de pocas amigas. A Washington lo había conocido cuando moza, durante sus primeros viajes en lancha a *La Campana*. Un brindis amigable y lejano.

Era entonces un cholito ñaco, comerciante ambulante, que siempre la galanteaba al pasar, cuando la topaba en la ciudad. De aspecto vivaz, frecuentaba pandillas inofensivas. No era para ella, pero le simpatizaba. Luego lo había perdido de vista por muchos años. Ahora, a la edad madura, se lo había vuelto a encontrar oportunamente. Elegante y cambiado. Siempre despierto, más corpulento. El afirmaba haber cumplido el sueño de su vida, después de tantos años de deseo. Quizá fuera mejor así...

(Y bien, aquí estoy, sola, librada a mi destino nuevamente. Mi destino... ¿cuál será mi destino? — Recordó la respuesta de broma infantil — "comer maíz como un cochino"). Sonrió. (Extraña mi cabeza, debe ser este maldito clima. Pasar de lo serio a lo cómico, así no más, sin saber por qué... tonterías...). Pedagoga no era por afición sino por necesidad concupiscente quizá. — {Se dice concupiscente, ¿no?). Exagerada y severa consigo misma. Debía ayudar a la familia y lo había logrado. Su misión estaba, pues, cumplida. Hoy, ya liberada de Gómez, por abandono, a-parecía (este "Guacho"; nombre derivado seguramente de Washington) -la pedagoga —. Cuando se acostaba con ella parecía quererla a la buena (en eso nos equivocamos las mujeres: los hombres saben fingir, hacen teatro en ese acto). Quería casarse con ella, pero era aconsejable pensarlo hasta conocerlo mejor. Ah, si llegaran a tener un hijo... Sin darse cuenta dejó de coser. Washington Portilla, parecía ser un buen hombre, aunque sus actividades no fueran muy claras. Le había dado a entender que negociaba, en forma ilícita seguramente, con productos yanquis, ingleses y colombianos. Desaparecía durante varios días, que a veces ella llegaba a temer otro abandono. En fin, qué se iba a hacer. Reingresaría al magisterio rural; al fin y al cabo, tenía en su haber varios años de servicio, y mucho se aprende enseñando y soñando también. Pero el "Guacho" siempre retornaba, cargado de regalos y manejando buenos y abundantes billetes. Si hasta sobraba algo de los gastos de la casa para remitir platita a la vieja. Una especie de acida ternura filial la invadió al recordarla y deseó sentirla de cerca nuevamente. Fugazmente, la acometió el impulso de viajar para visitarla. Pero, viéndolo bien, ¿qué tenía ella que hacer en ese pueblo? Nada. Toda su vida estaba aquí ahora, cerca de la esperanza que

representaba este hombre. Para cuando realizara un gran negocio verdadero, Guacho proyectaba retirarse y establecerse en algo más seguro. Posiblemente llegaría a tener fortuna, porque sus planes eran cuerdos.

Siempre le decía que, para ese entonces, iba a necesitar de su colaboración. Juntos abrirían una gran despensa, con agencia de representaciones de licores extranjeros y productos enlatados. Era un negocio que se preveía seguro. Amparados por el comercio legal, bien podrían comprar también algunas gangas, de vez en cuando, contrabandeadas, ya que para eso conocía el medio ambiente. Pero nada de exponerse más, y menos ahora, que pasaba ya de los 45. Casi su misma edad. ¿Por qué no buscaría Guacho una jovencita? Habiendo perdido a su madre siendo niño, afirmaba que las jóvenes eran locas, y por ello les tenía desconfianza, pero junto a ella se sentía como protegido y seguro. Siempre se mostraba anhelante de poseerla, lo cual le resultaba muy excitante y halagador; y entonces, ella ponía en práctica su experiencia adquirida junto a "Booz", a quien Guacho evitaba siempre mencionar. Nunca la reprochaba nada, ya que guardaba para ella una especie de devoción y respeto, él, que había sido "tan corrido". Sólo le exigía que se dedicara a su amor exclusivamente y que se olvidara, hasta donde fuera posible, de su "pasado" y de su familia, puesto que también era un alma sola y desconfiada. Le prevenía, además, que en esa profesión había que ser cauteloso, puesto que la cautela vale oro, o por lo menos, plata. "Caras vemos, soplones no conocemos". Tenía que ser desconfiado o exponerse a la traición, que el Estado premia con un 50°/o del valor del contrabando...

La portezuela de un coche que se cierra sonó abajo, y la interrumpió en sus cavilaciones. Alguien subía. (Pasos de mujer indudablemente. No hay cómo equivocarse... Salvo cuando son marimachos... Se detiene un momento en el descanso. Como si dudara. Ahora toca el timbre con fuerza... Se decidió por fin).

— ¡Lola, ve a ver quién es! — Ordenó a la cocinera y recordó nuevamente al bueno de Guacho que había hecho instalar el timbre la semana anterior.

La mujer se acercó de mala gana, con pasos lentos y pesados. (Esta sí que ha engordado mucho, últimamente. Bueno, es que hay que ver como se atraca, la condenada).

— ¿Está aquí la señora Ruth Calderón? Preguntó una voz femenina desconocida, con un acento bien cuidado.

— Hazla pasar, Lola — dijo Ruth, intrigada.

Nunca acostumbraba a darse importancia haciendo averiguar "¿De parte de quién?" La otra estaba ya visible. Con una rápida ojeada de pies a cabeza creyó reconocerla. Una muchacha hermosa y elegante, de pelo corto. Recordaba vagamente cierto rostro familiar. Su aire distinguido se acentuó cuando avanzó con paso firme y decidido hacia ella.

— ¿Usted es Ruth, ¿verdad?

Aquella joven le sonreía tratando de ganar su amistad y su confianza.

— ¿No me reconoce...? Soy Claribel Gómez, reanudó.

(Claro. ¡Qué tonta soy...!)

— Naturalmente, es que no la veía desde que era niña. Usted ha cambiado mucho. Los niños cambian tanto, no así nosotros, los viejos...

Ruth puso un acento de sincero desconsuelo en la última frase. Acto seguido se incorporó y le brindó un a-siento.

— ¿Se podría saber a qué se debe este honor?

Claribel sonrió otra vez.

— Hace tiempo tenía deseos de visitarla. Guardo de usted gratos recuerdos de mi infancia. (Siempre la infancia. ¿Por qué volver siempre a ella?).

En verdad era así, pero, siendo ya mayorcita, la había atenazado la idea de que la dichosa maestrita vivía con su padre. En los últimos días le brotó una incontrolable voluntad de verla y visitarla. Una especie de curiosidad malsana o rencorosa. Tal vez por esa ligazón de extraña y doble relación, al margen de los códigos. Había sido necesario buscar a esta mujer, ya jamona, casi vieja. Quizás esta entrevista podría aliviarla en algo. ¿Aliviarla de qué?

— Sáqueme de una sospecha. ¿Quiere? Pero perdóneme la impertinencia.

— Usted dirá — habló Ruth, intrigada.

— ¿Fue usted amante de mi padre?

La pregunta vino como una fusta, aunque vagamente esperaba algo por el estilo. (¿Qué pretende mi entenada?) No atinaba a responder. Miró a la puerta como si temiera que la sorprendiese el "Guacho" .

— Bueno... sí. He vivido muchos años con él — dijo con cierta firmeza no exenta de altanería.

Claribel sintió una inútil y débil e instintiva ráfaga de celos.

— ¿Y actualmente?

— Hace tiempo que no lo veo.

— ¿Por qué riñeron?

(¿A qué se deberá este interrogatorio? ¿Qué se trae entre manos esta chiflada...? Hay que ser firme). Iba a responderle una impertinencia, pero bien pensado no era preciso.

— No nos peleamos, me dejo simplemente. Se cansó o se buscó otra mujer. Eso es todo.

Claribel se ruborizó y palideció alternativamente, y temió, por un momento, que Ruth averiguara que ella había sido la otra "mujer". — ¡Qué vergüenza! Momentáneamente creyó haber padecido de esto que se podía bautizar con el nombre de complejo de Mirra, recordando el relato de Ovidio en su Metamorfosis. Pero bien auto-analizada, no fue ella la que se metió en la cama de su padre. Así es que no tenía relación con la hija del rey sirio Theias. (Uno siempre encuentra justificación para sus malos actos). Pero

como quiera que fuese, no corría peligro de convertirse en planta de mirar ni de tener por hijo a un tal Adonis.

— ¿Se siente usted mal? — inquirió Ruth, al observar la perturbación de su interlocutora.

— ¿Cómo dijo?

— Que si se siente enferma...

— No, no. Estoy bien, gracias.

(Esta chica es medio rara, pero es muy bonita. Con razón traía a mal andar al loco de mi sobrino. Ahora, vaya una por otra. Me toca mi turno).

— Y usted, ¿se ha acostado con Mauro?

Claribel volvió a colorear. Pero en seguida se repuso, tratando de no darle trascendencia a la pregunta. Entre sus amigas, allá en los Estados Unidos, siempre se hablaba de estos asuntos como de un acto tan natural como el comer.

— Sí, dijo, porque creí que lo quería.

— Me lo imaginaba. ¿Y ahora?

— Ahora me doy cuenta de que solamente fue la satisfacción material de un afecto infantil.

— ¡Vaya, vaya! — dijo Ruth, golpeándose los músculos con fuerza, con ambas manos.

— Cosas propias de la moderna juventud. (Es un gesto absurdo y vulgar esto de golpearse así. ¿Qué me pasa? Hay que guardar compostura y mucho más, delante de una chica distinguida... ¡Ja!). Se estiró un poco la falda, mecánicamente.

Claribel la observaba un poco desconcertada.

— Bueno, mi estimada Ruth, — continuó con aire indiferente en apariencia — yo he venido a verla, no solamente para hablar de problemas sexuales sino también de otra índole... Por ejemplo, ¿me podría usted informar cuál es la situación de Mauro? — Al nombrarlo tragó un poco de saliva y reanudó — . ¿Lo ha visitado usted, últimamente?

— No, no lo he visitado, — dijo Ruth con tristeza. Las cárceles y los hospitales y cementerios me deprimen. Es algo irremediable para mí. Así que no vaya usted a pensar que es falta de afecto para mi sobrino. Ni es porque él se haya portado un poco descariñado conmigo. Últimamente yo también me he alejado algo de los míos... ("Pero eso sí, siempre los ayudo en lo que puedo" — dijo esto último para sí y no para que se enterara la visitante).

Después de una breve pausa, terminó en otro tono.

— A veces, siento que algo va muriendo dentro de mí...

Eso resucitará con otro hombre — la interrumpió cínicamente Claribel, con maligna sonrisa que afeó su rostro.

Ruth sonrió, por no dejar. (Si tú supieras...)

— Como le iba diciendo, reanudó la joven, me gusta ría hacer algo por Mauro. No quiero que piense que soy un monstruo. (A lo mejor lo soy... Lo de mi padre, ¿no es acaso monstruoso? Pero, ¿Para qué pensar en ello?).

— El único que podría ayudar sería su papá. Pero yo no quiero deberle más favores, entiéndame bien. Si usted lo juzga acertado puede hacer cualquier gestión. No obstante, sospecho que Mauro no se lo agradecería. Puede estar segura de ello. Toda nuestra familia conserva una especie de humilde orgullo.

— No me importa que me lo agradezca o no." Solamente deseo estar en paz conmigo misma.

— Ese ya es asunto suyo, exclusivamente, amiguita.

Claribel reflexionó sobre la forma en que podía ayudarlo. ¿Haciéndole llegar dinero anónimamente? Esto no lo aceptaría esta mujer ni el alemán tampoco. Era un asunto delicado, realmente. ¿Pedirle a papá que gestionara su libertad? Imposible. Sólo lograría irritarlo. Entonces, ¿a qué había venido a casa de esta fulana? Sólo para descargarse de algo, nada más. Era evidente.

La bocina del auto llamó dos veces. (Caramba, es "Chucho..." El diminutivo mexicano, me gusta más que Jesús... Se cansó de esperar, y yo que me había olvidado de que estaba allí. Le diré que esta costurera no me conviene... No me gustaron sus modelos... modales... modulas...)

— Bueno, creo que ya es tarde. — Echó una rápida ojeada a su precioso reloj pulsera, sin alcanzar a distinguir la hora.

— Tengo que irme. Espero que sigamos siendo amigas (por decir algo).

— Así lo espero ("entenada" contestó sin convicción, Ruth).

La atmósfera era ya tensa como una cuerda de violín a punto de romperse.

Se levantó para acompañarla hasta la puerta.

Al abrirla, Claribel se dio de manos a boca con un hombre de aspecto vulgar y cansino, que la quedó mirando inquisitivamente de un modo desagradable.

— ¡Buenas noches! — dijo en el momento de bajar, y viró a ver. El hombre ya había entrado y la puerta se cerraba tras él...

— ¿Quién era esa niña bien? — averiguó "Guacho". — La hija de Gómez — respondió Ruth, secamente.

— ¿De quién? — preguntó con incredulidad.

El otro tardó largo rato antes de atreverse a volver a inquirir.

— De Manuel Gómez — aclaró más fríamente.

— ¿Qué quería? dijo por fin, indeciso.

— Hacerse la interesante, nada más.

El no volvió a averiguar nada por el momento y pasó al dormitorio para cambiarse de ropa. Cuando regresó, Ruth había vuelto a su máquina para dar los toques finales. El se acercó sin hacer ruido y le puso las manos sobre los hombros.

Ella dejó de coser y arrimó su mejilla regordeta sobre el dorso de la derecha, y la sintió fresca, recién lavada.

— M’ija... ¿No crees que debemos casarnos ya?

Ella asintió con la cabeza, conmovida hasta las lágrimas.

— Sí, ya es tiempo — le dijo. Pero que sea cuando Mauro salga de la cárcel.

XXI. VIAJE HACIA EL EREBO

PRIMERA VOZ EN EL ESPEJO

Nadie puede detenerse en este viaje. Viaje sin ticket back. La ciudad crece como un cáncer. Ha crecido mucho con los de afuera, pero todo se pierde en el laberinto de mí mismo. Imágenes increadas que revolotean en las aceras del sueño con la misma fugacidad de la vida. Puede que sea un viaje a deshora, fuera de intinerario, pero viaje al fin, hacia el Erebo. Uno está condenado a viajar contra su voluntad. Y si uno nace terriblemente cansado, el creyente no hace otra cosa que rogar por el descanso de su alma, porque todo ha terminado en el pobre corazón rebelde. Despierta, viajero, retorna al camino y reconquista tu andar, aunque el hombre haya sido colocado en este mundo solamente para perecer y ser manejado por los hilos invisibles de dioses ignotos y para debatirse entre la duda y la esperanza de las dos luces, tuses, puses, aunque rehúses... a permanecer clavado en cruces y en tu

SEGUNDA VOZ EN LA VENTANA

La ciudad crece confusa. Mi mente crece igual, se hincha y el papeleo judicial prosigue interminable, como es característico en toda justicia corrompida. "Rebelión a mano armada..." "Faltamiento a la autoridad..." "Conspiración". Al fin ¿qué mismo era? Su madre llegó al convencimiento de que los funcionarios estaban allí para entrabarlo todo y que nada marchaba

sin "aceite": "Suba usted las escaleras, baje usted las escaleras". Hable con fulano, luego con mengano y después con zutano, y si puede hable también con perencejo y zutanejo. Y el abogado dice que necesita más lana, más aceite porque hay que efectuar muchos gastos y sobornar a ciertos magistrados para que rueden las cosas. Y eso que era el mismo profesor de Mauro, eh, que, si fuera otra persona, la cosa sería mucho peor; pero, sin embargo, nadie orienta como se debe, y hay que acercarse a una ventanilla y luego a otra y a un escritorio y al de allá enfrente... Y al final de tanta andanza nadie sabe nada de nada. Hasta la misma Ruth se negó a ir a pedirle el favor de su influencia a don Manuel, aduciendo que ya no tenía "nada que ver con ese hombre". Y a ella, que era la madre, se negó a recibirla el maldito viejo. "Todos debemos pagar nuestras culpas", dijo la secretaria que el jefe había respondido. Y entonces una se cansa, al fin, de tanto bregar inútilmente, y se agota porque ya es vieja también y luego se desploma en la casa, abatida, en llegando a casa. La vejez no perdona. Quizá si hubiera sido más joven y atractiva, la cosa sería más fácil... Pero el hijo no se vería todavía como un hombre sino como un niño desvalido... ¿Y quién podría garantizar que ya no era un niño? Por otro lado, viéndolo bien, hay mucho de verdad en eso de pagar los pecados en esta vida, por lo menos, una parte de ellos con cuota adelantada. Como una consecuencia, el chico pudríase en la cárcel, no tanto para castigo de él mismo cuanto para que purgara Elvira por lo mucho que había faltado a sus deberes, en un pasado que creía ya olvidado. Pero bien podía comprobarlo ahora, el Señor nunca olvida nada, y el pasado solamente duerme con sueño ligero de un solo ojo.

— Mami, dice mi papá que vengas a comer, que ya está servido.

Oyó la voz cantarína de su hija.

--- Dile que ahora no tengo apetito.

Mauro quedóse observando el polvo impalpable y flotante, descomponente de la luz solar de una mañana que se proyectaba a través de la reja e iluminaba un alegre cuadrilátero del piso de ladrillos desgastados por las pisadas de varias generaciones de penados. Un arco iris de corpúsculos invisibles en la sombra, un arco de millones de bacterias: bacilos románticos de Koch, esporas del tétanos fulminante y traicionero que a veces se posa, con un destino incontrolable, en las agujas esterilizadas cuidadosamente, en el preciso momento en que la enfermera va a aplicar la inyección reparadora. Sarcasmo. "Evidentemente, hay factores imponderables que se hallan más allá de la voluntad humana" -reflexionó.

— ¡Eh, Mauro! ¿Has leído el periódico, hoy?

Era la voz de Stone, que venía desde el otro lado del recuerdo. El mismo tono de la del padre, allá lejos en el barco. Sólo le falta la pipa apestosa y curada.

— Todavía no. En verdad, no me interesa. No me interesa nada, ni siquiera cómo va la guerra — respondió con aspereza.

— Pues el de hoy te va a interesar. — Acto seguido se lo pasó con la página social de frente.

¡Allí estaba ella! !Un gran *cliché* a tres columnas, el albo y límpido vestido de novia, la corona de azahares. Los dos, a espaldas del altar mayor de la capilla de María Auxiliadora. Su marido: un rostro satisfecho, muy dueño de sí, haciendo su América. Leyó: "cumplido caballero, de grandes méritos, oriundo de la madre patria, (¡Hijo de la... Madre Patria...!) quiere ingresar a una de las más respetables y distinguidas y aristocráticas familias de la localidad. La novia es una flor toda llena de virtudes, una delicada belleza que es lujo y ufanía del pencil porteño..." bla, bla, bla... cursilerías — dijo en voz alta. "La dichosa pareja, después de unir sus destinos — sus intestinos — (?), viajarán en lima de miel a Buenos Aires y Montevideo".

Pensándolo bien, este matrimonio era lo que más les convenía a todos: a ella, a ese tipo, a él mismo, al viejo sátiro; pero humanamente dolía y lo desolaba hasta dearlo vacío. ¿Qué otra cosa podía esperar de una chica como Claribel? Era una muchacha moderna. Una burguesita, en fin de cuentas. ¿Quién era él, Mauro? Un chico insignificante, sin porvenir, sin presente, sin ánimo para nada. Sin posición, aquella entelequia material que buscan y avaloran las mujeres. Ellas tenían razón, por supuesto. Una sociedad como ésta, así lo exige. Recordaba que Claribel decía tantas cosas al respecto. ¡Ay, si hubiera él nacido en otra época, en otra parte! Pero, el hombre debe corresponder al tiempo en que nace y en que vive, y tiene que aprender a sobrellevar sus penalidades. Debe ser consecuente con esta circunstancia, aunque a menudo se sienta un extranjero en su propio reino. Y más que nada, tiene que viajar, no precisamente en forma material, de una provincia a otra por toda la república, no a lo largo ni a lo ancho de tierras extrañas, sino dentro de sí mismo, inquieto, curioso, escudriñador, *"gnose te ipsum*" — e interesante por todo, buscándose posibilidades para no oxidarse, para no envejecer, en suma. Esta debe ser su mejor condición, porque ella lo llevará a obtener aquella fortaleza necesaria para sobrevivir por encima de las descubiertas debilidades. Y comprender que todo acontece a todos, lo bueno y lo malo, repartido sin preferencias, ni como premio ni como castigo, con injusticia siempre, solamente porque sí, a secas. Como Dios reparte los pasteles, a unos mucho y a otros poco. Otra vez allí estaba la maldita, sonreída, olvidada de todo. Quizás en el olvido reside la verdadera felicidad. Ajena a toda promesa, a todo sentimentalismo anterior. ¿Cuánto duraría este matrimonio? Si uno fuera adivino... Soltó el diario y se recostó nuevamente en el camastro después de un ataque de tos.

Un guardián abrió la celda y dijo:

— ¡Es hora de salir a tomar el sol, jóvenes!

— ¿No vienes, Mauro? — preguntó Stone.

— Me duele la cabeza.

— No es para menos, chico — comentó el otro, entre burlón y condolido. Sus insólitos ojos oscuros vagaron hacia abajo. En un rincón del patio, el viejo capitán Stone reprendía a su hijo, moviendo enérgicamente el dedo ante sus narices. Se lo veía imponente y severo, y a ratos ridículo. El muchacho escuchaba con paciente sonrisa, que no era sonrisa. ¿Qué era?

Los días se desgranaban espantosos y lentos. Guerra aquí y allá. Los nazis, recorrían la vieja Europa arrasando con todo. Imaginaba el horrible perecer

de millones. Muertes brutales, inesperadas, desde el cielo. Agonías torturadas y eternas en los campos de concentración, que no podían compararse con este hotel que era su cárcel. Humillación, vejación, concentración.

Allá se sufría y se moría como en las más obscuras épocas de la Historia. Allá languidecían y padecían personas similares a ellos mismos, de ideologías diferentes, quizá; pero con algo en común, posiblemente, o gentes de razas consideradas inferiores, más inferiorizadas aún. Si de esta guerra dependía el destino de todos y si se llegaba a perder, tal como iban las cosas, ya no quedaría esperanza alguna. Entonces... sumarse en obscuras depresiones que las drogas no alivian. Trataba de sobreponer la tragedia mundial a su desengaño personal, con una inútil tenacidad que lo confinaba a un rincón de invalidez absoluta y de derrota sin escapatorias. El sueño se comportaba cada vez más esquivo, sumiéndolo en profundos terrores, como cuando niño. Las manos empezaban a temblar-le. Caía en un mutismo de horas, causando la consecuente preocupación de sus amigos. Y así los minutos tensos entretejían las horas desesperadas, los días negros, y éstos, las semanas grises, los meses macabros con un designio incuestionable. Los años tremendos... Y otra vez... los minutos insoportables. Los accesos de tos asmática; volviendo, ¡malhaya sea!

— ¡Eso no más nos faltaba!

— ¿Qué cosa?

— Ahora, hay peligro de guerra con el Perú. Y esta vez parece que va en serio. "Grandes concentraciones de tropas peruanas, se denuncian. Se espera que ataquen de un momento a otro".

Mauro oía esta conversación como si viniera de otros cuartos, de otros mundos, de voces desconocidas. No intervino para nada en la charla. En realidad, no le interesaba nada. Ni la muerte de su madre lo habría sacudido. Así es cómo se envejece. Ya no se viaja más, ni se tose ni se bebe ni se caca ni se coitea ni se tose ni se... ni se mea.

Es hora de salir a la azotea — observó alguien.

Mauro tomó su cuaderno de notas y escribió algo que no sabía si era o no original, pero con la sincera intención de justificarse o explicarse:

"Nací en una época difícil y terrible...

"El goterón descompuesto va llenando el vaso en el perturbado ciclo de la conciencia. El delirante, el derrotista es el que escribe.

"Yo sé que los humanos han juzgado siempre con desigual criterio la acción de darse muerte. Así, los católicos aconsejan soportar el sufrimiento en esta vida como un mandato de Dios, que nos bonifica para ganar el paraíso extraviado en las veredas de las edades.

"Pero para mí, no es un acto de cobardía ni tampoco un acto de heroísmo, para mí es simplemente una necesidad. Un ejercicio de mi voluntad eversiva. En este tiempo y en este medio que me ha tocado, es permitido al hombre quitarse la vida poco a poco, practicando vicios, o minársela por hambre o enfermedades evitables. O lo que es peor, se lo obliga, a que se

asesine legalmente desatando el horror de las guerras. Pero esta misma-sociedad no aprueba que se la quite cuando él quiere. Una sociedad que no cumple cabalmente con la parte que le toca en el contrato, mal puede exigir a un individuo, a quien le han hecho aborrecer la existencia, a que la conserve. Entonces es cuando esta sociedad pierde todo derecho sobre mí. ¿Verdad, Claribel? Vivir sin ella será para mí el mayor de todos los males. Es tonto quizá, pero quiero ejercitar mi voluntad en este sentido. Puede que algunos me llamen débil, estúpido, demente o cobarde, porque no puedo sobrellevar una pena que ellos imaginan poder soportar con indiferencia si estuvieran en mi pellejo. Hasta los mismos dioses y los poderosos cometen suicidio; éste puede ser un simple acto natural como el defecar.

"Aves hay que se quitan la vida en el cautiverio, animales hay que se niegan a reproducirse (suicidio de la especie). Aseguran que el alacrán se clava el aguijón ponzoñoso cuando se ve cercado por el fuego — yo no lo he visto, ni lo veré nunca...

"La muerte así es, pues, un recurso desesperado para los ingenuos asqueados, descreídos hastiados y oprimidos. Es la única puerta. ¿De qué sirven los ideales, los trabajos, los esfuerzos, si algún día desaparecemos? Ineludiblemente llegará el tiempo en que no quedará memoria ni rastro de obra alguna, buena ni mala. Así, pues, es forzoso reconocer la inutilidad de la moral y del afán, del buen comportamiento y todas aquellas obligaciones que solamente nos llenan de tontas limitaciones y privaciones y preocupaciones y quimeras".

Abandonó el lápiz con un abatimiento de quien ha perdido una batalla y se recostó inmensamente cansado e insomne... Después... lo resuelto hay que ejecutarlo, aunque se abriguen dudas.

Y todo fue como volar pesadamente con una obscena esperanza. Caer densa y suavemente hasta posarse y descansar sin sentir, definitivamente, sobre una meseta de negra roca viva... Y por allí poder ingresar en el Erebo, esa caverna tenebrosa, esa mansión absurda que está ubicada debajo del infierno... Noche. . . ¡Dadme una flor mientras viva y no una corona en mi tumba!

Al volver a la celda, Rodrigo Chancay fue el primero en percibir el anormal ronquido de Mauro durmiendo sobre el lecho, en decúbito dorsal, con un brazo colgante. En el suelo un cuaderno abierto y un frasco vacío en el que se leía "Nembutal" (¡Qué escena!) — llamó a los otros.

— ¡Creo que este tonto huraño se ha suicidado! — Comentó Pancho con reproche e impresionado, y se acercó a él, con el corazón en la garganta. Lo tocó. Estaba frío.

— ¡Hay que llamar al director para que traiga al médico!

— ¡Que les avisen también a sus familiares!

Stone contemplaba el rostro cianoso del amigo yacente, demacrado, los ojos cerrados pesadamente, con una respiración de ominosos estertores y, entonces, tuvo la impresión fugaz de estarse mirando a sí mismo. (Creo que la prisión me está haciendo mella también).

Parecía que todos los males se hubieran dado cita en aquella calle que bien podría llamarse de la amargura, de la desgracia, de las lágrimas, de la podre humana; aquí quedaba la ruinosa Cárcel Municipal, al lado los espaciosos y abarrotados hospitales para todas las enfermedades, cerquita la pálida y macabra morgue, luego el blanco y lujoso cementerio general, donde los ricos duermen pomposamente en palacetes de mármol de Cuenca o de Carrara. (Aquí los muertos son mejor tratados que los vivos. Vida envidiable en bóvedas como palomares, mientras los pobres tragan tierra. "*Vanity of vanities".* Todos somos iguales en última instancia).

Ya en el hospital, Elvira, de hinojos, con la cabeza despeinada entre las manos y reclinada sobre el borde de la cama de su hijo, sin atreverse a tocarlo siquiera, entre conmovedores sollozos se lamentaba:

— ¡Hijo mío! ¡Nunca debiste salir de dónde estabas! ¡Nunca debiste transponer la clase a que pertenecías! Los espejismos traen daño, te lo dije una vez, y tú te reiste. ¡Pobre iluso!

Hizo un largo silencio y luego prosiguió:

—¿Por qué mi Señor no te hizo afortunado en lugar de inteligente? ¿Rico más bien que honesto y generoso? ¿Egoísta en vez de justiciero?

Se quedó como reflexionando y luego reanudó golpeándose el pecho con furor:

— Yo soy la única culpable de todo, por no haberte cuidado y educado desde niño. ¡Yo soy la única culpable!

— Señora, por favor — dijo la joven monja, mientras se acercaba a consolarla.

— ¡Déjeme! ¡No me toque! — gritó al borde del histerismo. — ¡Que no me toque, le digo!

— Hay que ponerle una inyección tranquilizadora, ordenó el médico y sacarla de esta habitación.

El estado de coma de Mauro era manifiesto. El médico empezó fríamente a examinar los reflejos y luego recetó suero, máscara de oxígeno y lavados estomacales que le sacaban a flote el último resto del alma.

Ha tomado una dosis como para matar a un caballo.

Los párpados de Mauro titilaron más frecuentemente, saliendo de una densa nube casi sólida. Debía ser la entrada del cielo. Ahora comprendía con qué parte los santos y los ángeles podían sentarse sobre las nubes. Será una experiencia asombrosa. Luego tener que ser juzgado por el tribunal supremo. ¡Qué tonto había sido al abandonar la fe! Un pésimo negocio. En fin, veamos. Resignación, firmeza ante esta prueba sobrenatural, el hombre no es culpable. Debió ser dotado de mayor entendimiento... para captar a Dios, recibir la señal, la revelación, algo más tangible y evidente. Ahora es tarde... Manoseada trampa del materialismo, tramposo... Percibió el ruido de un timbre. Llegaba su turno... "Allí será el crujir de dientes... " Empezó a abrir los ojos. Le dolía la cabeza y la espalda. Si pudiera moverse un poquito. Arriba el cielo, pero era un cielo raso enlucido, como los que se usan allá abajo, en la tierra. Una lámpara apagada allí encima. Era de día. Y

esto, aquí debajo de él era algo así como una cama... de hospital... (?) Hospitales en el cielo para los que llegan maltrechos. No era una sala general, colegía ahora. Comprendió todo y recordó.

No había perecido. Estaba fracasado, pero no lo apenaba el fracaso. Se sentía tranquilo. Estaba internado en un cuarto de media pensión, no de primera ni en una sala de indigentes. Lo de siempre "sólo media".

A través de la ventana, cubierta de tela metálica se veía el cerro del Carmen. Divisó unos gallinazos posados en un árbol de ciruelos. Miraba hacia el cementerio, menos mal. ¿Pero quién quitaba que no le estuvieran haciendo la guardia a él mismo? Afuera, en el corredor, permanecían apostados dos policías de guardia cual gallinazos también. Se sentía muy débil. Alguien abrió la puerta. Era una enfermera, no, una monja de la Caridad, joven y agradable. ¿Por qué abrazaría esos hábitos? (Mamá también quiso ser lo mismo, y mire usted lo que nos trajo a casa).

— ¿Quiere confesarse, joven?

— No, gracias hermana.

— Me lo imaginaba.

(Aquí hay otra cama vacía — pensó él —. Si no viene el otro enfermo, ella podría acompañarme perfectamente).

— Creo que usted debería confesarse para estar en gracia de Dios.

Parece que no se percata de que ha cometido un pecado muy grave, volvió a insistir ella.

— Me gusta más estar en gracia conmigo mismo, hermanita.

En su voz débil había un tono que intranquilizaba a la religiosa, y en su mirada, una malignidad de caballo mañoso.

— Solamente Nuestro Señor puede dar y quitar la vida.

Mauro respondió con una suerte de cínica vivacidad.

— Por eso sería que hasta el mismo Jesucristo cometió suicidio.

— ¿Cómo dice?

— ¿Qué otra cosa vendría a ser la crucifixión, provocada por El mismo? El vino para hacerse matar por su propia omnipotencia. ¿Sí o no?

Se quedó mirándola, divertido con la reacción de la religiosa.

— No blasfeme más. Usted está endemoniado. Sepa señor que mi fe es inconmovible.

La monja estaba roja de ira. Mauro se sentía feliz de haberla provocado. Era una dulce satisfacción perversa y flirteante.

La monjita se retiró persignándose, mientras él sentía una desesperanzada simpatía hacia ella. (Agua que no has de beber, ensucíala).

Sonrió recordando aquella parodia.

Renació en él un tenue anhelo de vivir como un hilillo de agua. Agua, fuente de toda vida... Alto bien... Reconocía que su intento había sido una estolidez, más grave todavía tratándose de un suicidio por amor. Todos cometemos estupideces alguna vez... Mejor sería cumplir algún destino útil en la vida, aunque nadie sepa a ciencia cierta para qué vino a este mundo. Siendo joven hay que luchar y volver a amar. Estar donde se pertenece. El, junto al pueblo. ¿Aunque se equivoque? El sí, pero uno no, siempre. El pueblo se equívoca pero no traiciona. Por cierto, que la voz de él no es, ni con mucho, la voz de Dios. La crisis estaba ya pasada y superada. Lo sabía. Si había sido infeliz era por no saber pesar la realidad, por su propia culpa... "La vida es seria y siempre nos reserva alguna posibilidad... Trataré de buscarla y aprovecharla..."

Entonces apareció el médico, y con voz amistosa, le dijo:

— Bueno, mi amigo, parece que de ésta se escapó usted. Procure no repetir tales bromas.

— Le aseguro que no era broma, doctor — respondió Mauro con ofendido énfasis.

— Siempre ese amor propio... ya sé que no era broma, amigo. Trate de comprender. ¿Cómo se siente?

Le tomó el pulso.

—Cansado, como después de un largo viaje por selvas desconocidas. (Inmenso subterráneo lleno de musgo).

El médico sonrió y siguió auscultando atentamente, sin dar mayor importancia a las divagaciones del paciente:

— Creo que dentro de tres días podrá marcharse a su casa.

— A la cárcel, de nuevo, querrá decir, doctor.

— ¡No, a tu casa!, - dijo alguien desde la puerta.

Era Pancho, que llegaba. Detrás venía Elvira, su padrastro y su hermana.

— ¿Te han dejado salir a visitarme, con permiso? - preguntó intrigado, a Stone.

— ¡No hombre, nuestra causa ha sido sobreseída! — explicó solemne.

— ¿Sabes una cosa?

---¿Qué?

— Yo conocí a tu padre hace muchos años. Yo era menos que un niño... Y él fue la mano de mi destino...

— Estás loco — comentó perplejo Stone.

Madre e hija acudieron a besarlo y el padrastro le extendió la mano.

— Júrame que no lo volverás a hacer, — suplicóle Elvira.

— ¿Porqué o por quién quieres que lo jure, mamá?

— Por lo que más respetes.

— Entonces lo juro por mí. He aprendido a respetarme y a entender, porque bien dijo el santo: "muriendo es como uno resucita". Y como presiento que algo estremecedor va a ocurrir en este país, en América, en el mundo; quiero vivir para ver, oír y palpar ese acontecimiento nuevo y poderoso que adviene al mundo. Aunque luego, aquello sea también destruido por la insatisfacción del hombre, que va dando tropezones tratando de encontrar su salvación y su camino... Me gustaría más ser un espectador que un actor... Pero viéndolo bien, ¿Quién conoce las secretas veredas de cualquier acción y sus insospechadas consecuencias? No sólo se actúa cuando se ataca a molinos de viento, se endereza entuertos y deshacen agravios, sino también cuando se está en ello, simplemente... Existiendo... Basta pensar, a veces, fuertemente en algo para lograrlo.

Stone notó, desencantado, que Mauro, tan contradictorio, hablaba más para sí mismo que para su madre. "Este de todos modos se nos va..." pensó.

---Este hijo mío no tiene remedio — se lamentó Elvira, moviendo la cabeza.

Bajo la luminosidad de la tarde caliginosa que fugaba, una gran bandada de loros migratorios cruzó los cielos de la ciudad, rumbo a los manglares del suroeste...

— Lo juro por mí mismo...

(Cantar y seguir muriendo... ¿Hasta cuándo? ¿Y hasta dónde?).